OLIVIA HOPP



MENTIRA CON BENEFICIOS

MENTIRA CON BENEFICIOS

Olivia Hopp

Copyright © 2026 Olivia Hopp

odos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

CAPÍTULO 1

Hay días en los que el pecho no te cabe en la camisa. Y no por una cuestión de orgullo, precisamente, sino porque el aire parece pesar el doble.

Nicolás Aguirre, jefe de servicio de Cardiología y cirujano cardiovascular con más horas de quirófano a la espalda de las que su columna consideraba prudentes, y con las lentillas resecándole los ojos tras un día entero sin las gafas de montura fina que usaba a diario, sentía exactamente eso: que el oxígeno era un artículo de lujo que no podía permitirse. Se aflojó el nudo de la corbata con un gesto mecánico, casi violento, mientras cruzaba el vestíbulo del hotel. El mármol italiano brillaba bajo los focos halógenos con una frialdad casi hospitalaria, algo que, en lugar de calmarlo, le revolvió un poco el estómago.

Detestaba los congresos médicos. Siempre los había detestado, pero este año la experiencia estaba siendo especialmente cercana a una tortura de la Inquisición. El precongreso era lo peor: esas horas previas donde no había ponencias reales, solo reuniones preparatorias con el comité, saludos hipócritas en los pasillos y palmaditas condescendientes en el hombro. En su caso, además, las palmaditas venían con doble ración de condescendencia.

—¡Nicolás, hombre! ¿Cómo estás? Me he enterado de lo tuyo... Qué mala pata. Si necesitas lo que sea, ya sabes dónde estoy —le había dicho hacía apenas media hora un colega de otra comunidad, con esa sonrisita de quien se alegra en el fondo de que al vecino se le haya inundado el sótano.

«Lo de lo tuyo» era, por supuesto, su separación de Claudia. Doce años de convivencia, un piso precioso en el centro, cuentas comunes, muebles de diseño elegidos en sábados eternos de discusiones silenciosas, y una vida social perfectamente planificada que ahora se estaba desmoronando bajo el peso de los abogados de divorcio. En el hospital, que era un ecosistema absurdamente cerrado y conservador, el divorcio de la pareja de médicos estrella del servicio de cardiología no era solo un chisme jugoso; era una mancha en su currículum. Justo ahora. Justo cuando la jefatura de área estaba sobre la mesa y el consejo de dirección buscaba cualquier excusa para dársela a alguien con un perfil más «tradicional».

—Estabilidad, Nicolás. Eso es lo que queremos proyectar —le había siseado el doctor Elizalde esa misma tarde al oído, copa de vino en mano, antes de despedirse—. El consejo es muy mirado para estas cosas. No queremos escándalos, ni divorcios ruidosos en mitad de una reestructuración de plantilla. Mantén las aguas tranquilas.

«Mantén las aguas tranquilas», se repitió Nicolás mentalmente, sintiendo una punzada de rabia en la boca del estómago. Como si el fin de un matrimonio fuera un grifo que pudieras cerrar con una junta de goma nueva. Como si él no fuera el primero que deseaba que las aguas se calmaran de una maldita vez para poder dormir más de cuatro horas seguidas sin soñar con hojas de reparto de bienes y tasaciones de pisos.

Apretó el botón de llamada del ascensor con más fuerza de la necesaria. Deseaba con toda su alma subir a su habitación, pegarse una ducha tan caliente que le borrara el cansancio de los huesos, quitarse esos zapatos de piel que le destrozaban los talones y pedir una hamburguesa grasienta al servicio de habitaciones. Quería apagar el cerebro.

Las puertas metálicas se abrieron con un leve pitido celestial. Nicolás entró en la cabina vacía, se giró para pulsar el botón de la planta cuatro y, justo cuando las puertas empezaban a cerrarse para regalarle su ansiado momento de aislamiento, su teléfono móvil

empezó a vibrar en el bolsillo de su americana. El zumbido pareció resonar en las paredes de acero del ascensor como una alarma de evacuación.

Miró la pantalla.

Mamá.

Un suspiro largo y cansado escapó de sus labios. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la pared del espejo del ascensor. Doña Pilar no era una mala madre. Al contrario, era una mujer cariñosa, de las que se preocupaban por si comías bien y te mandaban tápers de croquetas congeladas aunque tuvieras cuarenta y tres años, dirigieras un equipo de quince cardiólogos y ganaras un sueldo de seis cifras. Pero también era una fuerza de la naturaleza. Una apisonadora emocional sin frenos, equipada con un radar infalible para detectar la debilidad de su hijo y una obsesión enfermiza por verlo «rehecho» tras la ruptura. Para Pilar, que su hijo mayor estuviera viviendo en un apartamento de alquiler temporal mientras los abogados desmenuzaban su vida anterior era una tragedia nacional de categoría cinco.

Resignado, sabiendo que si no lo cogía ahora lo llamaría tres veces más antes de la medianoche, deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono al oído.

—Hola, mamá.

—¡Nicolás! Por fin me coges. Llevo todo el dia intentando localizarte. ¿Es que no tienes cobertura en ese hotel de lujo? —La voz de su madre llegó con la nitidez y el volumen de un megáfono de estadio —. Tu hermana me ha dicho que estás muy liado, pero hombre, una llamada a tu madre se hace en cinco minutos.

—Estaba en el precongreso, mamá. Ya sabes cómo es esto. Reuniones, firmas, protocolo... Acabo de subir al ascensor.

—Ya, ya, siempre tan ocupado. Bueno, no te quito tiempo, que sé que estarás cansadísimo y con ganas de tumbarte —el preámbulo de Pilar siempre era el mismo antes de lanzar la bomba—. Solo quería preguntarte una cosa muy rápida para la cena de gala del sábado.

Me ha dicho tu tía Carmen que... bueno, que si necesitas que te busquemos un traje nuevo, o si vas a ir con el gris oscuro de la boda de tu primo. Pero lo importante no es el traje, Nicolás. Lo importante es lo otro. ¿A quién vas a llevar?

Nicolás apretó los dientes. Sintió cómo la tensión se le acumulaba en los hombros, tensando los músculos del cuello hasta doler.

—Mamá, ya te lo he dicho tres veces esta semana. No voy a llevar a nadie. Voy solo. Es un congreso médico de cardiología, no una fiesta de graduación. Va a ir gente de toda España a hablar de válvulas aórticas y bypass coronarios. No necesito pareja.

—No me digas eso, hijo, por favor —el tono de Pilar cambió instantáneamente, adoptando ese matiz de melodrama de telenovela que tanto dominaba—. No puedes ir solo. Toda la profesión va a estar allí. Todo el mundo te conoce. Y Claudia va a ir, ¿verdad? Me lo ha confirmado tu hermana. Va a ir y, además, me han dicho que no va sola. ¿Vas a presentarte tú allí arrastrando los pies, dando pena por las esquinas, como si te hubieras quedado para vestir santos? Que parece que te han abandonado en una gasolinera, Nicolás, por el amor de Dios. Tienes que demostrar que estás bien, que tu vida sigue adelante. Que eres un hombre interesante, de éxito, estable...

—Tengo cuarenta y tres años, mamá —interrumpió él, bajando la voz al notar que el ascensor se detenía en la planta baja antes de subir, un comportamiento logístico de los ascensores de hotel que siempre odiaba—. No necesito demostrar que soy un buen partido en una cena de gala.

—¡Pues actúa como tal! —insistió ella, implacable—. No te pido un imposible, Nicolás. Solo que lleves a alguien. Una amiga, una colega simpática de otro hospital, una cita de estas modernas que tenéis ahora... Alguien que haga que la gente deje de mirarte con esa cara de lástima condescendiente que me pone enferma solo de imaginarla. No quiero que el doctor Elizalde piense que estás deprimido. Dime que tienes a alguien pensado. Por favor, dime un nombre. Solo un nombre para que me quede tranquila, pueda dormir esta noche y le calle la boca a tu tía Carmen.

Nicolás se frotó las sienes con la mano libre. Estaba acorralado. Literal y metafóricamente. El ascensor hizo un suave tintineo y las puertas se abrieron de par en par.

Una chica entró en la cabina.

Vestía el uniforme oscuro de los empleados de recepción del hotel: una americana negra entallada que le quedaba un pelín grande de hombros —lo que le daba un aire extrañamente tierno— y una falda recta que le llegaba justo por la rodilla. Llevaba los brazos cargados con un montón inverosímil de carpetas azules, folios sueltos y un par de rollos de planos técnicos que amenazaban con desparramarse por el suelo a cada paso. Sin embargo, se las arreglaba para mantener el equilibrio con una dignidad casi coreografiada.

La chica ni siquiera lo miró. Se limitó a colocarse a su lado, de espaldas a él, mirando fijamente a las puertas metálicas que volvían a cerrarse para, ahora sí, iniciar la subida.

—¿Nicolás? ¿Sigues ahí? —la voz de Pilar volvió a la carga, más afilada y dramática—. ¿Por qué te callas? No me digas que no tienes a nadie. Ay, de verdad, se me cae el alma a los pies... Te vas a quedar solo en esa cena, rodeado de todos tus rivales, y van a pensar que estás acabado.

Nicolás desvió la mirada de forma inconsciente hacia la solapa de la americana de la chica que acababa de entrar. Allí, prendida con un alfiler ligeramente torcido sobre la tela negra, brillaba una chapa de plástico plateado con letras grabadas.

Vera.

Recepcionista.

La palabra se le formó en la boca y se disparó antes de que su lóbulo frontal, su sentido de la decencia o su habitual prudencia profesional pudieran intervenir.

—Se llama Vera, mamá.

El silencio que se produjo al otro lado de la línea fue tan repentino y absoluto que Nicolás pensó por un milisegundo que la llamada se

había cortado debido a la falta de cobertura en el hueco del ascensor.

—¿Vera? —repitió Pilar, pronunciando el nombre despacio, como si estuviera saboreando un ingrediente exótico en un restaurante de moda—. ¿Vera qué? ¿Quién es? ¿Por qué no me habías hablado de ella? ¿Es de tu equipo?

A su lado, la chica del uniforme dio un respingo imperceptible. Giró la cabeza muy despacio, centímetro a centímetro. Sus ojos, de un marrón oscuro, profundos y extremadamente despiertos, se clavaron directamente en los de Nicolás. Tenía las cejas arqueadas en un gesto de absoluta e indiscutible estupefacción. No es que hubiera oído la frase; es que la cabina del ascensor era tan pequeña que era imposible no enterarse de toda la conversación.

Nicolás sintió cómo un torrente de calor le subía por el cuello, tiñendo sus mejillas de un rojo que no recordaba haber experimentado desde sus tiempos de instituto. Se sentía ridículo. Un hombre de cuarenta y tres años, respetado en su campo, mintiendo a su madre como un adolescente pillado en falta, y usando a una desconocida como escudo humano.

—Es... una chica que he conocido hace poco —improvisó, tratando de mantener un tono de voz firme y seguro, aunque la mirada inquisidora de la verdadera Vera lo estaba desarmando por completo —. Es encantadora. Y sí, va a venir conmigo a la cena de gala. Así que ya puedes quedarte tranquila y decirle a la tía Carmen lo que quieras.

—¡Ay, hijo! ¡Qué alegría más grande me das! —el tono de su madre dio un giro de ciento ochenta grados, pasando del drama shakesperiano a un júbilo casi ruidoso—. Sabía que no podías estar tan solo. Una chica nueva. Vera... Qué nombre tan bonito, tan fresco. No suena a médico estirado. ¿Es del hospital?

Vera, la de carne y hueso, seguía mirándolo. No parecía enfadada; más bien parecía divertirse a su costa. Su mirada recorría el traje impecable de Nicolás, su corbata a medio desatar y la expresión de

pánico absoluto que el cirujano intentaba enmascarar tras su mejor cara de póquer profesional.

—No, no es del hospital —dijo Nicolás rápidamente, deseando que la tierra se tragara el ascensor entero—. Mira, mamá, tengo que colgar ya. Acabo de llegar a mi planta y tengo que repasar unos papeles importantes para mañana. Te llamo luego. Un beso.

—¡Pero cuéntame más! ¿Es de aquí de la ciudad? ¿Cómo os conocisteis? ¿Es joven? Nicolás, no me dejes así...

—Adiós, mamá. Te quiero.

Colgó.

El silencio que se instaló en el ascensor tras el «clic» de la pantalla fue denso, pesado y cargado de una electricidad casi cómica. El indicador digital de plantas marcaba la dos. Faltaban todavía dos pisos para llegar al suyo, pero Nicolás sintió que el trayecto se estaba realizando a velocidad de tortuga.

Bajó la mano con el teléfono, carraspeó y, tratando de recuperar hasta el último gramo de la dignidad que acababa de perder en menos de dos minutos, se giró hacia su acompañante de cabina.

—Lo siento —dijo. Su voz sonó un poco más grave de lo habitual, rota por el apuro—. De verdad. Ha sido un impulso estúpido, infantil y completamente injustificable. No suelo hacer estas cosas, se lo prometo.

La chica no se movió del sitio, pero la comisura de sus labios se curvó hacia arriba en una sonrisa contenida, irónica y sumamente inteligente. Acomodó el peso de las carpetas contra su pecho, usando el mentón para sujetar una de las hojas que amenazaba con salir volando con la corriente del aire.

—Así que me llamo Vera, soy encantadora y el sábado voy a ir del brazo de un desconocido a una cena de gala llena de médicos estirados —dijo. Su voz era fresca, rápida y tenía un deje de absoluta naturalidad que contrastaba de golpe con la rigidez mental en la que Nicolás vivía atrapado desde hacía meses.

—No, por supuesto que no —se apresuró a aclarar él, gesticulando con la mano libre—. Es una mentira piadosa. Mi madre es... persistente. Bueno, persistente es quedarse corto. Es una fuerza de choque. Estaba presionando mucho con el tema de que no fuera solo a la cena para no «dar pena» frente a mi exmujer, y cuando me ha pedido un nombre, he visto su chapa de identificación y... lo siento. Ha sido el pánico. Lo lamento si la he incomodado.

El ascensor se detuvo en la planta tres con un suave tintineo. Las puertas comenzaron a abrirse lentamente.

Vera lo miró fijamente. No era una belleza de esas que te deslumbran a primera vista con una simetría perfecta, de las que Claudia solía envidiar y tratar de imitar a base de tratamientos caros y peluquerías de diseño. Tenía algo mucho mejor: personalidad. El pelo, de un castaño oscuro muy natural, lo llevaba recogido en una coleta alta y un poco desordenada de la que se escapaban varios mechones rebeldes sobre una nuca pálida y despejada. Su cuello era largo, elegante, y sostenía la cabeza con un orgullo que a Nicolás le pareció casi magnético. No parecía la típica empleada asustada por el tono de voz de un cliente adinerado; al contrario, parecía perfectamente capaz de ponerlo en su sitio con un par de palabras bien elegidas.

—No se preocupe —dijo ella, dando un paso hacia la salida, ya que parecía que el pasillo de servicio de esa planta era su destino—. Las madres intensas son una especialidad nacional. En mi casa tenemos para exportar. Pero la próxima vez que use mi nombre para salir de un apuro familiar, al menos invíteme a una copa ficticia. O a un café de verdad, que el turno de noche de este hotel es criminal.

Vera le dedicó una última mirada cargada de picardía y curiosidad, dio media vuelta y avanzó por el pasillo. Nicolás se fijó en que caminaba rápido, con paso firme y seguro a pesar de la falda estrecha del uniforme. Un ligero aroma a limpio, con un toque sutil de lavanda, se quedó flotando en el interior de la cabina del ascensor justo antes de que las puertas volvieran a cerrarse.

Él se quedó solo, inmóvil, mirando el metal pulido de las puertas cerradas mientras el ascensor reanudaba la subida hacia la cuarta planta.

«Vera», pensó, pronunciando el nombre para sus adentros por primera vez. Tenía un sonido limpio, directo. Sin rodeos.

Por primera vez en lo que le parecía una eternidad, la opresión en el pecho que lo había acompañado durante todo el día se disipó un poco, sustituida por una extraña y persistente curiosidad. Nicolás sacó la tarjeta llave de su habitación del bolsillo, pero su mente ya no estaba pensando en la hamburguesa del servicio de habitaciones, ni en la ducha caliente, ni siquiera en el maldito reparto de bienes que su abogado le enviaría por correo al día siguiente.

Su cerebro, acostumbrado a buscar soluciones quirúrgicas y precisas para problemas complejos, acababa de encontrar una conexión inesperada. Aquella mentira improvisada en el ascensor, que había nacido como un burdo mecanismo de defensa contra su madre, empezaba a tomar la forma de algo mucho más tentador.

De un plan de emergencia.

Tres plantas más abajo, durante su descanso de las once, escondida en el office de personal con un café aguado en la mano, Vera marcó el número de Noa sin quitarse siquiera la chapa con su nombre.

—Noa, no te vas a creer lo que me acaba de pasar —dijo en cuanto su amiga descolgó.

—Cuéntamelo ya, necesito un cotilleo digno.

—Un huésped ha usado mi nombre para mentirle a su madre por teléfono. En el ascensor. Delante de mí. Como si yo fuera atrezzo.

Noa soltó una carcajada, pero se cortó de golpe cuando Vera añadió, todavía incrédula, el nombre completo del hombre.

—Espera. ¿Nicolás Aguirre? ¿El cardiólogo? —repitió Noa, con un tono que había perdido de golpe toda la diversión—. Ese nombre me suena muchísimo, Vera. Creo que es el cliente del que me habló

Julián hace un par de meses. El del divorcio horrible. Se conocen desde hace muchísimos años, no sé si de la carrera o de antes.

—¿Qué Julián?

—El abogado. Julián Ossorio, el que quedaba conmigo para tomar café cuando yo hacía la carrera a medias, ¿te acuerdas? —Noa hizo una pausa, y Vera oyó cómo dejaba el cuchillo sobre la tabla de cortar—. Qué casualidad más rara, tía.

—No es ninguna casualidad, es Madrid, que es un pañuelo —dijo Vera, restándole importancia mientras se frotaba los ojos—. Da igual. No creo que vuelva a cruzarme con él. Mañana se larga con todo el congreso a saber dónde.

—Ya, ya —murmuró Noa, con la voz de pronto distraída—. Oye, tengo que colgar, que se me van a quemar los gofres de mañana. Te quiero, Duarte. Duerme algo.

Colgó sin dejar que Vera respondiera. Vera se encogió de hombros ante la brusquedad de su amiga y lo achacó al cansancio del turno de noche. No podía saber que, al otro lado de la ciudad, Noa ya estaba buscando otro número en su agenda de contactos.

CAPÍTULO 2

El silencio de la habitación 412 no duró tanto como a Nicolás le habría gustado. Apenas se había quitado la americana y desabrochado los dos primeros botones de la camisa cuando el pitido estridente del correo electrónico en su portátil, abierto sobre el escritorio de chapa de madera del hotel, rompió la paz del dormitorio.

Se acercó arrastrando los pies, con un calcetín a medio salir y el cansancio acumulándosele en los párpados. Esperaba un mensaje de Julián, su abogado, con el enésimo borrador sobre la liquidación del piso común. En su lugar, el remitente era el comité organizador del Congreso Nacional de Cardiología. El asunto venía precedido por un alarmante e inequívoco cartel en mayúsculas:

URGENTE: CAMBIO DE SEDE Y LOGÍSTICA

Nicolás frunció el ceño y leyó las primeras líneas mientras se dejaba caer en la silla de escritorio.

> *Estimados ponentes y miembros del comité:*
>
> *Lamentamos informarles de que, debido a una avería imprevista y grave en el sistema de climatización y tuberías del ala de eventos del Hotel Grand Claris en Madrid, nos vemos obligados a trasladar de manera urgente la sede del congreso y el alojamiento de todos los asistentes al* ***Hotel Balneario San Martín****, un hotel histórico de cinco estrellas propiedad de nuestra misma cadena, situado a cien kilómetros de la capital...*

Nicolás se frotó la cara con ambas manos, dejando escapar un gruñido de pura frustración. Cien kilómetros. En plena sierra.

Eso no era un simple contratiempo de organización; era un confinamiento forzoso de cuatro días en un entorno idílico y aislado. Ya no se trataba de dar una ponencia en Madrid e irse a dormir a su propio apartamento para escapar del ambiente hospitalario. Ahora se enfrentaba a convivir las veinticuatro horas del día, desayunos, comidas y cenas incluidos, con todo el sector médico del país. Y, sobre todo, con ella.

Claudia también era ponente. También viajaría al balneario. Nicolás ya podía imaginarse la tortura: encontrarse con su exmujer en los pasillos de aguas termales, soportar las conversaciones forzadas, el tono falsamente amable delante de los demás cirujanos, las preguntas veladas de los colegas y la constante sensación de estar siendo evaluado por el consejo de dirección del hospital en un ambiente asfixiantemente cerrado.

Desesperado, Nicolás agarró el teléfono móvil. Tenía que haber otra opción. No podía presentarse en ese balneario completamente solo, a merced de los buitres del cotilleo médico y de las miradas de compasión de su ex. Tenía que haber alguna mujer en su agenda, alguna amiga con la que tuviera la suficiente confianza como para pedirle un favor gigante. Un favor de cuatro días en la montaña.

Desbloqueó el teléfono y buscó en la lista de contactos.

«Elena (Anestesia)». No, ni de coña. Elena era encantadora, pero trabajaba en su propio hospital; los rumores de que el jefe de Cardiología se llevaba a una anestesista de "vacaciones" al balneario se escucharían en el departamento de pediatría antes de que terminara la primera noche. Siguiente.

«Laura Martín». Laura era una antigua compañera de la facultad, cardióloga pediátrica en otra ciudad, divorciada desde hacía un par de años. Tenían buena relación, se enviaban memes de medicina de vez en cuando y compartían ese humor cínico de los que han pasado demasiadas horas en urgencias. Quizá ella...

Apretó el botón de llamada. El tono sonó tres veces antes de que una voz cansada pero enérgica respondiera.

—¿Nico? ¿Te estás muriendo o es que necesitas que te cubra una guardia de urgencia? Porque ya te digo que no.

—Hola, Laura. Qué sutil, como siempre. No, no me estoy muriendo. De hecho, estoy bastante sano. Físicamente al menos. Mentalmente es otra historia.

—Dispara, Aguirre. Tengo diez minutos antes de que mi hijo mediano intente prenderle fuego al salón otra vez. ¿Qué pasa?

—A ver... es una pregunta un poco extraña —Nicolás respiró antes de hablar, sintiendo que el cuello de la camisa le apretaba de nuevo —. El congreso de cardiología. Es este fin de semana. Han tenido que trasladar la sede a un balneario en la sierra, a cien kilómetros. Quería... bueno, me preguntaba si te apetecería venir conmigo. Como mi acompañante. Habitación de hotel de lujo pagada, cenas de gala, barra libre de desatascadores de arterias... ya sabes.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. Luego, una risotada limpia y sonora de Laura que casi le hace apartar el auricular del oído.

—¿Acompañante? ¿Tú? ¿El gran Nicolás Aguirre me está pidiendo que sea su «más uno» para pasearse delante de Claudia?

—No es solo por Claudia... —mentira.

—Nico, te quiero mucho, pero ni loca —dijo Laura, recuperando el aliento—. Primero, porque tengo tres niños que este fin de semana tienen torneo de fútbol y cumpleaños varios. Segundo, porque si aparezco contigo en ese balneario, el lunes por la mañana todo el sector médico de este país pensará que somos pareja, y no tengo energía para desmentir chismes. Y tercero, y más importante: estás desesperado. Huelo el miedo desde aquí. Búscate a una actriz, anda. O vete solo y pon cara de interesante. Un beso, ¡suerte!

La llamada se cortó con un pitido seco. Nicolás suspiró y miró la pantalla. Un intento fallido.

Volvió a la lista de contactos. Deslizó el dedo por la pantalla con frustración. La verdad era demoledora: casi todas las mujeres que conocía pertenecían al ámbito médico, estaban casadas con amigos suyos, o eran exnovias de la carrera con las que el contacto se limitaba a felicitaciones navideñas automatizadas.

Entonces vio el nombre de «Sofía (hermana)».

Sofía era una diseñadora gráfica de treinta y pocos años que su hermana pequeña, en un intento desesperado por «ayudarlo a socializar» hacía unas semanas, le había presentado en una cena. Habían tomado un par de copas, pero la química había sido tan nula que la conversación se había centrado principalmente en los tipos de letra de los carteles de los hospitales. Era arriesgado, pero Nicolás estaba en una situación extrema.

Marcó el número antes de arrepentirse.

—¿Sí? —respondió una voz de fondo ruidoso. Parecía que Sofía estaba en un bar o en un concierto.

—Hola, Sofía. Soy Nicolás, el hermano de...

—¡Ah! ¡Nicolás! ¡El médico serio! —gritó ella para hacerse oír por encima de la música—. ¡Qué sorpresa! ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada malo. Escucha, sé que esto es muy repentino y probablemente te parezca una locura, pero... ¿tienes planes para este fin de semana? Hay un congreso de medicina en un balneario muy bonito en la sierra. Es de viernes a domingo. Me preguntaba si te apetecería venir conmigo. Todo pagado, por supuesto. Sería una forma de desconectar...

—¿Este fin de semana? ¡Uf, imposible, Nicolás! Me voy el viernes por la mañana con mi pareja. Bueno, con mi nuevo novio. De hecho, estamos celebrando la despedida de soltero de un amigo suyo ahora mismo. Pero oye, ¡gracias por pensar en mí! Dile a tu hermana que me llame. ¡Un beso!

«Claro. Qué oportuno», pensó Nicolás al colgar.

Dejó caer el teléfono sobre la cama. La realidad le dio un bofetón sin paliativos: no tenía a nadie. Su círculo social era tan cerrado, tan endogámico y tan dependiente de su antigua vida con Claudia que, en el momento en que esa burbuja había estallado, se había quedado flotando en un vacío absoluto.

Se levantó de la cama y empezó a caminar descalzo por la habitación, sintiendo el tacto de la moqueta bajo los pies.

Si viajaba solo al balneario, se convertiría en el blanco de todas las miradas. Sería el divorciado taciturno al que todos miran de reojo mientras Claudia, sin duda, se mostraba radiante. Además, el doctor Elizalde y el resto del consejo de dirección estarían observándolo durante cuatro días enteros. Evaluarían su templanza, su capacidad para encajar los golpes cotidianos. En su mundo, la «estabilidad» familiar era un indicador indirecto de la estabilidad mental para liderar un departamento médico de primer nivel.

Se detuvo frente al ventanal de la habitación. Fuera, las luces de Madrid brillaban con una intensidad ajena a sus dramas personales.

El teléfono volvió a vibrar sobre la cama. Era Julián.

—Dime que no me llamas a estas horas por lo de la tasación del piso —contestó Nicolás, con la voz rasposa de cansancio.

—Tranquilo, eso puede esperar a mañana. Te llamaba por otra cosa —dijo Julián, con una ligereza fingida que no era propia de él cuando hablaba de trabajo—. Me ha llegado un pajarito con un rumor buenísimo. Algo de un ascensor, una madre muy pesada y una chica llamada Vera. ¿Me cuentas tú la versión oficial antes de que me la cuente otro con más adornos?

Nicolás se incorporó de golpe en la cama.

—¿Cómo sabes tú eso? Ha pasado hace media hora.

—Contactos, Aguirre. Contactos —fue todo lo que dijo Julián—. Mira, no te llamo para meterme contigo, aunque debería, por idiota. Llevas media hora, seguro, dándole vueltas a la agenda buscando a alguien que haga de comparsa en el balneario. Y tienes la solución

delante de las narices. Ya le has puesto nombre. ¿Por qué no le pones cara?

—Julián, es una empleada del hotel. No la conozco de nada.

—Y no conocías a Claudia el primer día tampoco, mira cómo ha acabado eso —respondió Julián, con su habitual falta de tacto—. No te digo que le declares amor eterno. Te digo que le hagas una oferta de trabajo. Legal, con contrato, con condiciones. Te lo redacto en una hora si hace falta. Pero pregúntale. Lo peor que puede pasar es que te diga que no.

—Lo pienso —dijo Nicolás, sin comprometerse a nada—. Buenas noches, Julián.

—Buenas noches. Y Nico... confía en mí en esto.

Nicolás dejó el teléfono sobre la cama, con la sugerencia de su amigo dándole vueltas en la cabeza como una bola en una ruleta.

De pronto, una imagen nítida cruzó por su mente. Unos ojos marrones muy oscuros, despiertos y llenos de un destello de inteligencia rápida. Una coleta alta que dejaba al descubierto una nuca pálida. Una chica que cargaba un montón de carpetas con orgullo y que no se había dejado amedrentar por su traje caro ni por su tono de voz de cirujano acostumbrado a mandar.

Vera.

Nicolás se pasó la mano por el pelo, alborotándolo aún más.

«¿Te has vuelto loco de verdad, Aguirre?», se recriminó a sí mismo. Él era un hombre racional. Un cirujano que medía cada incisión al milímetro. No podía proponerle una locura semejante a una empleada del hotel. Era inapropiado, poco profesional y potencialmente desastroso.

Sin embargo, cuanto más lo analizaba con la mente fría, más ventajas le encontraba al plan.

Vera era perfecta por tres razones fundamentales:

- Era ajena a su mundo: No conocía a ningún médico, no tenía interés en el hospital ni en la jefatura de servicio, y no tenía relación

alguna con Claudia. Para ella, todo esto sería un trabajo. Sin dramas ni sentimientos de por medio.

- Era inteligente y observadora: Lo había demostrado en el ascensor. Había captado la dinámica de la mentira al vuelo y se había burlado de ella con una rapidez mental exquisita. Sabría interpretar el papel.

- El nombre ya estaba registrado: Su madre, Doña Pilar, ya tenía ese nombre grabado a fuego en la cabeza. Cambiar de versión ahora y decir que «Vera» no venía pero que venía otra persona levantaría aún más sospechas e interrogatorios telefónicos interminables.

Nicolás miró el reloj del escritorio. Eran poco más de las doce de la noche.

Recordó lo que ella misma le había dicho en el pasillo de la tercera planta: *«...el turno de noche de este hotel es criminal»*. Si estaba en el turno nocturno, ella debía de estar abajo en este preciso instante, custodiando la recepción vacía del hotel en mitad de la madrugada.

Caminó de vuelta hacia la cama, recogió sus zapatos de piel y, con una mezcla de nerviosismo y determinación que no sentía desde sus primeros años como residente de cirugía, se los volvió a calzar. No sabía cómo iba a plantearle semejante locura a una completa desconocida sin parecer un demente, pero de una cosa estaba seguro: la alternativa de pasar cuatro días encerrado en un balneario en la sierra, aguantando la compasión de sus rivales y las miradas de su exmujer, era infinitamente peor.

Se abrochó la americana, se colocó bien el cuello de la camisa frente al espejo y salió de la habitación con paso decidido hacia el ascensor, dispuesto a bajar al vestíbulo.

CAPÍTULO 3

Vera Duarte aprovechó los últimos minutos antes de entregar el turno para revisar la cuenta de ahorros desde el ordenador de recepción, oculta tras el brillo de la pantalla del sistema de reservas del hotel.

En la pantalla aparecía el saldo de su cuenta corriente: 320 €.

No estaba en números rojos, pero para ella, esa cifra era un abismo. Llevaba casi un año doblando turnos en el Claris, renunciando a fines de semana y festivos con un único objetivo entre ceja y ceja: reunir los 1500 € de la matrícula de la Escuela de Arquitectura para poder salir de ese año sabático forzado que se había impuesto. Quería volver a las aulas en septiembre. Necesitaba terminar el dichoso grado para empezar a ser, de verdad, arquitecta.

El problema de los planes de ahorro es que la realidad no entiende de presupuestos.

Vera repasó mentalmente el desglose del mes: el coste de los materiales de dibujo que había tenido que comprar para mantener la mano activa, la parte del alquiler del piso de Vallecas que su padre ya no podía cubrir, y el último susto de la caldera comunitaria. El fondo que con tanto sudor había ido construyendo mes a mes se había desangrado en pequeños imprevistos domésticos imposibles de ignorar. Cada vez que lograba acercarse a la meta de los mil quinientos, la vida real le pegaba un hachazo que la devolvía a la casilla de salida.

Estaba cansada. Cansada de hacer cuentas mentales en el metro, de restar cincuenta céntimos aquí y un euro allá, y de ver cómo el mes

de septiembre se acercaba en el calendario mientras su hucha seguía tiritando. Al ritmo actual de su sueldo de recepcionista, iba a necesitar otro año entero de noches en vela antes de poder permitirse pisar la facultad.

Cerró la pestaña del banco con un golpe seco de ratón, sintiendo una mezcla familiar de impotencia y frustración. Se colocó la americana sobre el brazo, recogió su bolso de lona y salió al pasillo de servicio con el piloto automático puesto, dispuesta a afrontar el frío de la mañana madrileña y el trayecto de vuelta a Vallecas.

Lo último que esperaba encontrar al cruzar el umbral del vestíbulo era a un cirujano estirado que, sin saberlo, traía consigo el precio exacto de su billete de vuelta a la universidad.

La recepción del hotel tenía la temperatura de una pecera vacía y una luz de hospital que a Nicolás, por primera vez en su vida, le pareció ofensiva.

Había bajado al vestíbulo simulando que necesitaba un café urgente de la máquina automática, pero la verdad era mucho más patética: llevaba casi dos horas agazapado en un rincón del salón de paso, fingiendo leer un artículo infame sobre fibrilación auricular en su tableta mientras vigilaba el mostrador de recepción como un detective de tercera categoría.

La vio aparecer por el pasillo de servicio.

Vera ya no llevaba la americana del uniforme puesta; la sostenía doblada sobre el brazo izquierdo junto con su bolso de lona gastada. Su coleta de la noche anterior había capitulado, dejando paso a un pelo castaño que caía libre y algo revuelto sobre sus hombros. Se la veía cansada, con esa palidez translúcida que deja el turno de noche, pero caminaba con el mismo paso rápido y decidido que Nicolás le había observado en el ascensor. Cruzó el vestíbulo hacia la salida de personal con la firme intención de devorar el mundo o, al menos, de meterse en la cama durante diez horas seguidas.

Nicolás reaccionó tarde. Se levantó tan de golpe que la tableta resbaló de sus rodillas y cayó sobre la alfombra con un golpe seco.

—Mierda —pensó, agachándose a recogerla mientras perdía de vista la silueta de la chica.

Salió al vestíbulo casi al trote, sintiéndose ridículo. Un cirujano jefe persiguiendo a la recepcionista de noche por la salida trasera del hotel. Si el doctor Elizalde lo viera en ese instante, le retiraría la candidatura a la jefatura de servicio por puro decoro profesional.

La alcanzó justo en el porche exterior, donde el aire frío de la mañana le dio un bofetón de realidad. Vera estaba buscando algo en su bolso, de espaldas a él.

—¡Vera! —la llamó. Su voz sonó demasiado alta, casi militar, en el silencio de la calle vacía.

Ella se sobresaltó y se giró de golpe, con las llaves del coche tintineando en la mano. Al reconocerlo, frunció el ceño. Sus ojos marrones, aunque cansados, se entrecerraron con una mezcla de sospecha y fastidio.

—¿Doctor Aguirre? —dijo ella, leyendo de memoria el apellido que figuraba en la ficha de su habitación—. ¿Pasa algo con su reserva? ¿No le ha funcionado la tarjeta? Si es por el servicio de habitaciones, el turno de desayunos empieza a las siete...

—No, no es nada de eso. La habitación está perfecta —Nicolás hizo una pausa breve, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón para ocultar que le temblaban levemente. El aire matutino era helado—. Es... otra cosa. Quería hablar con usted. Un momento. Si no le importa.

Vera miró su reloj de pulsera. Un reloj barato con la correa de plástico desgastada.

—Llevo doce horas de pie, doctor Aguirre. Mi cerebro ahora mismo tiene la capacidad de procesamiento de un tostador. Si es por lo de su madre en el ascensor, de verdad que no pasa nada. Ya se me ha olvidado.

—No, es precisamente por eso —dijo él, dando un paso adelante y arrepintiéndose al instante al ver que ella daba medio paso atrás, manteniendo las distancias de seguridad—. Escuche, sé que esto va

a sonar... extremadamente extraño. Y probablemente inapropiado. Pero necesito hacerle una propuesta.

Vera enarcó una ceja. El cansancio pareció disiparse un poco, sustituido por una chispa de alerta muy viva. Cruzó los brazos sobre el pecho, sujetando la americana doblada como si fuera un escudo.

—¿Una propuesta? ¿De qué tipo?

—Profesional. Totalmente profesional —se apresuró a decir Nicolás, sintiendo que el corazón le iba a una frecuencia ridículamente alta—. ¿Podemos sentarnos un momento en la cafetería de la esquina? Está abierta. Solo serán cinco minutos. Se lo ruego.

Ella lo evaluó con la mirada durante unos segundos que a él le parecieron eternos. Analizó sus ojeras, su corbata perfectamente colocada pero con el nudo ligeramente ladeado, y esa expresión de desesperación contenida que Nicolás no lograba disimular por mucho que estirara la espalda.

—Cinco minutos —cedió Vera con un suspiro—. Pero paga usted el café. y que sea doble.

La cafetería de la esquina olía a cruasanes recién horneados y a limpiasuelo de pino. Se sentaron en una mesa de formica junto al ventanal. Nicolás pidió un café solo para él y un descafeinado doble para ella, que Vera recibió como si fuera agua en mitad del desierto.

—Bien —dijo ella, apoyando los codos en la mesa y sosteniendo la taza caliente entre las manos—. Dispare, doctor. ¿Qué quiere de mí que no pueda pedirle a la conserjería del hotel?

Nicolás tomó aire. Había ensayado este discurso en su cabeza unas cincuenta veces desde la llamada de Julián, dos horas antes, pero ahora, frente a la mirada limpia y descarada de Vera, todas las palabras parecían de plástico.

—Ayer por la tarde recibí un correo de la organización del congreso —empezó, intentando usar su tono de dar informes médicos, clínico y aséptico—. Por un problema de obras en la sede original, que es el propio Claris, han trasladado todo el evento a un hotel balneario que

está a cien kilómetros de aquí, en la sierra. Eso implica que pasaremos allí cuatro días. Del jueves al domingo.

Vera asintió despacio, dando un sorbo a su café.

—Ajá. Una faena para la logística del Claris. Pero sigo sin ver qué pinto yo en su congreso de corazón. A menos que necesite que le ordene las carpetas allí también.

—No. Necesito que venga conmigo. Como mi acompañante —soltó Nicolás de golpe, sin anestesia.

El silencio que siguió a sus palabras fue casi doloroso. Vera se quedó con la taza a medio camino de la boca. Lo miró fijamente, como si estuviera intentando descifrar si el hombre que tenía enfrente era un paciente escapado del área de psiquiatría o simplemente un idiota muy rico.

De pronto, soltó una carcajada limpia, sonora y completamente desprovista de cortesía profesional. Se rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás, mientras Nicolás sentía que el color rojo volvía a invadirle las orejas.

—¿Que yo qué? —dijo ella cuando consiguió parar—. ¿Quiere que me vaya con usted cuatro días a un balneario? Doctor Aguirre, ¿se ha vuelto loco o es que el turno de noche me está haciendo alucinar?

—Hablo completamente en serio, Vera —dijo él, apoyando las manos sobre la mesa en un gesto de súplica—. Sé cómo suena. Sé perfectamente lo que está pensando. Pero déjeme explicarle la situación. Mi separación de Claudia es muy reciente. Ella también es ponente en este congreso. El ambiente médico es extremadamente conservador y competitivo. Estoy optando a una jefatura de área que depende, en gran parte, de la imagen de estabilidad y madurez que proyecte ante el consejo de dirección. Si voy solo, seré el centro de todos los cotilleos, las preguntas incómodas y la compasión pública. Mi madre ya le ha dicho a media familia que estoy saliendo con una chica llamada Vera porque ayer entré en pánico en el ascensor. Si aparezco allí con usted... todo el mundo asumirá que he

rehecho mi vida de forma madura, discreta y estable. Se acabarán las preguntas. Se acabará la presión.

Vera dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco. La diversión en su rostro se esfumó instantáneamente, sustituida por una frialdad rígida que a Nicolás le heló la sangre.

—A ver si lo he entendido bien —dijo ella, con una voz que había bajado dos octavas y arrastraba las palabras con una precisión peligrosa—. ¿Me está ofreciendo dinero para que me vaya con usted cuatro días a un hotel a fingir que soy su pareja?

—Sí, pero...

—¿Me está llamando prostituta, doctor Aguirre? —preguntó ella, sin levantar la voz, pero con una intensidad que hizo que Nicolás se enderezara en la silla como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡No! ¡Dios mío, no! —exclamó él, levantando las manos, horrorizado por la dirección que estaba tomando la conversación—. ¡Por supuesto que no! En absoluto. Siento muchísimo si ha sonado así. Es lo último que pretendo. Esto no tiene nada que ver con... con sexo, ni con nada físico. De verdad. Sería una relación de cara a la galería. Absolutamente platónica. Dormiríamos en habitaciones separadas, o yo buscaría la forma de arreglarlo. Sería un trabajo de representación. Como contratar a una actriz para un papel. Un contrato de acompañamiento puramente social.

Vera lo miró con los ojos entrecerrados, sin relajar los hombros. La tensión entre ellos era tan real que el camarero de la cafetería decidió que era un excelente momento para ponerse a limpiar la cafetera con mucho ruido.

—¿Una actriz? —repitió ella, con un deje de desprecio—. ¿Y por qué no contrata a una actriz de verdad en lugar de acosar a la recepcionista del hotel donde se aloja?

—Porque usted ya tiene el nombre —explicó Nicolás, desesperado—. Mi madre ya sabe que me acompañas tú... quiero decir, una Vera. Si cambio de nombre ahora, Pilar empezará a sospechar, llamará al

hotel, investigará... no la conoce usted. Es capaz de presentarse en el congreso para ver qué pasa. Y además... —Nicolás dudó un segundo, mirando la mesa—. Ayer en el ascensor vi cómo reaccionaba. Es usted rápida. Inteligente. Sabe cómo lidiar con la gente sin dejarse amedrentar. Necesito a alguien que pueda sostener la mirada a mi exmujer y al doctor Elizalde sin parpadear. Necesito a alguien de fiar. Alguien discreto.

Vera guardó silencio durante un largo rato. Sus ojos marrones se clavaron en los de Nicolás, analizando cada línea de su rostro. No había rastro de burla en el cirujano; solo una vulnerabilidad y un cansancio tan profundos que daban casi pena. Aquel hombre que ganaba en un mes lo que ella en un año estaba allí, suplicándole ayuda a una recepcionista de veinticinco años con el orgullo por los suelos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó ella, cruzándose de brazos de nuevo. Su tono ya no era defensivo, sino puramente transaccional.

Nicolás tragó saliva. Había hecho cuentas por la noche, calculando una cifra que fuera lo suficientemente alta como para que resultara imposible de rechazar, pero que mantuviera el carácter profesional del trato.

—Mil quinientos euros por los cuatro días —dijo—. Con todos los gastos de viaje, alojamiento y comidas incluidos, por supuesto. Y si necesita comprarse ropa adecuada para las cenas de gala, yo me haré cargo de la factura.

Vera se quedó de piedra.

Intentó que su rostro no reflejara el bofetón de realidad que acababa de recibir, pero el corazón le dio un salto en el pecho. Mil quinientos euros. Más los gastos. Más la ropa.

Eso era, euro arriba, euro abajo, la cantidad exacta que necesitaba para pagar la matrícula de la facultad de Arquitectura que llevaba dos años posponiendo. Dos años diciendo en casa que estaba de «año sabático» porque le daba vergüenza admitir que no podía

permitirse pagar las tasas del tercer curso tras la enfermedad de su padre. Dos años doblando turnos de noche en el hotel para ahorrar cada céntimo, viendo cómo sus compañeros de clase avanzaban y ella se quedaba estancada en un mostrador de recepción, sonriendo a clientes estirados que ni siquiera la miraban a la cara.

Mil quinientos euros por cuatro días de teatro. Por sonreír, vestirse bien y fingir que le gustaba un cirujano estirado de cuarenta y tres años que tenía pánico a su madre y a su ex.

Miró a Nicolás. El cirujano la observaba con el alma en vilo, conteniendo el aliento.

—¿Cuatro días? —preguntó ella, tratando de que no se le notara el temblor en la voz.

—De jueves por la mañana a domingo por la tarde —confirmó él, detectando la grieta en su armadura—. Le aseguro que respetaré su espacio en todo momento. Mi abogado redactará un contrato de confidencialidad y de condiciones. Todo será legal, transparente y profesional. No habrá malentendidos. Se lo garantizo por mi honor.

Vera soltó un suspiro largo, sintiendo cómo el orgullo libraba una batalla campal contra la pura necesidad en su estómago. Era una locura. Era humillante, de alguna forma extraña. Pero también era su billete de vuelta a la vida que quería recuperar.

—Tengo dos condiciones —dijo Vera, señalándolo con el dedo.

Nicolás sintió que el aire volvía por fin a sus pulmones.

—Las que quiera.

—Primera: nada de contacto físico que no sea estrictamente necesario para la función. Un brazo, una mano en la espalda si hay público, y se acabó. Si intenta pasarse de listo, el contrato se rompe y me vuelvo en autobús, pero me quedo con el dinero.

—Me parece más que justo. De hecho, lo prefiero así —asintió él con total seriedad.

—Segunda: dormiremos en habitaciones separadas. No me importa lo que le diga a su madre o a sus colegas, pero yo tengo mi propia

cama y mi propia llave.

—Por supuesto. Faltaría más —dijo Nicolás, esbozando la primera sonrisa real que Vera le veía en la cara—. Trato hecho entonces.

Vera miró su taza de café vacía y luego a aquel hombre que acababa de comprar cuatro días de su vida.

—Trato hecho, doctor Aguirre —dijo, extendiendo la mano sobre la mesa—. Pero que conste que sigo pensando que está usted completamente loco.

Nicolás le estrechó la mano. Su piel estaba cálida y su agarre fue firme, profesional, pero a Vera le recorrió un calambre extraño por el brazo que atribuyó, sin dudarlo, al cansancio del turno de noche.

CAPÍTULO 4

—Vera, por el amor de Dios, te lo estoy diciendo como tu mejor amiga y como la persona que ha compartido contigo trescientas cenas a base de sándwiches de máquina: firma ese maldito papel.

La voz de Noa sonaba distorsionada a través del manos libres de los auriculares, compitiendo con el rugido del motor del metro de la línea 1 en dirección a Atocha. Vera iba de pie, aferrada a la barra metálica del vagón, esquivando las miradas cansadas de los viajeros de media mañana. Tenía el estómago revuelto y una sensación de irrealidad flotándole en las sienes que no se debía únicamente a las pocas horas de sueño. El jueves había llegado volando, y el congreso en la sierra empezaba esa misma tarde. No había tiempo que perder.

—No sé, Noa... Es que se siente sucio. Transaccional —susurró Vera, bajando la cabeza para que nadie la escuchara—. Un contrato de confidencialidad, un abogado de Almagro... Siento que me estoy vendiendo por fascículos. Se hizo un silencio extraño al otro lado de la línea, apenas un segundo, antes de que Noa retomara su tono habitual. ¿And if...? ¿Y si es una trampa? ¿Y si este tío es un psicópata con un traje muy caro?

—¿Un psicópata? Es el cirujano jefe de La Paz, Vera, no un tío que has conocido en una aplicación de citas a las tres de la mañana. Y no es la primera vez que oigo hablar de él por aquí, así que relájate —se rio Noa al otro lado de la línea. Se escuchaba de fondo el tintineo de las tazas; probablemente estaba recogiendo la zona del buffet del hotel antes de acabar su turno—. Además, ya lo viste ayer. Es inofensivo. Tiene pánico a las alturas, a su madre y a su ex. Lo único que quiere es un escudo humano para que no se lo coman

vivo en un balneario de pijos. Y a cambio te va a pagar la matrícula de la carrera de un plumazo.

Vera suspiró, apoyando la frente templada contra el cristal frío de la ventana del vagón. El metro salía a la superficie a la altura de la estación de Pacífico y la luz grisácea de la mañana madrileña le golpeó la cara.

—Son mil quinientos euros, Noa. Es exactamente lo que me falta. Pero me da miedo meter la pata. No pertenezco a ese mundo de congresos médicos y cenas de gala. ¿Y si se dan cuenta de que soy una impostora? ¿Y si le jodo la reputación a él?

—Pues que se joda él, que para eso tiene la cuenta corriente blindada —sentenció Noa con su habitual pragmatismo sin filtros—. Escúchame bien, Duarte. Llevas un año doblando turnos, durmiendo cuatro horas al día y arrastrando los pies por el Claris para poder ahorrar ese dinero. La vida te está mandando un salvavidas de mil quinientos euros con patas largas, ojos oscuros y calcetines de gatitos. No le busques tres pies al gato. Vas allí, sonríes, te comes la comida del balneario, actúas como la novia perfecta durante cuatro días y el lunes vuelves a ser la futura mejor arquitecta de este país. Firma, cóbrale la mitad por adelantado y no le des más vueltas. Tenemos que salir hacia la sierra ya de ya.

Vera no pudo evitar esbozar la primera sonrisa real de la mañana. La contundencia de Noa siempre conseguía desactivar su tendencia a sobreanalizar las estructuras de todo, incluidas las de su propia vida.

—¿De verdad crees que hago bien? —preguntó, buscando ese último empujón de confianza.

—Creo que si no firmas ese contrato, iré yo misma a ese despacho de Almagro, le diré al doctor Aguirre que yo también me llamo Vera y me iré al balneario en tu lugar. Así que espabila. Llámame en cuanto salgas. Quiero saber cada detalle del abogado y de las oficinas de rico.

—Hecho. Te quiero, Noa.

—Y yo a ti. Alquila bien ese corazón, arquitecta.

Vera colgó justo cuando el vagón se detenía en la estación de Menéndez Pelayo. Al salir a la superficie, el aire fresco del barrio de Salamanca la espabiló de golpe. Caminó a toda prisa hacia el despacho de Julián Ossorio apretando el bolso contra el costado, sintiendo que el nudo en su estómago ya no era de miedo, sino de una extraña y electrizante expectación. El coche de Nicolás la esperaría prácticamente en la puerta para emprender el viaje a la montaña en cuanto estampara la firma.

El despacho de Julián Ossorio olía a lo que Nicolás imaginaba que olía el éxito institucional: madera de nogal encerada, papel de alto gramaje y un sutil aroma a café de especialidad recién molido. Las ventanas, de suelo a techo, ofrecían una vista privilegiada de los tejados señoriales de la ciudad. Era un entorno diseñado específicamente para que la gente con mucho dinero se sientiera segura mientras se despedazaba legalmente por un divorcio o una herencia.

Nicolás caminaba de un lado a otro del espacio, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón de pinzas. Las maletas ya estaban en el maletero de su coche, aparcado abajo en doble fila. Estaban a escasas horas de la inauguración del congreso.

—¿Quieres dejar de desgastar mi alfombra? Es de lana de Nueva Zelanda y me costó un ojo de la cara —dijo Julián sin levantar la vista de su pantalla.

Julián Ossorio tenía cuarenta y cinco años, un traje gris hecho a medida que le sentaba indecentemente bien y una expresión de cinismo ilustrado que se le había quedado grabada a fuego tras quince años de ejercicio en el derecho de familia. Era el abogado de Nicolás, el encargado de desenredar el nudo gordiano que Claudia y él habían creado tras doce años compartiendo sábanas, hipotecas y una colección de arte contemporáneo bastante pretenciosa. Pero, por encima de todo, era el único amigo real que a Nicolás le quedaba con la suficiente franqueza como para decirle que se estaba comportando como un absoluto idiota.

—Viene para acá —dijo Nicolás, ignorando la queja y mirando el reloj —. Debería estar al llegar. ¿Tienes listo el documento? Tenemos que salir por carretera inmediatamente después.

Julián suspiró, apartó las manos del teclado y se reclinó en su sillón de piel negra. Cruzó los dedos sobre el estómago y clavó en Nicolás una mirada cargada de una mezcla de paciencia infinita y profunda incredulidad.

—Nico, amigo mío. Cirujano de mi corazón. Te lo he preguntado tres veces por teléfono, pero necesito que me lo digas mirándome a los ojos: ¿te has dado un golpe en la cabeza con un desfibrilador?

—Estoy perfectamente, Julián.

—No, no lo estás. Estás en pleno proceso de liquidación de gananciales con una mujer que tiene el mismo temperamento que un tiburón blanco con migraña —señaló Julián con un dedo la carpeta que descansaba sobre su mesa, la que contenía el reparto de bienes de Claudia y Nicolás—. Aún tenemos que decidir qué hacemos con el piso de la calle Almagro, los muebles de diseño que importasteis de Milán y las cuentas conjuntas de la clínica privada. ¿Y tu brillante solución para calmar las aguas y demostrarle al consejo del hospital que eres un tipo centrado es contratar a una recepcionista de veinticinco años para que haga de tu novia en un congreso a cien kilómetros de aquí? ¡Es una puta locura!

—No es una locura. Es una estrategia —replicó Nicolás, deteniéndose frente a la mesa.

—Es un suicidio profesional si te pillan —corrigió Julián, levantando una ceja—. Imagina el titular si esto sale a la luz: «El futuro jefe de Cardiología alquila una novia para impresionar a su ex y a su madre». Te van a llover las ofertas de los programas de cotilleo, pero la jefatura del hospital se la van a dar a cualquiera que no tenga un guionista de comedia romántica metido en la cabeza.

—Nadie se va a enterar, Julián. Para eso estás tú aquí. Para eso te pago —dijo Nicolás, señalando la pantalla del ordenador—. Quiero un contrato blindado. De confidencialidad absoluta. Ella firma, hace

su trabajo, recibe su dinero y aquí no ha pasado nada. Es una transacción limpia. Un servicio profesional.

Julián negó con la cabeza, soltando una risotada ahogada.

—Las transacciones limpias no existen cuando metes a una mujer de veinticinco años en la ecuación de un hombre de cuarenta y tres que está en plena crisis de la mediana edad, Nico. El dinero complica las cosas, siempre. Pero bueno, como soy un profesional excelente y tu factura mensual me paga las vacaciones en Ibiza, he redactado lo que me pediste.

Se inclinó hacia delante y le dio un golpecito al papel que acababa de salir de la impresora.

—Es un acuerdo de confidencialidad y prestación de servicios de representación social de la hostia —explicó Julián, usando su tono más técnico—. Básicamente, la señorita Duarte se compromete a no revelar absolutamente nada de lo que vea, oiga o deduzca durante el periodo de acompañamiento. Ni el motivo del viaje, ni tus datos personales, ni tus hábitos de sueño, ni si usas pijama de franela o calzoncillos de marca. Si abre la boca para algo que no sea sonreír y decir lo maravilloso que eres, se enfrenta a una penalización económica que no podría pagar ni en tres vidas trabajando en la recepción de un hotel.

Justo en ese momento, el intercomunicador de la mesa de Julián cobró vida con un pitido suave.

—Señor Ossorio, la señorita Vera Duarte está aquí para su cita —anunció la voz de la secretaria.

Nicolás se tensó al instante. Se recolocó la chaqueta con un gesto nervioso y miró a Julián, que le devolvió una sonrisa divertida, casi felina.

—Hazla pasar, Marta —dijo Julián al aparato. Luego, miró a Nicolás —. Prepárate, doctor. Vamos a ver a tu «estrategia» de cerca.

La puerta del despacho se abrió y Vera entró con paso firme.

Nicolás sintió un extraño nudo en el estómago. Ya no llevaba el uniforme del hotel, y verla con ropa de calle causó un impacto inmediato en su percepción. Vestía unos pantalones vaqueros de tiro alto que estilizaban sus piernas, unas zapatillas blancas impecables y una camiseta de algodón gris bajo una gabardina ligera. El pelo castaño lo llevaba recogido en una trenza baja, un poco deshecha, que dejaba al descubierto su cuello largo y despejado. No traía carpetas encima, solo un bolso bandolera de cuero desgastado. Se la veía joven, insultantemente joven, pero la forma en que sostuvo la mirada de Julián y la suya al entrar demostaba que no se sentía para nada fuera de lugar.

—Buenos días —dijo Vera. Su voz era tranquila, la misma voz fresca que Nicolás recordaba de la cafetería.

—Buenos días, señorita Duarte. Soy Julián Ossorio —dijo el abogado, levantándose con su mejor sonrisa de relaciones públicas y rodeando la mesa para estrecharle la mano—. Un placer. Él es Nicolás, pero supongo que a él ya lo tiene más que ubicado.

—Sí, nos conocemos de un par de viajes en ascensor —respondió Vera, dedicándole a Nicolás una mirada rápida cargada de una ironía finísima.

Nicolás asintió, sintiéndose de pronto el hombre más torpe del planeta.

—Tome asiento, por favor —indicó Julián, señalando una de las sillas de cuero frente a su escritorio.

Vera se sentó, dejando su bolso en el suelo, al lado de la silla. Nicolás se sentó a su lado, manteniendo una distancia prudencial, pero lo suficientemente cerca como para percibir de nuevo ese aroma sutil a limpio y lavanda que parecía acompañarla siempre.

Julián volvió a ocupar su sillón, se aclaró la garganta y adoptó su tono más profesional, aunque Nicolás podía ver el brillo de diversión pura en sus ojos.

—Bien, señorita Duarte. Nicolás me ha puesto al corriente de la... peculiar situación en la que se encuentran —empezó Julián,

deslizando el documento de tres folios sobre la mesa hacia ella—. Como abogado de Nicolás, y también como su amigo, mi trabajo es asegurar que todos los aspectos de este acuerdo queden perfectamente claros, definidos y protegidos por la ley. Lo que tiene delante es un contrato de confidencialidad y prestación de servicios de representación social.

Vera estiró la mano, cogió los folios y empezó a leerlos. Nicolás la observó de reojo. Le llamó la atención la seriedad con la que leía. No hojeaba el papel por encima; pasaba el dedo por debajo de cada línea, deteniéndose en los términos legales con una concentración absoluta. Su formación interrumpida en Arquitectura, pensó Nicolás, debía de haberle dado cierta estructura mental para lidiar con documentos técnicos.

—¿Confidencialidad absoluta? —preguntó Vera sin levantar la vista del papel—. ¿Incluso sobre el hecho de que este contrato existe?

—Efectivamente —asintió Julián, entrelazando los dedos—. Nada de lo que ocurra, se hable, se observe o se deduzca durante los cuatro días que dura el congreso en el **Hotel Balneario San Martín** puede ser revelado a terceros. Ni a amigos, ni a familiares, ni a medios de comunicación, ni, por supuesto, a ningún miembro del personal del hospital donde trabaja Nicolás. El motivo del acompañamiento debe permanecer en el más estricto secreto. Para el resto del mundo, ustedes son una pareja que se está conociendo.

Vera pasó a la segunda página.

—Aquí habla de una penalización económica en caso de incumplimiento —dijo, señalando un párrafo con la uña, que llevaba pintada de un tono granate oscuro—. Una cifra bastante alta, por cierto.

—Es una cláusula estándar para proteger la imagen pública de Nicolás —explicó Julián con toda la naturalidad del mundo, aunque su tono era deliberadamente frío—. Su carrera profesional y su reputación dependen de la discreción de este asunto. Comprenderá que un cirujano jefe en pleno proceso de separación no puede

permitirse el lujo de que se filtre que ha contratado a una acompañante.

Vera levantó por fin la vista del documento y miró fijamente a Julián. Luego, desvió la mirada hacia Nicolás. Había algo en sus ojos, una curiosidad que no pudo ocultar. A Nicolás se le contrajo el estómago. Se sintió expuesto, casi desnudo bajo la evaluación de esa chica de veinticinco años.

—Es curioso —dijo Vera en voz baja, apoyando el mentón en la mano—. Todo este papel para protegerse de mí. Como si yo fuera una especie de espía industrial o un peligro público.

—No es contra usted, Vera —intervino Nicolás por primera vez. Su voz sonó más defensiva de lo que pretendía—. Es... la forma en que funciona mi mundo. Todo se mide. Todo se evalúa. Un paso en falso y...

—Y la jefatura de servicio vuela —completó ella con una media sonrisa, recordando lo que él le había explicado en la cafetería.

—Exacto —admitió Nicolás, aliviado de que lo entendiera.

Julián observaba la interacción entre ambos con una atención analítica. Su mirada iba del rostro tenso de Nicolás a la expresión relajada pero atenta de Vera. El abogado apretó los labios antes de continuar, rompiendo el momento.

—La tarifa acordada es de mil quinientos euros —continuó Julián, señalando el último párrafo del contrato—. Se abonará la mitad hoy mismo, mediante una transferencia que realizaré yo personalmente desde una cuenta puente para no dejar rastro directo de Nicolás, y la otra mitad al finalizar el periodo de cuatro días, una vez comprobado que se han cumplido todas las condiciones. Los gastos de alojamiento, manutención y transporte corren íntegramente a cargo de mi cliente. ¿Está de acuerdo con las condiciones, señorita Duarte?

Vera volvió a mirar el papel. El número 1.500 brillaba en la hoja blanca con una fuerza casi hipnótica. Era su matrícula. Era su billete de vuelta a la escuela de Arquitectura. Era el fin de esos turnos de

noche interminables que le estaban robando la juventud y la energía para diseñar los edificios que siempre había soñado proyectar.

Miró el bolígrafo de tinta negra que Julián le ofreció.

—¿Dónde firmo? —preguntó con determinación.

Julián le señaló la línea de puntos al final de la tercera página. Vera firmó con un trazo rápido, seguro y sin vacilaciones. Luego, le devolvió el bolígrafo y el documento al abogado.

—Perfecto —dijo Julián, recogiendo los folios con una sonrisa profesional—. Bienvenidos al club del secreto mejor guardado del año. Yo me encargo del resto. La transferencia de la mitad del dinero ya está procesándose, por cierto.

Vera se levantó de la silla, recogiendo su bolso del suelo. El corazón le daba vueltas de la emoción contenida, pero mantuvo la compostura.

—Bueno, pues si ya está todo firmado y cobrado por adelantado, supongo que el viaje empieza ahora mismo, doctor Aguirre —dijo, mirando a Nicolás con una mezcla de diversión y un punto de desafío que a él le aceleró el pulso—. Las maletas están listas.

—Sí. Yo... tengo el coche abajo —dijo Nicolás, levantándose de inmediato y tratando de no tropezar con sus propias palabras—. Deberíamos salir ya si queremos llegar antes de la inauguración oficial de esta tarde.

—Excelente. Vamos allá, entonces —sugirió ella con un guiño—. Hasta luego, Julián.

Vera se giró y caminó hacia la salida con paso ágil, dejándolos atrás en el señorial despacho.

En cuanto la puerta se cerró con un clic suave, el silencio de la oficina se rompió con el silbido de Julián.

—Madre mía, Nico —dijo el abogado, dejándose caer hacia atrás en su sillón—. Estás jodido. Completamente jodido.

—¿De qué hablas? Ha ido muy bien. Ha firmado sin poner problemas y nos vamos ya hacia el balneario —dijo Nicolás, tratando de sonar

racional mientras recogía sus últimas pertenencias del escritorio.

—Ha firmado porque necesita el dinero, eso está claro —dijo Julián, señalando la puerta—. Pero esa chica no es una muñeca de cera que puedas sentar en una mesa para que haga bonito. Es inteligente, es rápida y tiene una personalidad que te va a dar mil vueltas antes de que te des cuenta. ¿Has visto cómo te miraba? ¿Y cómo la mirabas tú?

—La miraba como a una empleada... quiero decir, como a una colaboradora —se corrigió Nicolás, molesto por el tono de su amigo, mientras se abrochaba el abrigo.

—No me jodas, Nico. Llevo diez años viéndote mirar a Claudia con esa cara de cirujano aburrido. A esta chica la has mirado como si fuera el primer vaso de agua que ves tras cruzar el Sáhara. Y lo peor de todo es que ella se ha dado cuenta. Se ha dado cuenta de que necesitas blindarte con tres páginas de contrato porque, en el fondo, te da pánico lo que pueda pasar en ese balneario.

Nicolás no respondió. Se limitó a mirar la silla vacía donde hacía un momento se había sentado Vera, sintiendo que, efectivamente, el contrato que acababan de firmar no era un escudo. Era, más bien, la primera página de un juego cuyas reglas aún no alcanzaba a comprender.

Dio media vuelta, se despidió de Julián con un gesto rápido de la mano y salió corriendo hacia el ascensor. El viaje por carretera estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 5

El jueves por la mañana se abrió paso con esa luz grisácea y limpia que tienen los días de otoño cuando el frío empieza a tomarse las cosas en serio. Apenas una hora después de que Vera estampara su firma en el despacho de Almagro, ya se encontraban en camino. No había tiempo que perder; el congreso en la sierra empezaba esa misma tarde y el viaje por carretera debía ser inmediato.

Nicolás iba al volante de su coche, un SUV alemán de color oscuro, impecable y con ese olor característico a cuero caro y producto de limpieza que solo tienen los vehículos de la gente que no viaja con niños ni con mascotas. El motor roncaba con un ronroneo suave, casi imperceptible, mientras él conducía con una precisión casi quirúrgica. De vez en cuando, miraba de reojo a su copiloto, asimilando aún la velocidad a la que se estaba desarrollando todo.

—Es un servicio profesional, Aguirre. Concéntrate —se regañó a sí mismo mentalmente, ajustándose el retrovisor interior.

Había decidido no ir con el traje de chaqueta para el viaje. Llevaba unos pantalones chinos oscuros y un jersey de cuello vuelto de lana merino que le resultaba cómodo, aunque se sentía extrañamente desprotegido sin su habitual armadura de médico respetable.

A su lado, Vera Duarte parecía estar en su propio planeta. Llevaba una maleta de cabina de un color amarillo chillón que ahora descansaba en el maletero junto a su propio equipaje —un juego de maletas de piel negra, sobrio y aburrido—. El contraste entre el amarillo de ella y el negro aséptico de él era casi una metáfora de lo que estaba a punto de ser su fin de semana. Vestía su habitual

gabardina beige sobre ropa cómoda de calle, y su pelo castaño, libre de la trenza del despacho, caía un poco revuelto sobre sus hombros.

El habitáculo, calefactado a unos perfectos veintidós grados, los envolvía con comodidad. Vera se recolocó en el asiento de cuero del copiloto, estirando las piernas con un suspiro de satisfacción.

—Madre mía —dijo, pasando una mano por el salpicadero—. Esto no es un coche, es una nave espacial. ¿Tiene botón de eyección por si la mentira sale muy mal?

Nicolás soltó una carcajada suave mientras sorteaba el tráfico de salida de Madrid.

—No, pero tiene un sistema de navegación excelente y unos asientos calefactables que supongo que compensarán el riesgo.

—Me conformo con la calefacción —sonrió ella, entornando los ojos mientras sentía el calor ascendiendo por su espalda—. El viaje son unos cien kilómetros, ¿no?

—Sí, algo menos de una hora y cuarto si el tráfico nos respeta. No tenía sentido que te pegaras el viaje en el autobús de la organización cuando yo tengo que ir de todas formas en coche. Considerémoslo parte del servicio técnico.

—«Servicio técnico» —repitió Vera, saboreando las palabras con evidente diversión—. Me gusta cómo lo maquillas para que no suene a que estás secuestrando a tu novia de mentira. Es muy profesional por tu parte, doctor.

Los primeros veinte minutos discurrieron por la autopista en un silencio que empezó siendo tenso, pero que poco a poco fue perdiendo rigidez. No era un silencio incómodo de esos en los que deseas tirarte del coche en marcha; era más bien el silencio de dos personas que se están midiendo, estudiando las distancias antes de dar el siguiente paso.

Nicolás mantenía la vista fija en la carretera, con las dos manos sobre el volante en la posición perfecta de las diez y diez. Vera, por su parte, se dedicaba a observar el paisaje que pasaba a toda

velocidad por la ventanilla, aunque de vez en cuando desviaba la mirada de reojo hacia el perfil serio de su acompañante.

—¿Siempre conduces así? —preguntó ella de pronto, rompiendo la calma.

—¿Así cómo? —preguntó Nicolás, extrañado.

—Como si estuvieras en un examen de conducir. Con las dos manos pegadas al volante, la espalda recta como un poste y esa cara de estar calculando la trayectoria del viento. Relájate un poco, Aguirre. No te va a multar nadie por apoyar un brazo en la ventanilla.

Nicolás parpadeó, un poco descolocado por la observación. Sintió una ligera calidez en las mejillas.

—Es la postura más segura para conducir —explicó, con ese tono de suficiencia técnica que le salía de forma natural—. Minimiza los tiempos de reacción en caso de frenazo brusco.

—Claro. Muy de cirujano —dijo ella con una risita—. Todo bajo control. Cuéntame algo de ti, Nicolás. Algo que no venga en tu currículum del hospital. ¿Qué música escuchas cuando nadie te ve? ¿Eres de los que cantan ópera en la ducha o de los que escuchan reggaetón a escondidas?

Nicolás se pasó una mano por el pelo. La pregunta lo pilló completamente desprevenido.

—No suelo... cantar en la ducha —respondió, esquivando el bulto con torpeza—. Y suelo escuchar música clásica. O jazz. Ayuda a concentrarse antes de una intervención.

—Qué aburrido —sentenció Vera, girándose en el asiento para quedar medio de lado, apoyando la cabeza contra el respaldo y mirándolo con descaro—. Vamos, no me digas que no tienes ningún placer culpable. Todo el mundo lo tiene. Hasta los cirujanos cardiovasculares estirados de cuarenta y tres años.

—No soy estirado —protestó él, sintiendo que la timidez empezaba a jugarle una mala pasada. Su voz había sonado un poco defensiva, casi infantil.

—Oh, claro que lo eres —aseguró ella, y sus ojos marrones brillaron traviesos—. Eres el rey de los estirados. Pero no pasa nada, es parte de tu encanto vintage. A ver, déjame hacerte una pregunta. Una de verdad.

Nicolás apretó un poco más el volante. La intuición le decía que debía cambiar de tema, pero había algo en la energía descarada de Vera que lo empujaba a seguir el juego.

—Dispara —dijo, intentando sonar valiente.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste una locura? Y no me vale «comprarme este coche» o «cambiar de marca de corbatas». Una locura de verdad. De las de no pensar en las consecuencias.

Nicolás guardó silencio durante unos segundos. Pensó en su vida de los últimos quince años. Su carrera meteórica, su matrimonio perfectamente planificado con Claudia, las cenas benéficas, las conferencias internacionales... Todo había sido un camino recto, pavimentado de decisiones correctas y previsibles.

—Supongo que... contratar a una recepcionista de veinticinco años en un ascensor para que finja ser mi novia es lo más cerca que he estado de una locura en toda mi vida.

Vera se quedó callada un instante, asimilando la respuesta. Una sonrisa lenta y muy dulce se dibujó en sus labios.

—Punto para ti, Aguirre. Eso ha estado bastante bien —admitió—. Aunque técnicamente la idea fue mía en parte por dejarme sobornar. Pero aceptamos pulpo.

—¿Y tú? —preguntó Nicolás, tratando de cambiar las tornas—. ¿Por qué dejaste la carrera? Julián me dijo que estabas estudiando Arquitectura.

Vera apartó la mirada hacia la ventanilla. El cambio en su expresión fue sutil, pero Nicolás lo notó de inmediato. La diversión se apagó durante una milésima de segundo, sustituida por una sombra de cansancio antiguo.

—Cosas de la vida —respondió ella, con un tono deliberadamente ligero pero evasivo—. A veces los planos no encajan con la realidad. Prefiero no hablar de eso ahora. Es demasiado temprano para ponerse dramática.

Nicolás asintió y respetó el silencio. No quería presionar. Su instinto médico —y humano— le decía que ahí había una herida abierta, y él sabía perfectamente lo que dolían las cosas que se dejaban a medio hacer.

Vera no tardó mucho en recuperar su energía combativa. Se dio cuenta de que el cirujano era extremadamente vulnerable a la timidez cuando se le sacaba de su zona de confort profesional. Y, para su sorpresa, descubrió que le encantaba provocarlo. Le resultaba sumamente divertido ver cómo un hombre que sostenía la vida de las personas en sus manos se ponía nervioso por una simple pregunta de carácter personal.

—A ver, Nico —dijo ella, usando deliberadamente el diminutivo para ver cómo reaccionaba—. Si vamos a ser novios de verdad a ojos de todo el mundo, necesito saber detalles. Detalles íntimos.

Nicolás contuvo la respiración. El coche acababa de entrar en un tramo de curvas y agradeció tener una excusa real para no apartar la vista de la carretera.

—¿Qué tipo de detalles?

—Pues no sé... por ejemplo: ¿cómo besas?

El SUV dio un leve bandazo hacia la derecha que Nicolás corrigió de inmediato con un movimiento tenso de las muñecas. Vera soltó una carcajada traviesa al ver cómo el cuello del cirujano se teñía de un rojo escarlata instantáneo.

—¡Vera, por favor! —exclamó él, escandalizado—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy importante —replicó ella, muerta de risa—. Imagina que tu ex, Claudia, que seguro que nos va a vigilar con lupa, nota que no hay química entre nosotros. Si de pronto surge la situación de que nos tenemos que dar un beso de cortesía, un pico de esos de «hola,

cariño», y tú pareces un témpano de hielo o un pez fuera del agua, se nos cae el invento. Así que dime: ¿eres de los que se lanzan de golpe o de los que van despacio?

—Yo... no voy a responder a eso —dijo Nicolás, sintiendo que la calefacción del coche se había subido de golpe a cuarenta grados—. Es completamente irrelevante. No va a haber besos. Está en el contrato.

—El contrato dice «nada de contacto físico que no sea estrictamente necesario» —recitó ella de memoria, arqueando las cejas—. Un beso de saludo delante de tu madre puede ser estrictamente necesario. Pero está bien, no te pongas nervioso. Te daré un respiro. Siguiente pregunta incómoda: ¿qué es lo que más te desquicia de Claudia?

Nicolás frunció el ceño. Esa pregunta ya no le daba timidez; le tocaba una fibra más seria.

—No me gusta hablar mal de ella —dijo, con un tono más sombrío.

—No te pido que la insultes, Nico. Te pido que seas humano. Llevas días con esa cara de estar cargando con el peso del mundo. Desahógate un poco. ¿Qué hacía que te daban ganas de tirarte de los pelos?

Nicolás suspiró, dejando que la tensión acumulada saliera de sus pulmones. El paisaje empezaba a cambiar, mostrando las primeras colinas verdes que anunciaban la cercanía de la sierra.

—Su necesidad de control —admitió por fin, en voz baja—. Todo tenía que ser perfecto. Las cenas, las vacaciones, la colocación de los libros en la estantería... Incluso el divorcio tiene que ser perfecto y civilizado. A veces sentía que yo no era su marido, sino un elemento más de la decoración de su vida perfecta.

Vera lo escuchó con atención, sin rastro de burla esta vez.

—Pues mira —dijo ella con suavidad—. En eso os parecéis. A ti también te gusta bastante el control.

—Yo controlo cosas que importan, como el ritmo cardíaco de un paciente en una mesa de operaciones. Ella controlaba cosas para

que los demás pensaran que era feliz. Hay una diferencia.

—La hay —asintió Vera, mirándolo con un nuevo brillo de respeto en los ojos—. Tienes razón.

El cartel de madera tallada que rezaba **Hotel Balneario San Martín** apareció tras una curva cerrada de la carretera de montaña. El edificio era imponente: una construcción del siglo XIX perfectamente restaurada, rodeada de jardines señoriales, fuentes de piedra y árboles centenarios que le daban un aire de elegancia atemporal.

Nicolás enfiló el camino de entrada de grava, sintiendo cómo los neumáticos crujían bajo el peso del coche. El aparcamiento exterior ya estaba lleno de berlinas de alta gama y coches oficiales de laboratorios farmacéuticos. El congreso estaba a punto de comenzar.

Detuvo el motor frente a la entrada principal.

—Bien —dijo Nicolás, girándose hacia ella. El momento de la verdad había llegado—. A partir de aquí, el contrato entra en vigor de verdad. ¿Estás lista?

Vera se quitó el cinturón, se recogió el pelo con un gesto rápido en una trenza improvisada y lo miró fijamente. Toda la diversión anterior se transformó en una profesionalidad brillante y segura.

—Nico, llevo dos años lidiando con clientes pesados, ejecutivos borrachos y señoras que se quejan porque las sábanas no están lo bastante frías. Esto va a ser pan comido. Solo sígueme el rollo y no te pongas rojo cada vez que te toque el brazo.

—Lo intentaré —prometió él, con una sonrisa resignada.

El frío de la sierra cortó el ambiente en cuanto Nicolás apagó el motor del coche, pero el verdadero cambio de temperatura ocurrió dentro de su pecho. El silencio que se instaló en el habitáculo del SUV fue de esos que se sienten en la boca del estómago.

Nicolás rodeó el capó del coche. El suelo de grava crujió bajo sus zapatos de piel con un sonido nítido, casi intimidante. Abrió el maletero y se encargó del equipaje con una parsimonia deliberada,

intentando ganar unos segundos para asimilar lo que estaba a punto de ocurrir. Al levantar la maleta amarilla de Vera y colocarla junto a las suyas, de un sobrio color negro, la diferencia entre sus dos mundos se hizo casi física. Dos maletas de cuero oscuro, perfectamente alineadas, y una de plástico chillón que parecía gritar que la vida no tenía por qué ser tan gris.

Fue en ese momento cuando el botones del balneario se acercó empujando un carro metálico.

—Buenos días. ¿Le ayudo con el equipaje?

—Sí, gracias —respondió Nicolás, entregándole las asas con un tono de voz que pretendía ser el de un hombre acostumbrado a que le sirvieran, aunque por dentro solo fuera un manojo de nervios.

Vera se colocó a su lado. El aire fresco de la montaña le había encendido un par de círculos rosados en las mejillas, dándole un aspecto insultantemente sano y juvenil que contrastaba con la palidez cansada del cirujano de cuarenta y tres años. Nicolás la miró de reojo, esperando que guardara la distancia protocolaria que siempre se mantiene con un desconocido.

Pero Vera ya había entrado en el papel.

Con una naturalidad que a él le pareció casi mágica, ella dio un paso hacia su flanco derecho. No hubo vacilación, ni torpeza, ni esa distancia prudencial que él esperaba de una chica de veinticinco años que acababa de firmar un contrato de confidencialidad. Deslizó su mano por debajo del brazo de Nicolás, buscando el hueco entre su bíceps y su costado, y subió hasta entrelazar sus dedos con los de él de forma firme y decidida.

Nicolás se tensó tanto que el músculo de su brazo pareció convertirse en piedra. Hacía años —muchos más de los que estaba dispuesto a admitir— que nadie lo tocaba de esa manera. Con Claudia, en los últimos tiempos de su matrimonio, el contacto físico se había reducido a un protocolo de gestos ensayados para las fotos de grupo o a una palmadita desganada en el hombro al salir por la puerta. Aquello era distinto. La mano de Vera estaba ligeramente fría

por el viento, pero su palma desprendía un calor vivo, limpio, que pareció traspasar la tela de su jersey de lana merino como si fuera papel de fumar.

—Relaja el brazo, doctor —susurró ella, sin perder la sonrisa radiante que ya le estaba dedicando a la fachada del hotel—. Parece que te estoy llevando a urgencias con una fractura abierta.

—Lo siento —murmuró Nicolás entre dientes, intentando no mover apenas los labios—. Es... el reflejo.

—Pues cambia el reflejo —le siseó ella, apretando un poco más los dedos entre los suyos—. Respira. Hueles a miedo y a colonia de hombre serio. Tienes que oler a novio enamorado que se va de fin de semana con una chica que le encanta.

Nicolás se obligó a soltar el aire que tenía retenido en los pulmones. Miró hacia abajo, hacia sus manos entrelazadas. La suya era grande, de dedos largos y precisos, marcados por la tensión de sostener el bisturí; la de ella era más pequeña, suave, pero con un agarre firme que transmitía una seguridad pasmosa. De pronto, al verlas juntas, la rigidez de su hombro empezó a ceder. Dejó que su brazo adoptara un ángulo más natural y devolvió una ligera presión al agarre de Vera.

—Mejor —aprobó ella con un leve asentimiento, casi imperceptible —. Mucho mejor.

El botones ya se había adelantado con el carro, y ellos iniciaron la marcha hacia la gran escalinata de piedra del hotel. Cada paso que daban sobre la grava era una declaración de intenciones.

A medida que se acercaban a la entrada principal, Nicolás empezó a notar las miradas. El porche del balneario estaba repleto de médicos con acreditaciones colgadas del cuello. Cardiólogos de renombre, directores de hospitales de media España y, por supuesto, varios miembros del consejo de dirección que ya charlaban en corrillo con tazas de café en la mano.

Él conocía a casi todos. Sabía perfectamente lo que estaban pensando en ese mismo instante. El rumor de su separación de

Claudia había sido el cotilleo estrella de la temporada, y todos esperaban ver llegar a un Nicolás Aguirre derrotado, taciturno, el perfecto perfil del cirujano brillante pero solitario que se refugia en el trabajo para no mirar su vida vacía.

En lugar de eso, lo que estaban viendo era a un hombre de cuarenta y tres años que caminaba con paso firme, erguido, con una media sonrisa en los labios y del brazo de una mujer que destilaba una frescura y una luz que hacían que todo el entorno pareciera más brillante.

Vera caminaba como si la gran escalinata del balneario fuera la pasarela de su propia vida. No miraba al suelo, no buscaba la aprobación de nadie; se limitaba a existir allí, pegada a él, con una seguridad que a Nicolás le resultó fascinante. Su gabardina beige se mecía suavemente con el viento y su trenza desordenada le daba un aire de elegancia espontánea que ninguna de las cardiólogas hipermaquilladas que abarrotaban el vestíbulo lograría imitar jamás.

Un par de colegas del hospital de Madrid se detuvieron a mitad de una frase al verlos pasar. El doctor Elizalde, que estaba cerca de las puertas giratorias charlando con un representante de laboratorio, levantó las cejas con una mezcla de sorpresa y un respeto renovado al cruzarse con la mirada de Nicolás.

Nicolás sintió que la adrenalina le recorría la columna. Ya no era el miedo de que lo descubrieran; era una sensación extraña, cálida y sumamente placentera. La mentira, por primera vez, no pesaba. Se sentía ligera. Y mientras subían el último peldaño de piedra que los conducía al vestíbulo del hotel, Nicolás apretó la mano de Vera un poco más, no por el contrato, ni por el protocolo, sino por la pura y maravillosa necesidad de sentir que no estaba solo en mitad de la tormenta.

CAPÍTULO 6

El vestíbulo del Hotel Balneario San Martín parecía el camarote de los hermanos Marx, pero en versión congreso de medicina de alta gama. Había maletas de marca por todas partes, médicos gesticulando con desesperación con el teléfono pegado a la oreja, acreditaciones colgando torcidas y un zumbido constante de quejas que rebotaba en las impresionantes molduras doradas del techo. El repentino traslado de sede a cien kilómetros de distancia había provocado un efecto dominó que acababa de aplastar por completo la logística del hotel.

Nicolás, que seguía sintiendo el rastro del calor de la mano de Vera en su brazo derecho, avanzó entre la multitud con el ceño fruncido. Vera, a su lado, observaba el panorama con una sonrisa de absoluta familiaridad.

—Huelo el pánico a tres metros —le susurró ella al oído, inclinándose un poco para que no la oyeran los cardiólogos de la mesa de al lado —. Esa pobre chica de recepción está a un café de echarse a llorar en directo.

Nicolás miró hacia el mostrador principal. Detrás de la madera de roble, tres recepcionistas con el mismo uniforme que Vera solía llevar tecleaban a una velocidad que desafía las leyes de la física, mientras intentaban sonreír a una horda de cirujanos acostumbrados a que sus deseos se cumplieran en el acto.

—Buenas tardes —dijo Nicolás cuando por fin consiguieron llegar a un hueco libre en el mostrador. La recepcionista que los atendió tenía los ojos desorbitados y una mancha de tinta roja en el pulgar

—. Tengo una reserva a nombre de Nicolás Aguirre. Y de Vera Duarte. Deberían ser dos habitaciones dobles de uso individual.

La chica asintió con un tic nervioso en el párpado y empezó a teclear. Nicolás notó cómo Vera daba un paso al frente, apoyando los brazos en el mostrador con esa postura relajada y empática que solo tiene la gente que ha estado al otro lado de esa trinchera.

—Tranquila, compañera —le dijo Vera en voz baja, con un tono tan comprensivo que la recepcionista se detuvo un segundo a mirarla, aliviada—. Sabemos lo que es esto. El traslado de última hora del Claris os ha metido un gol por la escuadra, ¿verdad?

—No se lo imagina —susurró la chica, bajando la voz como si revelara un secreto de Estado—. Tenemos un overbooking del quince por ciento. Hay ponentes que están llegando y no tienen dónde dormir. Déjame ver tu reserva... Aguirre, Aguirre...

La recepcionista miró la pantalla, frunció el ceño, volvió a teclear y luego miró a Nicolás con una expresión que mezclaba la disculpa con el terror más puro.

—A ver... doctor Aguirre. Tengo aquí su reserva. Efectivamente, la organización solicitó dos habitaciones individuales para ustedes hace tres días. Pero con el traslado y el colapso del sistema... una de sus habitaciones se ha duplicado en el sistema y se le ha asignado a un ponente de cardiología pediátrica que venía de Barcelona.

Nicolás sintió que el mundo se detenía.

—¿Cómo que se ha asignado a otro? —preguntó, intentando mantener la calma, aunque la vena de su sien empezaba a latir con fuerza—. Tiene que haber un error. Pagamos la reserva por adelantado.

—Lo sé, lo sé, de verdad que lo siento muchísimo —se disculpó la chica, casi suplicante—. Pero es que no nos queda ni una sola habitación libre en todo el hotel. Bueno... miento. Nos queda una. Es la Suite Imperial del ala antigua. Es enorme. Tiene un salón común muy grande, pero... solo tiene una entrada principal. Dentro hay dos habitaciones independientes, cada una con su propia puerta, su

propia llave y su propio baño privado. Pero comparten el espacio común del salón. Es lo único que puedo ofrecerles.

Nicolás se quedo de piedra. Miró a Vera, que seguía con la misma expresión tranquila, y luego volvió a mirar a la recepcionista.

—Eso es inaceptable —dijo Nicolás, adoptando su tono más firme de jefe de servicio—. No podemos compartir suite. Exijo que busquen otra solución. Llame a otro hotel de la zona.

—Doctor... —la recepcionista apretó la mandíbula—. Hemos llamado a todos los hoteles, hostales y pensiones en veinte kilómetros a la redonda. Está todo absolutamente completo por el congreso y por una boda enorme que hay en el pueblo de al lado. Si no aceptan la suite, la única alternativa es que uno de ustedes duerma en un sofá del vestíbulo o que busquen alojamiento a más de cuarenta minutos de aquí, por carreteras de montaña bastante complicadas de noche.

Nicolás se giró hacia Vera. Sentía que el sudor frío empezaba a resbalarle por la espalda. El contrato de confidencialidad que Julián había redactado con tanto mimo exigía habitaciones separadas. Compartir una suite, aunque tuviera puertas independientes, rozaba peligrosamente la línea de lo que él consideraba aceptable o seguro.

—Vera —le dijo en voz baja, apartándola un par de pasos del mostrador para que la recepcionista no los oyera—. Esto es un desastre. No podemos hacer esto. No está en el trato. Yo... puedo coger el coche ahora mismo y buscar un hotel en la siguiente ciudad, aunque esté a cincuenta kilómetros. Te dejo la suite a ti para que estés cómoda, y yo haré el trayecto de ida y vuelta cada día. No voy a obligarte a compartir un espacio conmigo.

Vera lo miró fijamente. Lo observó con esa mezcla de diversión y asombro que Nicolás empezaba a reconocer como su reacción habitual ante sus arranques de caballerosidad anticuada.

—Nico, ¿te estás escuchando? —preguntó ella, cruzándose de brazos —. ¿De verdad pretendes hacer cien kilómetros de carretera de montaña de ida y vuelta todos los días, después de estar diez horas metido en ponencias, solo por una cuestión de decoro victoriano?

—Es lo correcto, Vera. El contrato dice...

—Al cuerno el contrato por un momento —lo interrumpió ella con un soplido, aunque con una sonrisa en los labios—. Seamos prácticos. La chica ha dicho que la suite tiene dos habitaciones separadas con dos puertas que cierran con llave. Eso significa que yo tendré mi espacio y tú el tuyo. No vamos a dormir en la misma cama. Ni siquiera vamos a compartir baño. Solo vamos a compartir un salón donde probablemente ninguno de los dos pase más de diez minutos seguidos porque estaremos ocupados fuera. No voy a hacer que te pases media noche al volante buscando un sitio para dormir por una tontería como esta. Nos quedamos la suite.

—Pero Vera, la gente del congreso... si se enteran de que estamos en la misma suite...

—Nico —ella dio un paso más hacia él, obligándolo a mirarla a los ojos—. Se supone que somos pareja. Que estamos juntos en esto. Si la gente se entera de que compartimos una suite de lujo, les parecerá lo más normal del mundo. Lo que sería rarísimo es que tuviéramos dos habitaciones separadas en puntas opuestas del hotel. Esto de hecho hace que nuestra mentira sea mil veces más creíble.

Nicolás procesó las palabras de Vera. Tenía razón. Toda la maldita razón del mundo. Su mente analítica, siempre tan centrada en seguir las reglas y los protocolos establecidos, se había bloqueado ante el imprevisto, mientras que ella, con su pragmatismo directo y sin dramas, había desarmado el problema en diez segundos.

—¿Estás segura de que no te importa? —preguntó él, queriendo asegurarse de que no la estaba presionando de ninguna manera.

—Segurísima, doctor. Además, la suite imperial suena a que tiene una bañera enorme y albornoces de esos mullidos que te hacen sentir como un miembro de la realeza. No pienso renunciar a eso por tus escrúpulos.

Nicolás sintió que una oleada de alivio —y de una extraña calidez— lo recorría entero. Sonrió, asintió y se giró de nuevo hacia el

mostrador.

—Nos quedamos con la suite —le dijo a la recepcionista, que dio un suspiro tan sonoro que pareció que le acababan de salvar la vida.

Subieron en el ascensor en silencio, pero esta vez era un silencio diferente al de la primera vez. Era el silencio de los cómplices que acaban de superar el primer obstáculo del plan.

Cuando el botones abrió la puerta de la suite 201, Nicolás entendió por qué la llamaban «Imperial». El salón común era más grande que todo su apartamento de alquiler temporal. Tenía techos altísimos decorados con molduras de escayola, una chimenea de piedra que parecía funcionar, un par de sofás de terciopelo verde botella que invitaban a tumbarse, y un ventanal imponente que daba directamente a los jardines traseros del balneario, donde los árboles empezaban a perder las hojas doradas.

A ambos lados del salón, dos pesadas puertas de madera de nogal daban acceso a los dormitorios independientes.

—Bueno —dijo Vera, dejando caer su bolso de lona sobre uno de los sofás de terciopelo—. Esto no está nada mal. Yo diría que hemos salido ganando con el cambio.

El botones colocó las maletas en mitad del salón común, recibió la generosa propina de Nicolás con una reverencia y se marchó, cerrando la puerta doble de la entrada principal tras de sí.

Nicolás se quedó de pie en mitad de la estancia, de repente muy consciente de que estaba a solas con Vera en un espacio que, aunque enorme, seguía siendo una única vivienda.

—Bien —dijo Nicolás, carraspeando para romper la súbita tensión—. Supongo que lo primero es repartir el territorio. ¿Cuál prefieres?

Vera caminó hacia la puerta de la izquierda, la abrió y echó un vistazo rápido al interior. Luego hizo lo mismo con la de la derecha.

—La de la izquierda tiene la cama un poco más cerca de la ventana, pero la de la derecha tiene un armario enorme que parece un vestidor —analizó ella, volviendo al salón con las manos en los

bolsillos—. Como yo solo traigo una maleta amarilla y tú pareces llevar tres trajes impecables que no se pueden arrugar, quédate tú con la de la derecha. Yo me quedo con la de la izquierda. ¿Te parece?

—Me parece perfecto. Gracias, Vera.

—De nada, socio. Ahora, si te parece bien, voy a deshacer mi maleta y a darme una ducha. Mi cuerpo me está gritando que el viaje en coche ha sido muy bonito, pero que necesito quitarme el polvo del camino.

—Adelante. Yo haré lo mismo.

Cada uno cogió su equipaje y se retiró a sus respectivos cuartos, cerrando las puertas de madera tras de sí. Al girar la llave de su habitación, Nicolás escuchó el clic metálico y sintió una mezcla contradictoria de alivio y de una absurda decepción. Se sentó en el borde de su inmensa cama de dos metros de ancho, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba temblando levemente.

«¿Qué te pasa, Aguirre? Es solo una chica de veinticinco años. Es un negocio», se repitió a sí mismo, intentando recuperar el control de su pulso. Pero el recuerdo de la mano de Vera entrelazada con la suya en la entrada del hotel seguía grabado a fuego en su piel.

La primera tarde transcurrió de manera relativamente pacífica. Nicolás tuvo que bajar a la planta baja para asistir a la sesión de apertura del congreso y recoger sus acreditaciones, mientras que Vera se quedó en la suite, aprovechando para descansar y, según le confesó más tarde, probar todas y cada una de las muestras de cremas y sales de baño que el hotel ofrecía como cortesía.

El verdadero reto comenzó a partir de las ocho de la tarde, cuando ambos coincidieron de nuevo en la suite tras sus respectivas jornadas.

Nicolás entró en el salón común, cansado tras soportar dos horas de discursos inaugurales y de esquivar con torpeza las miradas inquisivas de varios cardiólogos que le preguntaban dónde se había metido su «misteriosa acompañante». Al abrir la puerta, lo primero

que vio fue a Vera sentada con las piernas cruzadas en uno de los sofás de terciopelo.

Llevaba puesto un pijama de algodón gris de manga larga, bastante cómodo y nada sugerente, pero que a Nicolás le pareció la cosa más íntima que había visto en años. Tenía el pelo mojado y envuelto en una toalla blanca que formaba un turbante enorme sobre su cabeza. Estaba leyendo un libro electrónico con total concentración, ajena al mundo.

—Hola —dijo él, deteniéndose en el umbral.

Vera levantó la vista, le dedicó una sonrisa y se quitó el turbante con un movimiento rápido, dejando que el pelo húmedo cayera sobre sus hombros en cascada.

—Hola, doctor. ¿Cómo ha ido la primera dosis de ciencia?

—Aburrida. Lo habitual en estas cosas. Discursos largos, agradecimientos mutuos y promesas de un futuro brillante para la cardiología nacional.

—Suena apasionante —ironizó ella, dejando el libro de lado—. Oye, tenemos que establecer unas cuantas reglas de convivencia antes de que esto se convierta en un caos. Comedia doméstica, primer asalto.

Nicolás se sentó en el sofá de enfrente, manteniendo una distancia prudencial que hizo sonreír a Vera.

—¿Qué tipo de reglas? —preguntó él, curioso.

—Reglas tácitas de esas que salvan matrimonios... o que evitan que nos matemos en cuatro días. Primera: el baño. He visto que ambos tenemos baños independientes, lo cual es una bendición de los dioses del turismo, pero la presión del agua de esta planta es un poco inestable. Si tú te duchas a la vez que yo, uno de los dos se va a quedar congelado. Así que propongo turnos. ¿Quién es de ducharse por la mañana y quién por la noche?

—Yo me ducho siempre por la mañana —dijo Nicolás de inmediato—. A las seis y media. Es mi rutina de toda la vida.

—Perfecto. Yo soy un desastre matutino. No soy persona hasta que me tomo un café, así que prefiero ducharme por las noches, antes de cenar. Así no nos cruzamos en el baño ni nos dejamos sin agua caliente. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —asintió él, apuntando mentalmente la regla.

—Segunda regla: el espacio del salón común —continuó Vera, señalando la mesa de centro—. Yo soy un poco caótica con mis cosas. Tiendo a dejar los libros, las tazas de té y mis cuadernos por ahí. Si te molesta el desorden visual, dímelo y me controlo. No quiero que tu vena de cirujano controlador sufra un microinfarto cada vez que vea un folio fuera de su sitio.

Nicolás sonrió, sintiendo que la timidez empezaba a ceder paso a una complicidad muy cómoda.

—Puedo tolerar un poco de desorden, Vera. No soy un monstruo. Aunque agradecería que no dejes ropa húmeda sobre los sofás de terciopelo. Mi madre me enseñó que la madera y el terciopelo sufren con la humedad.

—Anotado. Nada de calcetines húmedos en el salón imperial. Tercera regla, y esta es seria: la comida. Tenemos un minibar enorme que parece el cofre del tesoro. ¿Compartimos los gastos o cada uno se compra sus caprichos?

—Vera, por favor —dijo Nicolás, casi ofendido—. Está en el contrato. Todos los gastos de manutención corren de mi cuenta. Puedes consumir lo que quieras del minibar, pedir lo que te apetezca al servicio de habitaciones o vaciar la bodega si es lo que deseas. No tienes que preocuparte por eso.

—Me gusta esa regla —aprobó ella con un brillo de avaricia divertida en los ojos—. Creo que es mi favorita de todo el documento. Voy a pedir una ración de patatas fritas y un refresco ahora mismo para celebrar nuestro acuerdo de paz.

Una hora más tarde, la suite se había convertido en un escenario de lo más peculiar.

Nicolás, que se negaba a presentarse en la cena informal de ponentes de la noche siguiente con la camisa arrugada, había sacado una tabla de planchar que el botones le había subido de mala gana. Estaba en mitad del salón común, con la plancha de vapor echando humo, intentando alisar una camisa de hilo azul celeste con una meticulosidad digna de un trasplante de corazón.

Vera, que ya se había tomado su refresco y devorado la mitad de las patatas fritas, lo observaba desde el sofá con una mano apoyando la barbilla.

—Nico —dijo ella de pronto.

—¿Sí? —respondió él sin apartar la vista de la manga de la camisa, donde intentaba trazar una línea perfecta.

—Lo estás haciendo fatal.

Nicolás se detuvo con la plancha en el aire. La miró con el ceño fruncido, ofendido en su orgullo de hombre autosuficiente.

—¿Cómo que lo estoy haciendo fatal? Llevo planchando mis propias camisas desde que me independicé a los veinticuatro años.

—Pues llevas diecinueve años haciéndolo mal —sentenció ella, levantándose del sofá y acercándose a la tabla con paso lento—. Estás planchando las mangas antes que el cuello. Y estás apretando demasiado la plancha en las costuras de los hombros. Así solo consigues que se queden marcas brillantes en la tela. Déjame a mí.

—No es necesario, Vera. Es parte de mis tareas domésticas...

—Quita, anda. Deja que una futura arquitecta te enseñe algo sobre estructura y presión.

Vera le quitó la plancha de la mano con una suavidad que desarmó por completo la resistencia de Nicolás. Se colocó frente a la tabla, estiró la camisa con un par de gestos rápidos de sus manos ágiles y empezó a deslizar el aparato con una soltura que a él le pareció casi hipnótica.

Nicolás se quedó de pie a su lado, demasiado cerca. Podía oler el champú de lavanda que desprendía su pelo húmedo y ver la

concentración en su perfil. Tenía una pequeña peca justo debajo del lóbulo de la oreja izquierda que no había notado en el ascensor.

—¿Ves? —dijo ella, sin levantar la vista—. Primero el cuello, luego los hombros, después las mangas y, por último, el cuerpo. Es de primero de supervivencia doméstica.

—Supongo que... la costura no es mi fuerte —admitió él, sintiendo que su voz sonaba extrañamente baja en la inmensidad del salón.

—Ya veo. Lo tuyo son las costuras internas. Las de los corazones. Esas no se planchan, ¿verdad?

—No. Esas solo se intentan cerrar para que no sangren —dijo él, con una seriedad que hizo que Vera se detuviera un segundo a mirarlo.

Sus miradas se cruzaron en mitad de la estancia. La plancha soltó un leve silbido de vapor, rompiendo el silencio que de pronto se había vuelto denso, cargado de una electricidad diferente a la de las bromas anteriores. Nicolás vio cómo la sonrisa de Vera se suavizaba, perdiendo ese deje irónico y adoptando un matiz de curiosidad real, casi tierna.

—Bueno —dijo ella, aclarándose la garganta y volviendo a deslizar la plancha sobre el puño de la camisa—. Ya tienes tu camisa perfecta para mañana, doctor. Ya puedes ir a deslumbrar a tu exmujer con tus costuras impecables.

—Gracias, Vera —dijo Nicolás, sintiendo que el corazón le daba un espasmo que no tenía nada que ver con ninguna patología cardíaca —. De verdad.

La noche cayó del todo sobre el balneario, trayendo consigo un viento frío que hacía sonar los cristales del gran ventanal de la suite.

Después de que Vera terminara de planchar la camisa de Nicolás (un favor que él prometió compensar pagando un postre absurdamente caro al día siguiente), cada uno se retiró a su espacio.

Nicolás se acostó en su inmensa cama, pero le resultó imposible conciliar el sueño. El silencio de la suite imperial no era el silencio de su apartamento de soltero. A través de la madera de la puerta, podía

escuchar los ruidos amortiguados de la habitación de al lado: el crujido del somier cuando Vera se movía, el sonido lejano de una página de libro al pasar, y el murmullo de sus pasos descalzos sobre la madera del salón común cuando salía a beber un vaso de agua.

Eran las doce de la noche cuando Nicolás decidió levantarse. Tenía la garganta seca y la mente demasiado activa como para seguir intentando dormir.

Salió al salón compartido en silencio, vistiendo un pantalón de chándal oscuro y una camiseta gris. No quería hacer ruido, pero al cruzar el umbral, se dio cuenta de que la suite no estaba completamente a oscuras. Una luz tenue, dorada, se filtraba por la puerta entornada de la habitación de Vera.

Se detuvo en mitad del salón común. Podía escuchar una melodía suave que sonaba desde el teléfono de ella: una canción de indie pop acústico, lenta y melancólica, que llenaba el espacio con una calidez extraña.

Por un segundo, Nicolás sintió la tentación de acercarse, de llamar a su puerta y preguntarle si ella tampoco podía dormir. Quería seguir hablando con ella. Quería volver a escuchar esa risa limpia que le hacía sentir que la rigidez de su vida no era una condena perpetua, sino solo una mala costumbre de la que podía desprenderse.

Pero se contuvo. Miró la puerta cerrada de su propio dormitorio, respiró hondo el aroma a lavanda que seguía flotando en el salón y regresó a su cama.

La primera noche en la suite compartida había terminado. Las reglas tácitas estaban establecidas, el territorio estaba repartido y la comedia doméstica había comenzado. Pero mientras cerraba los ojos, Nicolás supo que el verdadero desafío no iba a ser fingir delante de Claudia o de su madre. El verdadero desafío iba a ser convivir con Vera en esa suite sin olvidar, ni por un solo segundo, que todo aquello era solo un maldito contrato de mil quinientos euros.

CAPÍTULO 7

El espejo del baño del balneario se había rendido al vaho hacía veinte minutos. Vera se pasó la mano por el cristal, abriendo un círculo transparente que le devolvió una silueta borrosa y el pelo encrespado por el vapor. Aquello parecía una sauna turca, pero a ella le daba igual; tenía una misión de vital importancia que la Escuela de Arquitectura no le había enseñado a gestionar: la depilación de urgencia ante un posible (aunque estrictamente prohibido por contrato) imprevisto.

Dejó la cuchilla de usar y tirar sobre el mármol del lavabo. El metal frío chocó contra la piedra con un ruidito que le sonó casi a reproche.

Extendió la espuma de afeitar despacio. Al mirarse en el espejo, cubierta de ese blanco denso que empezaba a calentarse con su propia piel, no pudo evitar una sonrisa irónica. Parecía Papá Noel en versión minúscula y sexy.

—Muy digno todo, Vera. Menos mal que no te ve nadie —masulló para sí misma.

Tomó aire y comenzó.

El primer trazo de la cuchilla abrió una línea vertical en la espuma, revelando la piel desnuda y pálida. Vera contuvo la respiración. Manejar el acero ahí abajo requería una precisión que, muy a su pesar, le recordó inevitablemente al pulso de cirujano de Nicolás. Era un juego de tensiones delicado: con la mano izquierda estiraba la piel como si estuviera tensando un plano de papel vegetal; con la derecha deslizaba el metal con un cuidado milimétrico. Un milímetro

en falso y pasaría de "acompañante sofisticada" a "urgencias del hospital por corte accidental". Y la sola idea de que Nicolás tuviera que hacerle una sutura allí abajo la hacía querer morirse de la vergüenza.

Entre el siseo del agua del grifo, se escuchaba el levísimo raspado del acero. Un sonido íntimo, casi prohibido en su propia cabeza. Cada pasada dejaba una franja de suavidad extrema que, al contacto con el aire del baño, se erizaba al instante.

Cerró los ojos un segundo, dejándose llevar por la pura física del roce. La cuchilla ascendió por los pliegues más ocultos con una insistencia que empezó a acelerarle el pulso. Sentía un latido sordo, caliente y constante allí abajo, un ritmo que parecía empujar contra el metal cada vez que se acercaba al centro.

Cuando abrió el grifo para retirar los restos de espuma, se miró en el espejo. Estaba completamente expuesta. La piel, libre de cualquier barrera, brillaba con un tono ligeramente sonrosado por el calor. Se tocó con la yema de los dedos y soltó un suspiro. La textura era inverosímil, una suavidad de porcelana que no ofrecía la menor resistencia. Una desnudez absoluta que de pronto se sentía demasiado receptiva.

Y entonces llegó el momento de la verdad: la caja del pijama que Nicolás le había comprado y que esperaba sobre la cama de la habitación.

El satén verde oscuro no era ropa; era un atentado contra su fuerza de voluntad. Cuando la prenda resbaló por sus hombros, la tela buscó la gravedad adaptándose a sus curvas como agua pesada. El pantalón corto era, siendo generosos, de una longitud ridícula, con unos bordes de encaje que apenas cubrían lo justo.

Al subirse el pantalón, el contraste le sacudió el sistema nervioso.

La seda, fría en el primer contacto, resbaló sobre la hipersensibilidad de su piel recién depilada con una caricia tan sumamente suave que a Vera se le cortó la respiración en seco. Dio dos pasos de prueba hacia la puerta del baño. Cada pequeño movimiento, cada roce del

encaje contra su zona íntima, provocaba una fricción insoportable. Era como si la tela se empeñara en recordarle, a cada segundo, la ausencia de lo que antes la protegía.

Se sentía ridículamente vulnerable. Llevaba la piel a flor de carne, protegida únicamente por un escudo de seda verde que, lejos de ocultar nada, parecía delatar cada uno de sus latidos.

—Madre mía, Noa —susurró para sus adentros, visualizando a su amiga partiéndose de risa—. Si me viera mi padre, me obligaba a ponerme un chándal encima.

Salió al salón común de la suite con una taza de café humeante en la mano, intentando caminar con una naturalidad que no tenía, dispuesta a simular que leía un rato en el sofá antes de que Nicolás volviera de su reunión del congreso.

Pero no llegó a sentarse.

La puerta del dormitorio de Nicolás se abrió de golpe.

Nicolás salió al salón como un torbellino, con el ceño fruncido y revolviendo un cajón de madera del mueble de la entrada con evidente desesperación.

—¿Dónde narices está? —masulló para sí mismo.

Vera se quedó petrificada a mitad del salón, con la taza de café suspendida en el aire.

Nicolás Aguirre no llevaba camisa. Tampoco llevaba camiseta. Vestía únicamente un pantalón de chándal gris de algodón que se apoyaba de manera peligrosamente baja en sus caderas.

Vera contuvo la respiración de golpe. Había asumido que un cirujano cardiovascular de cuarenta y tres años que pasaba doce horas al día metido en un quirófano tendría el físico flácido de un hombre que solo se ejercita firmando recetas. Se equivocaba estrepitosamente. Nicolás tenía la espalda ancha, los hombros bien definidos y un torso fibroso, cruzado por una línea sutil de vello oscuro que descendía desde el pecho hasta perderse bajo la goma del chándal. No era el cuerpo exagerado de un chaval de gimnasio de veintidós años; era

el cuerpo maduro, duro y atlético de un hombre que se cuidaba por pura disciplina.

—¿Buscas algo, doctor? —preguntó Vera. Intentó que su voz sonara sarcástica y despreocupada, pero le salió un tono un poco más ronco de lo habitual.

Nicolás se sobresaltó y se giró de golpe hacia ella. Al darse cuenta de su propia desnudez y de que Vera lo observaba con la taza de café en la mano, se puso instantáneamente rígido como un poste. Su rostro pasó del blanco clínico al rojo escarlata en menos de un segundo.

—Yo... lo siento. No sabía que estabas aquí —tartamudeó, intentando cubrirse el pecho con las manos de una forma ridículamente púdica—. Pensaba que seguías en el baño.

—Tranquilo, no voy a cobrarte un extra por daños colaterales a la vista —se burló ella, recuperando el control de la situación y apoyándose en el marco de la puerta del salón—. ¿Qué es lo que buscas con tanto ahínco que te ha hecho olvidar las normas básicas de vestimenta?

—Mi desodorante —dijo él, tratando de recuperar la dignidad mientras estiraba la espalda—. Lo dejé en el baño común ayer por la tarde, creo. Es un bote cilíndrico, de color azul oscuro.

Vera miró hacia la repisa del mueble auxiliar de la entrada. Allí estaba. Lo cogió y lo examinó bajo la luz del día.

—¿Esto? —preguntó, leyendo la etiqueta en voz alta—. *«Santal & Cedre Officine. Con extracto de bergamota de Calabria y micropartículas de plata activa»*. Madre mía, Nicolás. ¿Esto es un desodorante o un tratamiento de rejuvenecimiento celular? Te ha debido de costar más que mi matrícula.

Nicolás avanzó un paso para quitárselo, pero Vera lo apartó rápidamente detrás de su espalda, obligándolo a acercarse más.

—Dámelo, Vera. No tiene gracia.

—Es un detalle muy vanidoso para un hombre que dice que la imagen no le importa —lo pinchó ella, mirándolo de abajo arriba con descaro—. Micropartículas de plata. ¿Qué pasa, que tus axilas necesitan estar esterilizadas como un quirófano?

—Es para mantener el equilibrio del pH de la piel bajo condiciones de estrés —explicó él, intentando sonar técnico y profesional, aunque tener a Vera tan cerca en un pijama de satén verde que dejaba al descubierto sus piernas recién depiladas le estaba destrozando el ritmo cardíaco—. Además, huele bien.

—A ver —dijo ella.

Antes de que él pudiera reaccionar, Vera dio un paso al frente, acortando la distancia entre ambos hasta que Nicolás pudo oler el aroma a lavanda y piel limpia que desprendía su cuello. Ella se inclinó ligeramente hacia su pecho desnudo y aspiró hondo.

El mundo se detuvo para Nicolás. Su respiración se cortó por completo. Pudo ver la trenza deshecha de Vera, la curva suave de su clavícula y la forma en que el satén verde se amoldaba a su cuerpo. Sintió un impulso primitivo, casi violento, de rodearle la cintura con las manos y pegarla a él.

Vera se apartó despacio, con una sonrisa de suficiencia que delataba que sabía perfectamente el efecto que estaba causando en él. Sin embargo, por dentro, su propio estómago acababa de dar una voltereta campal. Nicolás olía malditamente bien. Una mezcla de madera de sándalo, cítricos caros y ese olor limpio y masculino de la piel masculina que la hizo sentirse de repente muy acalorada.

—Bueno —admitió ella, entregándole el bote azul—. Aceptamos barco. Huele a hombre que gana bastante más de lo que gasta. Pero la próxima vez que salgas a cazar cosméticos por el salón, ponte una camiseta, Aguirre. Mi corazón de veinticinco años no está preparado para tantas emociones por la mañana.

Nicolás agarró el bote, la miró fijamente durante un segundo que pareció eterno, y volvió a meterse en su habitación cerrando la puerta con un golpe un poco más sonoro de lo necesario.

Vera se dejó caer en el sofá de terciopelo, soltando el aire que no sabía que estaba reteniendo. Se miró las piernas suaves y luego miró hacia la puerta de Nicolás.

—Mierda —susurró para sí misma—. Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Media hora más tarde, el salón común se había convertido en un campo de batalla silencioso.

Nicolás había vuelto a salir, esta vez impecablemente vestido con una camisa blanca de lino (perfectamente planchada por Vera el día anterior) y unos pantalones oscuros, aunque no se había puesto la americana. Se había sentado en el extremo izquierdo de la mesa de comedor de la suite, con su tableta abierta delante de él y una taza de té negro sin azúcar.

Vera se había colocado en el extremo opuesto, junto al gran ventanal, con un plato de cruasanes que había pedido al servicio de habitaciones y su taza de café con leche.

La distancia entre ambos era de unos cuatro metros, pero la tensión en el aire era tan densa que se podría haber cortado con uno de los cuchillos de plata del desayuno.

—¿Vas a desayunar solo eso? —preguntó Vera, señalando la taza de té de Nicolás con la punta de su cruasán.

—Es suficiente. No me gusta comer demasiado pesado por las mañanas —respondió él sin levantar la vista de la tableta—. Reduce la agilidad mental durante las ponencias.

—Claro. No vaya a ser que te dé un bajón de azúcar mientras explicas cómo funciona una válvula mitral —ironizó ella, dando un mordisco generoso a su cruasán—. Deberías probar esto. Están espectaculares. Crujientes por fuera, blandos por dentro... un pecado.

Nicolás levantó la vista de la pantalla. La observó masticar con esa naturalidad desprovista de cualquier protocolo social que a él le resultaba tan desarmante. Ella seguía con el pijama de satén verde, aunque se había echado por encima una rebeca fina de lana para

protegerse del aire fresco que entraba por la rendija del ventanal. Sus piernas, descalzas y estiradas sobre la silla contigua, brillaban bajo la luz de la mañana con una suavidad satinada que a Nicolás le costaba horrores ignorar.

—Tengo un autocontrol bastante estricto, Vera —dijo él, dando un sorbo a su té.

—Ya lo veo. Autocontrol de titanio —replicó ella, apoyando los codos en la mesa—. Aunque hace un rato, en el salón, no parecías tan controlado. ¿Siempre te pones así de nervioso cuando te quitas la camisa delante de una mujer?

Nicolás dejó la taza sobre el plato con un tintineo metálico.

—No me pongo nervioso, Vera. Simplemente me gusta mantener ciertos límites de privacidad. El contrato...

—¡Al cuerno el contrato, doctor! —lo interrumpió ella con una risita —. Llevamos veinticuatro horas aquí y ya has mencionado el contrato cinco veces. ¿Es que necesitas leer las cláusulas para recordar cómo se respira?

Nicolás la miró fijamente, y por primera vez en toda la mañana, una chispa de diversión real asomó a sus ojos oscuros. Se reclinó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y tú? ¿Siempre eres así de insoportable por las mañanas o es que el aire de la sierra te sienta especialmente bien?

Vera enarcó una ceja, encantada de que el cirujano por fin se decidiera a devolver el golpe.

—Soy mucho peor cuando no tengo café en el cuerpo, te lo aseguro —dijo ella, guiñándole un ojo—. Pero admítelo, te gusta que te pinchen. Estás tan acostumbrado a que todo el mundo en el hospital te hable con el tono de voz de estar en una iglesia que un poco de realidad te viene de maravilla.

—Puede ser —admitió Nicolás en voz baja, mirando su taza—. Puede que tengas parte de razón.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero esta vez ya no era tenso ni incómodo. Era un silencio compartido, un espacio de tregua en el que ambos se descubrieron mirándose de reojo más de lo estrictamente necesario, demasiado conscientes de que la convivencia acababa de empezar y de que el primer asalto lo habían empatado.

Vera apuró el último trago de café con leche, estiró las piernas con pereza y se levantó de la silla.

—Bueno, doctor, le dejo con su agilidad mental intacta. Voy a ver si el agua caliente de esta suite de lujo hace milagros con mis ojeras de recepcionista —dijo, dedicándole una sonrisa de soslayo antes de enfilar el pasillo hacia su dormitorio.

Al cerrar la puerta de la habitación tras de sí, el silencio la envolvió como una manta pesada. Dejó caer la rebeca sobre la cama y se acercó al gran ventanal que daba a los jardines traseros del balneario. Desde allí arriba, el mundo parecía de juguete: los setos perfectamente recortados, los senderos de piedra blanca y algún que otro médico madrugador paseando con el café en la mano.

Se sentó en el borde del colchón de dos metros de ancho, hundiéndose en una suavidad que le pareció casi obscena. Sacó el móvil del bolsillo de la gabardina, que seguía colgada en el armario, y le mandó un mensaje rápido a Noa: *«Primer asalto superado. Desayuno de trinchera completado. Sigo viva y el cirujano aún no ha llamado a su abogado para rescindir el contrato»*. No tardó ni diez segundos en recibir respuesta: *«¿Y el pijama verde? ¿Ha surtido efecto la seda o sigues en modo iceberg?»*. Vera sonrió para sus adentros, bloqueó la pantalla sin responder y se tumbó bocarriba, contemplando las molduras del techo. La piel de las piernas, todavía ultrasensible por la depilación y el roce del satén, le recordaba con un cosquilleo constante que estaba jugando con fuego en una suite de quinientos euros la noche.

Mientras tanto, en el piso de abajo, el infierno social de Nicolás Aguirre acababa de comenzar.

El gran salón de actos del Balneario San Martín era un hervidero de trajes oscuros, maletines de piel y un murmullo constante que reverberaba contra los techos altos de la sala de conferencias. Nicolás se colocó la acreditación de plástico en la solapa con dedos firmes, pero en cuanto cruzó el umbral del salón, sintió que las conversaciones a su alrededor sufrían una sutil alteración de frecuencia.

—¡Nicolás! Hombre, pero si estás aquí.

La palmada en el hombro, demasiado fuerte para ser puramente afectuosa, venía del doctor Valenzuela, jefe de sección de La Princesa y uno de los tipos más cotillas de la escena médica madrileña. A su lado, dos adjuntos jóvenes estiraron el cuello como si esperaran ver aparecer una comitiva detrás de él.

—Hola, Ramón —respondió Nicolás, forzando su mejor sonrisa de congreso—. Buena mañana para la primera mesa redonda, ¿no?

—Sí, sí, claro. Pero déjate de válvulas y de mesas redondas —Valenzuela le guiñó un ojo con una complicidad que a Nicolás le revolvió el estómago—. Nos ha llegado un pajarito de que no has venido solo. Pilar estuvo hablando ayer con la mujer de Elizalde y... bueno, parece que el ático del norte ya tiene inquilina. ¿Es verdad?

—Es... una amiga, Ramón —dijo Nicolás, midiendo cada sílaba. La palabra "novia" se le atascaba en la garganta—. Se llama Vera. Ha venido a pasar unos días de descanso.

—Ya, ya. Una "amiga" —rio Valenzuela, dándole un codazo—. No disimules, Aguirre. Que llevas un año con cara de pocos amigos y hoy pareces otro. A ver si nos la presentas en el cóctel de esta noche, que tenemos todos una curiosidad tremenda por ver quién ha conseguido domar al soltero de oro de La Paz.

Nicolás asintió con una rigidez de maniquí, murmurando una disculpa sobre la necesidad de comprobar las diapositivas de su ponencia para zafarse de la conversación. Sin embargo, el alivio duró poco. Mientras caminaba por el pasillo central hacia la mesa de ponentes, se cruzó con la mirada de Claudia.

Su exmujer estaba sentada en la tercera fila, impecable en un traje de chaqueta azul cobalto, conversando con el doctor Elizalde. Al ver a Nicolás, Claudia no apartó la vista. Le dedicó una inclinación de cabeza lenta, analítica, con esos ojos fríos que parecían capaces de diseccionar a un paciente sin necesidad de bisturí. Elizalde, que estaba a su lado, también se giró para mirarlo, apuntando algo en voz baja que hizo que Claudia esbozara una sonrisa gélida.

La presión era física. Nicolás sentía los ojos de sus colegas clavados en su nuca mientras subía al estrado. Sabía perfectamente que cada gesto, cada silencio y cada palabra de su ponencia sobre nuevas técnicas de anastomosis coronaria iba a ser analizada bajo el prisma del cotilleo que corría por los pasillos.

«Vera tiene que estar perfecta esta noche», pensó Nicolás, sintiendo que un sudor frío le perlaba la frente antes de empezar a hablar por el micrófono. La farsa ya no era una opción; era la única salida de emergencia que le quedaba para no salir de allí completamente despedazado.

CAPÍTULO 8

A las diez de la noche, el balneario se sumió en ese silencio de montaña que parece un bloque de hielo: denso, frío y pesado.

Nicolás estaba sentado en el centro del sofá de terciopelo verde botella del salón común. Tenía un libro de tapas duras sobre las rodillas, pero llevaba veinte minutos atrapado en la misma página, leyendo y releyendo un párrafo sobre la anatomía de las coronarias sin procesar una sola palabra. Estaba cansado. El primer día real de ponencias había sido un bombardeo de datos, de palmadas condescendientes en el hombro por parte de viejos catedráticos y de esquivar con torpeza los corrillos donde sabía que su divorcio era el plato fuerte del menú de cotilleos.

Pero lo que realmente le agotaba no era el congreso. Era la suite.

Era el zumbido eléctrico que parecía vibrar en el aire cada vez que Vera cruzaba el salón. Aún le escocía la piel del pecho con el recuerdo de esa mañana; el olor a sándalo de su propio desodorante mezclado con el aroma de la lavanda de ella, la cercanía de sus hombros y esa mirada descarada con la que Vera parecía leerle los pensamientos más inconfesables.

—Concéntrate, Aguirre —se susurró, frotándose el puente de la nariz.

En ese momento, la puerta de la habitación de Vera se abrió.

Nicolás levantó la vista del libro, con los hombros tensándose de forma automática. Vera asomó la cabeza. Llevaba una camiseta de algodón gris, enorme, de esas que quedan tres tallas más grandes y que le llegaban casi por la mitad del muslo. Llevaba el pelo recogido

arriba en un moño desordenado, sujeto con un bolígrafo a modo de pinza.

—Oye, Nico —dijo ella, apoyándose en el marco—. ¿De casualidad no tendrás un cargador de repuesto para el móvil? El mío se ha debido de quedar en el coche y me queda un tres por ciento de batería.

—Sí, claro. Tengo uno de sobra en mi maleta —respondió él, aliviado de poder ser de utilidad.

Se levantó, fue a su dormitorio y regresó a los pocos segundos con un cable blanco y un adaptador de corriente. Se lo entregó en mano. Al hacerlo, sus dedos se rozaron apenas un milisegundo, pero fue suficiente para que Nicolás sintiera una pequeña descarga eléctrica que le recorrió el brazo. Ella no pareció darse cuenta, o al menos lo disimuló muy bien.

—Salvada. Eres un santo, de verdad —dijo ella con una sonrisa amplia—. No sé qué haría yo sin tu kit de supervivencia para ejecutivos serios. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Vera.

Ella retrocedió hacia su cuarto, pero, con el cargador en una mano y el móvil en la otra, empujó la pesada hoja de madera de nogal sin prestar atención. La puerta no llegó a encajar en el marco. Se quedó entornada, una rendija de unos diez o quince centímetros que dejaba escapar una franja de luz dorada y cálida directamente hacia el salón común.

Nicolás se quedó de pie en mitad de la estancia. Su parte racional —esa que había estudiado medicina, redactado contratos y seguido protocolos toda su vida— le gritó que fuera allí y cerrara la puerta del todo por pura educación. Pero sus pies no se movieron. Se sintió paralizado por una timidez absurda, por el miedo a que ella pensara que estaba husmeando.

Con un suspiro contenido, volvió a sentarse en el sofá de terciopelo.

Frente a él, colgada de la pared de piedra, había una televisión inmensa, una pantalla plana de unas sesenta pulgadas. Estaba

apagada, un enorme rectángulo de cristal negro y brillante que actuaba como un espejo perfecto y oscuro, reflejando todo lo que ocurría a sus espaldas con una nitidez casi irreal.

Y entonces, Nicolás lo vio.

El reflejo de la pantalla no mostraba la realidad con la luz cruda del día; la devolvía filtrada por el negro del cristal, dándole un tono sombrío, casi clandestino. Era como mirar una película en blanco y negro muy antigua, o un cuadro de claroscuros donde las formas se intuyen más de lo que se ven.

A través de la rendija de la puerta reflejada, se veía la silueta de Vera moviéndose por su habitación.

Nicolás contuvo el aliento. Sabía que debía apartar la vista. Sabía que aquello violaba todas las normas éticas, el contrato, la decencia y su propio código de honor. Pero sus ojos estaban clavados en el cristal negro, incapaces de responder a las órdenes de su cerebro. Era una mezcla de morbo, de curiosidad acumulada y de un deseo sordo que llevaba meses enterrado bajo capas de formalidad y anestesia emocional.

En el reflejo, Vera se acercó a la cama. Se quitó la rebeca de lana fina, dejándola caer en una silla. Luego, con un movimiento fluido, se llevó las manos al dobladillo de la camiseta de algodón gris y se la sacó por la cabeza.

A Nicolás se le paró el corazón. Un golpe seco en el pecho.

La pantalla de la televisión devolvió la imagen deformada de su espalda desnuda. Una línea curva, perfecta, que se recortaba contra la luz dorada de su lámpara de noche. Era una silueta delgada, pero firme, con la columna vertebral dibujada como un sendero de sombras suaves. Se la veía moverse sin prisa, con una tranquilidad de quien se cree absolutamente sola y a salvo del mundo.

No había nada explícito en el reflejo. El marco de la puerta ocultaba las partes más íntimas, y el cristal negro emborronaba los detalles, convirtiendo su piel en un lienzo de tonos canela y sombras movedizas. Pero para Nicolás, esa falta de nitidez era mil veces más

devastadora que una imagen clara. Su mente, acostumbrada a reconstruir la tridimensionalidad de los órganos internos a partir de simples ecografías borrosas, se puso a trabajar a mil revoluciones, rellenando los huecos, imaginando la suavidad de esa piel recién depilada que había adivinado por la mañana, la curva de su cadera, la firmeza de sus hombros desnudos.

Vera estiró los brazos hacia arriba para soltarse el pelo, y en el reflejo de la tele, su cuerpo pareció alrgarse, una línea esbelta y felina que a Nicolás le provocó una sequedad insoportable en la garganta. Vio el destello del satén verde de su pijama cuando lo cogió de la cama. Vio cómo la tela resbalaba por sus piernas desnudas al ponérselo, un suspiro de seda que el cristal negro captó como un destello rápido, casi líquido.

El pulso de Nicolás iba a una frecuencia que, si hubiera estado conectado a un monitor del hospital, habría hecho saltar todas las alarmas de la planta. Sentía el calor subiéndole por el cuello, una oleada de culpabilidad ardiente mezclada con una excitación tan básica, tan física, que le hizo apretar los puños sobre el libro de medicina.

«Mírate, Aguirre. Eres un jodido enfermo», se insultó a sí mismo, con la respiración entrecortada.

Justo cuando Vera se giró hacia la puerta para apagar la luz de su mesilla, Nicolás reaccionó. Apartó la mirada de golpe, clavando los ojos en la alfombra con una violencia que casi le hace hacerse daño en el cuello.

Un segundo después, la luz de la rendija se apagó, dejando el salón común en una penumbra casi total, rota solo por el resplandor de la luna que entraba por el ventanal.

Nicolás se quedó inmóvil en el sofá durante lo que parecieron horas, escuchando el latido desbocado de su propio corazón y sintiéndose el hombre más sucio, más torpe y más expuesto del planeta.

A la mañana siguiente, el desayuno fue un desastre sin paliativos.

Vera salió de su habitación a las ocho, ya vestida para el día con unos vaqueros cómodos y un jersey de punto fino de color beige. Tenía una energía estupenda, con esa cara de haber dormido diez horas seguidas que a Nicolás le pareció casi un insulto personal, considerando que él apenas había pegado ojo dando vueltas en la cama, torturado por el reflejo de la televisión.

—Buenos días, Nico —saludó ella, entrando al salón con su habitual paso ligero—. Vaya cara traes. ¿Otra vez te ha atacado el insomnio de los cirujanos?

Nicolás estaba de pie junto a la cafetera, de espaldas a ella. Al oír su voz, se tensó tanto que casi derrama el agua caliente.

—Buenos días —respondió. Su voz sonó ronca, demasiado seca.

Se giró para dejar la taza en la mesa, pero cometió el error de no mirarla a los ojos. En lugar de eso, fijó la vista en la esquina de la mesa de centro, luego en la cafetera y después en su tableta, haciendo movimientos rápidos y nerviosos con las manos.

Vera, que tenía un máster en lenguaje corporal tras dos años leyendo los gestos de los clientes del hotel, frunció el ceño de inmediato. Se acercó a la mesa de comedor y se apoyó en ella, observándolo con fijeza.

—¿Te pasa algo? —preguntó, con un tono que mezclaba la curiosidad con una ligera sospecha.

—No. Nada. Estoy perfectamente —dijo Nicolás, demasiado rápido. Cogió su taza de té y dio un sorbo largo, casi quemándose la lengua.

—Nico, no sabes mentir. Te tiembla la mano y estás evitando mirarme como si me debieras dinero —dijo ella, con una media sonrisa que intentaba quitarle hierro al asunto—. ¿Qué pasa? ¿He roto alguna de tus reglas del salón de terciopelo? ¿Me he dejado una taza sucia?

—No, de verdad. No es nada. Solo estoy... pensando en la ponencia de esta tarde. El doctor Elizalde quiere que presente unos datos de última hora y estoy un poco presionado —improvisó él, soltando una parrafada técnica para intentar desviar la atención.

Vera lo estudió durante unos segundos. Sus ojos marrones, agudos y despiertos, analizaron la rigidez de sus hombros, la forma en que Nicolás apretaba la mandíbula y, sobre todo, cómo desviaba la mirada cada vez que ella intentaba buscarle los ojos. Había algo más ahí. Algo que había cambiado desde la noche anterior.

De pronto, Vera miró hacia la gran televisión apagada del salón. Luego miró hacia la puerta de su habitación, que seguía entreabierta tal y como la había dejado esa mañana. Hizo una rápida asociación mental, calculando los ángulos de visión y el reflejo del cristal negro de la pantalla.

Una chispa de comprensión —y de una diversión absolutamente maliciosa— se encendió en sus ojos.

—Vaya —dijo Vera en voz muy baja, dando un paso lento hacia él—. Así que la ponencia de esta tarde... Ya veo.

Nicolás sintió que la cara le ardía tanto que podría haber frito un huevo en su mejilla. Supo, por la curva lenta y triunfal que se dibujó en los labios de Vera, que lo había pillado por completo. Su silencio y su torpeza lo habían delatado mucho más que si lo hubiera confesado a gritos.

—Vera, yo... —empezó él, intentando buscar una explicación coherente que salvara lo que quedaba de su dignidad.

—No digas nada, doctor —lo interrumpió ella, dándole una palmadita suave en el brazo que le hizo dar un respingo—. Tómate el té antes de que se enfríe. No querrás tener un bajón de azúcar delante de tu exmujer.

Vera se dio la vuelta y caminó hacia el ventanal con un cruasán en la mano, tarareando una melodía alegre. Nicolás se quedó allí, con la taza temblando entre los dedos, sabiendo que a partir de ese momento, el equilibrio de poder en esa suite había cambiado para siempre. Ella ya no era solo su acompañante contratada; era la dueña absoluta de sus nervios.

CAPÍTULO 9

La tarjeta de crédito corporativa de Nicolás Aguirre, un rectángulo negro y pesado con el nombre grabado en letras plateadas que prometía un límite de gasto absurdamente alto, descansaba sobre el mostrador de madera de *La Envidia*, la boutique multimarca más exclusiva de la pequeña ciudad balneario.

Vera la miró con una mezcla de ironía y respeto.

Hacía tres horas que Nicolás se la había entregado en el vestíbulo de la suite, antes de marcharse a sus infinitas sesiones de pósters científicos. Le había dicho, con esa torpeza tan suya, que se comprara «lo que hiciera falta» para el cóctel de bienvenida de esa noche y la cena de gala del sábado. No quería que desentonara con el código de vestimenta de un evento donde las marcas de lujo silencioso eran el uniforme no oficial.

Pero Vera no era la protagonista de una película de los noventa esperando que el galán la rescatara de las garras de unas dependientas estiradas. Sabía perfectamente quién era, cuánto valía cada hora de su tiempo y, sobre todo, que aquello era un acuerdo comercial. Ella no estaba recibiendo una limosna; estaba adquiriendo las herramientas de trabajo necesarias para cumplir un contrato blindado de mil quinientos euros.

La dependienta de la tienda, una mujer de unos cincuenta años con un traje sastre impecable y el ojo clínico de quien sabe medir el saldo bancario con un simple vistazo, la miró al entrar con cierta condescendencia. Los vaqueros desgastados de Vera y sus zapatillas blancas no gritaban precisamente «alta costura».

—Buenos días. ¿Busca algo en concreto? —preguntó la mujer, con una cortesía tan profesional como fría.

—Sí —respondió Vera, sosteniendo la mirada con esa seguridad tranquila que había pulido tras dos años de lidiar con los clientes más estirados del hotel—. Necesito un vestido para el cóctel de bienvenida del congreso médico de esta noche. Algo formal, pero no pretencioso. Que no parezca que me he esforzado demasiado.

La dependienta asintió despacio, cambiando sutilmente el tono al notar la firmeza en la voz de Vera.

—Acompáñeme. Tenemos algunas cosas de temporada que podrían encajar.

Vera descartó los tres primeros vestidos que la mujer le propuso: uno con demasiados brillos, otro de un corte tan clásico que la hacía parecer veinte años mayor, y un tercero de una marca francesa cuyo precio de tres ceros resultaba ridículamente desproporcionado para lo que ofrecía. Vera conocía el valor del dinero; sabía lo que costaba ganarlo y no pensaba despilfarrar los fondos de Nicolás solo porque él pudiera permitírselo. No se trataba de ser humilde, sino de mantener el control. El poder de tener esa tarjeta sin límite residía, precisamente, en saber cuándo decir basta.

Finalmente, su mirada se detuvo en un perchero al fondo. Era un vestido midi de punto de seda, de un color azul noche profundo, casi negro. Tenía un cuello barco elegante y discreto por delante, pero la sorpresa estaba en la espalda, que caía en un escote drapeado muy sutil que dejaba al descubierto la zona donde nacían los omóplatos. Era sencillo, inteligente y condenadamente sexy sin necesidad de gritarlo.

—Me llevaré este para el cóctel de esta noche —dijo Vera. Su mirada viajó hasta otro perchero, donde colgaba solitario un vestido largo de raso verde esmeralda, de escote asimétrico y la espalda completamente al descubierto—. Y este otro para la cena de gala del sábado. Con estos salones de tacón sensato en color nude, que sirven para los dos. No necesito nada más.

La dependienta, ahora completamente entregada ante la seguridad de su clienta, empezó a procesar la compra. Mientras tanto, Vera se acercó a un expositor giratorio que había junto a la caja, donde se vendían complementos de firmas locales independientes.

Allí, entre bufandas de lana virgen y corbatas de seda, vio un paquete de calcetines. Eran de algodón de alta calidad, pero tenían un estampado delirante: pequeños gatitos de color naranja jugando con ovillos de lana sobre un fondo azul eléctrico.

Vera sonrió de inmediato. Una idea deliciosa y maliciosa cruzó su mente. Imaginó los pies de Nicolás, siempre enfundados en calcetines oscuros, ejecutivos e impecables, cubiertos por esos felinos absurdos bajo el pantalón de su traje de mil euros.

—Póngame estos también, por favor —le dijo a la dependienta, señalando los calcetines de gatitos—. Pero cóbramelos en una cuenta aparte. Estos los pago yo.

La mujer parpadeó, extrañada por el contraste entre el vestido de diseño y los calcetines infantiles, pero obedeció sin rechistar. Vera pagó el vestido y los zapatos con la tarjeta negra de Nicolás, y usó sus propios billetes arrugados para los calcetines de gatos. Era un pequeño lujo personal: el derecho a fastidiar al cirujano estirado con su propio dinero.

El peso de la corona

Mientras Vera regresaba a la suite con sus bolsas de papel kraft, Nicolás apuraba los últimos minutos de la jornada científica en la planta baja del balneario. El olor a café recalentado y la moqueta de pasillo de congresos empezaban a resultarle asfixiantes. Se disponía a enfilar el camino hacia los ascensores cuando una mano enjoyada con un anillo de sello de oro se posó sobre su antebrazo.

—Nicolás. Un momento, por favor.

Era el doctor Elizalde.

A sus sesenta y ocho años, el director médico de La Paz no caminaba; se deslizaba por los pasillos con la parsimonia de un monarca que no necesita correr porque el tiempo se adapta a su paso. Su pelo, de un blanco nuclear perfectamente peinado hacia atrás, y sus trajes de sastre de tres piezas le daban el aspecto de un diplomático de otra época. Detrás de sus gafas de montura de carey se escondían unos ojos pequeños y extremadamente vivos. Era el "viejo zorro" de la cirugía española, el hombre que ponía y quitaba jefaturas con un leve movimiento de cabeza.

—Doctor Elizalde. Buenas tardes —dijo Nicolás, enderezando la espalda por puro instinto profesional.

—Acompáñame a la terraza un segundo. Necesito aire limpio antes de que me intoxique tanto gráfico de barras.

Caminaron en silencio hacia el patio acristalado. El aire de la sierra madrileña era fresco y traía un sutil aroma a pino. Elizalde encendió un cigarrillo con parsimonia, ignorando las normas de no fumar del hotel con la impunidad que solo da el poder absoluto.

—He estado analizando tu última propuesta para la reestructuración de la unidad de agudos —empezó el viejo cirujano, expulsando el humo con la vista perdida en el horizonte—. Es impecable. Técnicamente, eres el mejor candidato que tenemos en el país, Nicolás. Eso lo sabes tú y lo sé yo.

—Gracias, doctor. He dedicado los últimos cinco años a prepararme para esto.

—Lo sé —Elizalde se giró despacio, clavando sus ojos de lince en Nicolás—. Pero el puesto de jefe de servicio no es solo técnica, muchacho. Es política. Es gestión de egos. Y, sobre todo, es representatividad. La Paz es una institución seria. No nos gusta el ruido.

Nicolás notó un nudo en la garganta. Sabía exactamente hacia dónde iba la conversación.

—Claudia me ha comentado que el proceso de divorcio se está complicando más de lo previsto —continuó Elizalde con un tono paternalista que resultaba más amenazador que un grito—. Es una lástima. Hacíais una pareja excelente de cara al patronato. En la junta de dirección hay gente... muy tradicional, Nicolás. El doctor Valenzuela, por ejemplo, ya está sugiriendo que tal vez no sea el momento idóneo para darte tanta responsabilidad si tu vida personal está patas arriba. No queremos un jefe de servicio distraído, o amargado, o envuelto en disputas patrimoniales que salgan en los mentideros de la profesión. Necesitamos estabilidad.

—Mi rendimiento en el quirófano y mi compromiso con el departamento no han cambiado en absoluto —replicó Nicolás, apretando los dientes.

—No lo dudo —Elizalde le dio una última calada al cigarrillo antes de aplastarlo contra el cenicero de piedra—. Pero la percepción lo es todo. Esta noche, en el cóctel, estará todo el comité. Quiero verte relajado, Nicolás. Quiero ver que eres un hombre centrado, que ha sabido gestionar su transición vital con la misma madurez con la que cierras una aorta. Por cierto... —el viejo zorro esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos—, tu madre me ha insinuado que vienes acompañado. Espero tener el gusto de conocer a esa joven de la que tanto se habla. Demuéstrame que sabes mantener el equilibrio, muchacho. Nos jugamos mucho el mes que viene.

Con una palmadita condescendiente en el hombro, Elizalde se dio la vuelta y regresó al interior, dejándole a Nicolás un frío glacial en el estómago. La amenaza había sido sutil, envuelta en seda y buenas palabras, pero cristalina: o demostraba esa misma noche que su vida era un remanso de paz y estabilidad, o la jefatura por la que había sacrificado su matrimonio se esfumaría para siempre.

A las siete de la tarde, Nicolás estaba en el salón de la suite, completamente vestido para el cóctel. Llevaba un traje de tres piezas de un gris marengo impecable, una camisa blanca de hilo egipcio y una corbata de seda oscura. Estaba de pie junto a la ventana, recolocándose los gemelos de plata con dedos nerviosos.

La puerta del dormitorio de Vera se abrió.

Nicolás se giró y el aire se le atascó en la garganta por segunda vez en veinticuatro horas. El vestido azul noche le caía como si hubiera sido esculpido directamente sobre su cuerpo. El punto de seda se amoldaba a sus curvas con una elegancia líquida, y el escote de la espalda revelaba la piel tersa, dorada y perfecta que él había intuido la noche anterior en el reflejo de la televisión. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, dejando libre su cuello largo, y solo unos pequeños pendientes de plata como adorno.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó ella, con una sonrisa divertida al ver su expresión de absoluta mudez—. ¿He desentonado mucho?

—Estás... estás espectacular, Vera —consiguió decir él. Su voz sonó más baja de lo habitual, cargada de una sinceridad que no pudo ocultar—. De verdad. Es un vestido precioso.

—Gracias. Es parte del contrato, ¿recuerdas? Había que dar la talla —dijo ella, restándole importancia con un gesto, aunque por dentro sintió un cosquilleo cálido ante el cumplido—. Por cierto, te he traído un regalo de agradecimiento por la tarjeta. Esto lo he pagado yo, que conste.

Vera metió la mano en su bolso y sacó el pequeño paquete envuelto en papel de seda, entregándoselo con un brillo de pura travesura en los ojos.

Nicolás, intrigado y un poco desconfiado por la expresión de ella, desenvolvió el papel con cuidado. Al ver los calcetines de gatitos naranjas sobre el fondo azul eléctrico, se quedó completamente de piedra.

—¿Esto es... una broma? —preguntó, levantándolos con dos dedos como si fueran un espécimen biológico extraño.

—Son calcetines de hilo de Escocia, de la mejor calidad —explicó Vera, aguantándose la risa—. Pero tienen gatitos. Pensé que a tu impecable traje gris le vendría muy bien un toque de rebeldía felina. Además, así estarás incómodo toda la noche pensando en que los

llevas puestos, y eso te distraerá de tu exmujer. Es una estrategia terapéutica.

Nicolás miró los calcetines y luego a Vera. La audacia de la chica era inagotable.

—No me voy a poner esto, Vera. Es ridículo.

—Oh, claro que te los vas a poner —desafió ella, cruzándose de brazos—. Si no te los pones, consideraré que has incumplido el pacto de caballerosidad de esta mañana y estaré muy deprimida durante todo el cóctel. Y una novia de mentira deprimida no ayuda a dar buena imagen.

Nicolás soltó un suspiro de rendición que en realidad era una sonrisa contenida. Sacudió la cabeza, se sentó en el sofá y, ante la mirada triunfal de Vera, se descalzó los zapatos de piel italiana, se quitó sus sobrios calcetines negros y se enfundó los felinos naranjas. Al volver a calzarse, el puño del pantalón tapaba el estampado, pero ambos sabían perfectamente lo que se escondía allí abajo.

—Eres un monstruo, Duarte —dijo él, levantándose con una dignidad recuperada a duras penas.

—Lo sé, Aguirre. Anda, vámonos antes de que los gatos empiecen a maullar.

El gran salón de baile del balneario estaba decorado con una sobriedad que pretendía ser aristocrática. Lámparas de cristal de bohemia, música de cámara sonando de fondo a un volumen que permitía hablar sin gritar, y camareros con chaquetilla blanca ofreciendo copas de champán en bandejas de plata.

En cuanto cruzaron el umbral, Vera volvió a deslizar su mano por debajo del brazo de Nicolás. Él no se tensó esta vez; al contrario, acomodó su postura para que ella estuviera cómoda, sintiendo cómo el calor de su cuerpo lo anclaba en mitad de aquel territorio hostil.

Caminaron entre los corrillos de médicos, saludando aquí y allá. Vera se manejaba con una soltura que dejó a Nicolás asombrado. Tenía la palabra justa para cada colega, la sonrisa adecuada para las esposas de los directores de hospital y una capacidad asombrosa para

simular que entendía de qué hablaban cuando la conversación se tornaba demasiado técnica.

—Vaya, vaya. Nicolás.

La voz llegó desde atrás, fría, afinada y con una cadencia perfecta que a Nicolás le hizo tensar la mandíbula de inmediato.

Se giraron.

Claudia estaba de pie a un par de metros, sosteniendo una copa de vino blanco. Era una mujer de una belleza afilada, nórdica, con un vestido de cóctel negro de un corte impecable y el pelo rubio recogido en un moño que no dejaba ni un solo mechón fuera de su sitio. Sus ojos, de un azul grisáceo, analizaron a Vera de arriba abajo en una fracción de segundo. Fue una evaluación clínica, despiadada, que buscaba cualquier fallo en la costura, cualquier arruga en la seda, cualquier detalle que delatara una falta de estatus.

No encontró ninguno. El vestido azul noche y la percha de Vera eran impecables.

—Claudia —dijo Nicolás, manteniendo el tono neutral—. Buenas noches.

—Buenas noches, Nico —respondió ella, ignorando deliberadamente a Vera durante los primeros segundos—. Me ha sorprendido verte por aquí. Pensaba que estarías demasiado ocupado con el papeleo de la partición de bienes que nos envió Julián esta mañana. Por cierto, hay un par de cláusulas sobre los muebles de la casa de Almagro que tu abogado ha redactado de una forma bastante... agresiva. Tendremos que hablar de eso antes de que acabe el fin de semana.

La mención de los asuntos legales en mitad del cóctel fue un golpe bajo, diseñado específicamente para desestabilizar a Nicolás y recordarle quién tenía el control. Él sintió cómo la rabia y la humillación empezaban a cerrarle la garganta.

Fue en ese momento cuando Vera intervino.

Dio un paso al frente, acortando la distancia con Claudia, pero sin soltar el brazo de Nicolás. Le dedicó una sonrisa que tenía la dosis exacta de calidez y de sutil veneno.

—Buenas noches. Tú debes de ser Claudia —dijo Vera, extendiendo la mano con una seguridad pasmosa—. Soy Vera. Nicolás me ha hablado muchísimo de ti. Sobre todo de lo... organizada que eres con los papeles. Es una virtud excelente para llevar un divorcio de forma tan eficiente.

Claudia parpadeó, claramente sorprendida por la audacia de la chica. Le estrechó la mano con la punta de los dedos, como si temiera contagiarse de algo.

—¿Vera? Ah, sí. Pilar me comentó algo sobre una nueva amiga de Nicolás —dijo Claudia, con una sonrisa helada—. No sabía que Nico tuviera prisa por... rehacer su vida. Aunque veo que tiene debilidad por la juventud.

—La juventud se pasa, Claudia, pero la buena educación suele durar toda la vida —replicó Vera, sin perder la sonrisa y con una voz tan suave que el dardo tardó unos segundos en hacer efecto en la exmujer.

Nicolás sintió una oleada de orgullo y de pura gratitud que le recorrió el pecho. Al ver a Claudia dar un paso atrás, visiblemente contrariada por haber encontrado una horma para su zapato, él reaccionó de forma instintiva.

Apoyó la palma de su mano derecha en la espalda descubierta de Vera.

No fue un gesto actuado para la galería. No fue el roce protocolario que habían ensayado. Fue una reacción física, real, de protección y de complicidad absoluta. Su mano, cálida y firme, se asentó directamente sobre la piel desnuda de la espalda de ella, justo en la curva donde el drapeado del vestido azul dejaba expuesta la columna vertebral.

Vera sintió el contacto de la palma de Nicolás como un latigazo de calor que le recorrió todo el cuerpo. La firmeza de su mano la hizo

estremecerse imperceptiblemente, pero no se apartó. Al contrario, se apoyó un poco más contra su costado, aceptando el contacto como un refugio en mitad de la batalla.

Claudia miró la mano de Nicolás en la espalda de Vera, apretó los labios hasta dejarlos sin color y dio un sorbo a su copa.

—En fin —dijo la exmujer, recuperando la compostura—. Os dejo que disfrutéis del cóctel. Nico, recuerda que tenemos una cita con los abogados el lunes. No te retrases.

Se dio la vuelta y se alejó entre la multitud con su paso rígido.

Nicolás y Vera se quedaron solos en su rincón del salón. La música de cámara seguía sonando, pero para ellos todo el ruido exterior se había desvanecido. La mano de Nicolás seguía allí, apoyada en la espalda de ella, transmitiendo un latido constante, sordo y caliente que parecía hablar un idioma que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar en voz alta.

Ninguno de los dos comentó el gesto, pero ambos supieron, con la certeza del silencio compartido, que a partir de esa noche, el contrato ya no era lo único que los mantenía unidos en esa suite.

CAPÍTULO 10

La noche del viernes se había cerrado sobre el balneario con una pesadez extraña, casi prehistórica. El aire que bajaba de la sierra ya no era fresco, sino denso, cargado de una humedad eléctrica que hacía que la piel se sintiera constantemente templada y alerta.

Habían regresado del cóctel de bienvenida hacía apenas una hora. El encuentro con Claudia y la posterior tregua silenciosa en el salón habían dejado a Nicolás y a Vera en un estado de vibración silenciosa. Ninguno de los dos sabía muy bien cómo retirarse a sus respectivas habitaciones sin que pareciera una huida, así que se habían limitado a refugiarse en sus territorios, dejando las puertas firmemente cerradas esta vez.

A las dos de la madrugada, el cielo de la montaña se rompió.

No fue una lluvia gradual. Fue un impacto violento, un cañonazo de agua y granizo que golpeó los cristales de la suite con la fuerza de un puño. Casi de inmediato, un relámpago de un azul violáceo y cegador iluminó el salón común a través de las rendijas de los ventanales, seguido, apenas un segundo después, por un trueno tan colosal que pareció hacer temblar los cimientos de piedra del edificio del siglo XIX.

En mitad del estruendo, se escuchó un chasquido seco y sordo. Los pequeños pilotos rojos de la televisión, el termostato del aire acondicionado y la luz de cortesía del pasillo se apagaron al unísono. La suite quedó sumida en una oscuridad total, absoluta y líquida.

Y entonces, en el breve milisegundo de silencio entre el eco del trueno y el azote del viento, Nicolás lo escuchó.

Un chillido. Pequeño, agudo, ahogado. El sonido de alguien que intenta morderse la lengua para no hacer ruido, pero fracasa por puro instinto físico.

Nicolás, que se había quedado traspuesto en la cama leyendo con la luz de la mesilla, se incorporó de golpe en la penumbra. Se quedó inmóvil, con el oído atento, aguzando los sentidos en la negrura de su habitación. El viento aullaba contra el marco de madera de la ventana como un animal herido.

—¿Vera? —llamó en voz alta. Su propia voz le pareció extrañamente amortiguada por la tormenta—. ¿Vera, estás bien?

No hubo respuesta inmediata, pero el crujido de las sábanas de la habitación de al lado y un golpe sordo contra lo que parecía una mesita de noche le indicaron que ella estaba despierta. Y moviéndose a ciegas.

Nicolás estiró la mano para buscar su teléfono móvil en la mesilla. La pantalla se encendió, arrojando una luz blanca y cruda que le obligó a entrecerrar los ojos. Activó la función de la linterna, proyectando un haz de luz cónico que recortó las sombras del dormitorio. Vestía únicamente un pantalón de pijama negro, cómodo y suave, pero la urgencia del momento le hizo olvidar por completo su habitual pudor de las mañanas. No se paró a buscar una camiseta.

Salió al salón común, barriendo el espacio con la linterna del móvil. Los muebles de época proyectaban siluetas alargadas y monstruosas sobre las paredes de piedra.

—¿Vera? —repitió, avanzando con cuidado hacia la puerta de ella.

La hoja de madera de su dormitorio se abrió despacio. La luz de otro teléfono móvil apareció en la penumbra, apuntando directamente hacia el suelo.

Vera estaba de pie en el umbral. Llevaba el pijama de satén verde oscuro de la mañana anterior; los pantalones mínimos y la camiseta de tirantes finos que resbalaba por sus hombros. Pero lo que llamó la atención de Nicolás no fue la seda. Fue su postura. Tenía los hombros encogidos, las manos apretadas contra los brazos y el

rostro inusualmente pálido bajo el resplandor azulado de la pantalla de su teléfono. Llevaba el pelo recogido de prisa en un moño alto y desordenado, sujeto con una pinza de plástico que dejaba al descubierto toda la línea de su cuello, su nuca y sus hombros desnudos.

Un nuevo relámpago, colosal, tiñó el salón de un blanco fantasmal.

Vera dio un respingo visible, cerrando los ojos con fuerza y hundiendo la cabeza entre los hombros antes de que el trueno subsiguiente hiciera vibrar los vasos de cristal sobre el mueble bar. Soltó un suspiro trémulo, una exhalación rápida que delataba un pánico infantil y primario.

—No me gustan las tormentas —susurró ella. Intentó que su tono sonara casual, pero la vibración en su voz la traicionó por completo —. Especialmente las que suenan como si el fin del mundo hubiera decidido empezar por este hotel de tres al cuarto.

Nicolás, al verla tan vulnerable, sintió que algo dentro de su pecho se ablandaba de una manera que no pudo controlar. La distancia profesional, el contrato, la timidez patológica que lo atenazaba por las mañanas... todo eso pareció disolverse bajo el agua de la lluvia.

—Ven aquí —dijo él.

Su voz no fue la del médico que da una instrucción, sino la de un hombre que ofrece un refugio. Dio un paso hacia ella, extendiendo la mano que le quedaba libre.

Vera no se lo pensó. Avanzó rápidamente por el espacio que los separaba, esquivando la esquina de la mesa de centro con la agilidad de quien huye de un peligro real. Cuando llegó a la altura de Nicolás, sus pies descalzos chocaron contra los de él.

—¡Ay! —exclamó ella, soltando una pequeña risa nerviosa al perder el equilibrio.

—Cuidado —dijo él, sujetándola por los hombros para evitar que se cayera.

El contacto físico fue instantáneo, casi doloroso de lo intenso que fue. Sus manos desnudas se apoyaron en la piel templada de los hombros de Vera, justo donde los tirantes de satén verde dejaban al descubierto su clavícula. Ella, por su parte, apoyó las palmas de las manos contra el torso desnudo de Nicolás, buscando un punto de apoyo estable. Sus dedos se hundieron sutilmente en la firmeza de sus pectorales, sintiendo el latido rápido y rítmico de su corazón y el calor casi febril que desprendía su piel.

Se quedaron así durante unos segundos que parecieron expandirse en el tiempo. Las dos linternas de los móviles, apuntando en direcciones opuestas hacia el techo y el suelo, creaban un halo de luz difusa y dorada que los envolvía como una burbuja en mitad de la negrura del salón común.

Vera levantó la vista. Sus ojos marrones, dilatados por la oscuridad y el susto, buscaron los de Nicolás. Estaban tan cerca que ella podía sentir el aliento templado de él sobre su frente, mezclado con el olor limpio de su piel y ese sutil rastro de sándalo y cítricos de su desodorante que la había trastornado por la mañana.

—Estás temblando —observó él en un susurro, sin soltarla. Sus manos se deslizaron imperceptiblemente por sus brazos, frotándolos con suavidad para darle calor.

—Es por el frío —mintió ella, aunque la verdad era que el calor que desprendía el cuerpo de Nicolás era lo único que la mantenía anclada a la realidad—. Y porque este sitio parece un castillo de Transilvania cuando se corta la luz. ¿Crees que tardarán mucho en arreglarlo?

—En mitad de la sierra, con esta tormenta... probablemente estemos así hasta el amanecer —dijo él, con una ligera sonrisa que a Vera le pareció la cosa más reconfortante del mundo—. Los generadores de emergencia del balneario solo alimentan las cocinas y el área médica de abajo. Las suites de los clientes son lo último de la lista.

Un nuevo trueno, más lejano pero igualmente sordo, retumbó en la montaña. Vera no chilló esta vez, pero apretó imperceptiblemente

los dedos contra el pecho de Nicolás, buscando su cercanía de una forma tan instintiva que a él se le cortó la respiración.

—Bueno —dijo ella, intentando recuperar su habitual tono irónico aunque seguía pegada a él—. Si vamos a morir aplastados por un rayo de montaña, al menos que no sea de pie en mitad del salón. Me duelen los gemelos del cóctel de esta tarde. Esos zapatos nude son un instrumento de tortura medieval.

Nicolás soltó una risa baja, un sonido vibrante que Vera sintió directamente contra sus palmas.

—De acuerdo. Busquemos un sitio seguro.

Con la ayuda de las linternas, exploraron el salón común. El sofá de terciopelo verde parecía demasiado expuesto a las corrientes de aire que se colaban por los ventanales, así que decidieron que el rincón más resguardado era la alfombra de lana persa que se extendía entre la chimenea apagada y la mesa de centro. Era una zona recogida, protegida por la masa del sofá a un lado y el gran aparador de madera al otro.

Nicolás fue a su habitación y regresó con la colcha de piqué blanca de su cama, una pieza de algodón grueso y pesado, y un par de almohadas.

—No es un búnker de alta seguridad, pero servirá —dijo, extendiendo la colcha sobre la alfombra.

Se sentaron los dos en el suelo, con la espalda apoyada contra la base del sofá. Nicolás colocó los dos teléfonos móviles sobre la mesa de centro, apuntando las linternas hacia el techo para que la luz rebotara de forma indirecta, creando una atmósfera de acampada nocturna, íntima y extrañamente acogedora. El haz de luz perfilaba el contorno de los objetos y sumía las esquinas del salón en una penumbra dorada y misteriosa.

Vera se encogió de piernas, abrazando sus rodillas y dejando que Nicolás extendiera la manta por encima de ambos. La tela de algodón los cubrió desde la cintura para abajo, atrapando el calor de

sus cuerpos en un espacio compartido que reducía la distancia entre ellos a la nada.

—¿Mejor? —preguntó él, mirándola de lado.

—Mucho mejor —admitió ella, acomodándose contra el cojín—. Aunque esto parece una sesión de terapia para supervivientes de catástrofes naturales. ¿Hacemos esto a menudo en tus congresos médicos, doctor?

—Solo cuando el presupuesto del balneario no cubre la factura de la luz —bromeó él, estirando las piernas bajo la manta—. Aunque, para ser sinceros, es la primera vez en quince años que paso una noche de congreso sentado en el suelo de un salón común hablando con alguien.

—¿Y qué sueles hacer? —preguntó Vera, apoyando la mejilla en sus rodillas y observándolo de perfil.

A la luz tenue de los móviles, el perfil de Nicolás parecía más suave, menos rígido que durante el día. La penumbra ocultaba las pequeñas arrugas de preocupación que solía tener alrededor de los ojos y destacaba la línea fuerte de su mandíbula y la forma de sus labios. Vera se sorprendió a sí misma pensando que era un hombre increíblemente atractivo cuando se olvidaba de ser el prestigioso cirujano Aguirre.

—Suelo leer —respondió él, mirando hacia el techo—. Repasar las ponencias del día siguiente, contestar correos electrónicos del hospital, intentar dormir... Cosas aburridas de gente seria, ya sabes. Claudia solía decir que yo era el hombre más predecible del hemisferio norte.

La mención de Claudia ya no dolió como antes. En mitad de la tormenta, rodeados por la oscuridad y el ruido del agua, el nombre de la exmujer parecía pertenecer a otra vida, a un escenario lejano que no tenía nada que ver con la calidez de esa alfombra.

—Claudia es una tonta —dijo Vera con una naturalidad aplastante.

Nicolás se giró hacia ella, sorprendido por la rotundidad de la afirmación.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices?

—Porque ser predecible no es un defecto, Nicolás —explicó ella, mirándolo a los ojos con una seriedad limpia—. En un mundo donde todo el mundo cambia de opinión cada cinco minutos y donde nunca sabes qué te vas a encontrar al día siguiente, tener a alguien al lado que es constante, que cumple su palabra, que está ahí cuando dice que va a estar... eso es un lujo. Mi padre era el hombre menos predecible del mundo. Un día aparecía con un coche nuevo y al mes siguiente no teníamos para pagar la calefacción porque se lo había gastado todo en una timba de cartas o en un negocio absurdo que iba a «hacerlos millonarios». Créeme, la imprevisibilidad está muy sobrevalorada.

Nicolás guardó silencio. Las palabras de Vera le tocaron una fibra íntima que llevaba años adormecida. Durante toda su relación con Claudia, él se había sentido defectuoso, aburrido, una pieza de maquinaria útil pero carente de brillo. Escuchar a Vera defender su constancia como una virtud, con esa sencillez desprovista de cualquier pretensión, le hizo sentir una calidez en el pecho que no tenía nada que ver con la manta que los cubría.

—Gracias —dijo él en un susurro.

—No me des las gracias —sonrió ella, guiñándole un ojo—. Es solo deformación profesional. En el hotel veo a muchos hombres «imprevisibles» que vienen a pasar el fin de semana con mujeres que no son sus esposas y que se pasan el día inventando excusas por teléfono. Los hombres predecibles son mis favoritos. Hacen mucho menos ruido.

La tormenta pareció amainar un poco, transformando el bombardeo de granizo en una lluvia constante y rítmica que golpeaba los cristales con un sonido arrullador. La atmósfera en el rincón de la alfombra se volvió más densa, más íntima.

Nicolás no podía apartar la vista de ella.

Con el pelo recogido arriba en ese moño desordenado, la línea del cuello de Vera quedaba expuesta de una forma que resultaba

magnética para sus ojos de cirujano. La luz dorada que rebotaba del techo esculpía la curva suave de su nuca, la delicadeza de sus clavículas y la forma en que su piel reaccionaba al aire fresco de la suite con una levísima piel de gallina.

Era un cuello largo, elegante, que parecía invitar a ser rozado. Nicolás recordó el aroma a lavanda y piel limpia de la mañana y sintió una pulsación física en la garganta, una sequedad que le obligó a tragar saliva despacio.

—Vera —dijo él, con una voz que sonó un poco más grave, casi un susurro.

—¿Sí? —respondió ella, girando la cabeza hacia él.

Al hacerlo, el movimiento de su cuello hizo que un mechón rebelde de su pelo oscuro se soltara de la pinza de plástico, cayendo sobre su mejilla. Nicolás, sin pensarlo, movido por un impulso que desafiaba cualquier norma del contrato, levantó la mano derecha.

Con una lentitud extrema, sus dedos largos y delgados rozaron la mejilla de Vera para apartarle el mechón de pelo detrás de la oreja.

El contacto de la yema de sus dedos contra su piel fue como encender un interruptor. Vera se quedó completamente inmóvil, con los ojos fijos en los de él, conteniendo el aliento. La mano de Nicolás no se retiró de inmediato. Sus dedos descendieron con suavidad por el contorno de su mandíbula, trazando una línea invisible que continuó hacia abajo, rozando la curva de su cuello con una delicadeza que hizo que a Vera se le erizara la piel de la nuca.

—Tienes frío —dijo él, como una excusa para justificar el roce, aunque su propia mano estaba templada por la proximidad de su cuerpo.

—Te he dicho que es por la tormenta —susurró ella. Su voz era apenas un hilo de aire, desprovista de cualquier rastro de burla—. O quizás es que tu tacto es demasiado frío, doctor.

—No lo es —replicó él, deslizando la palma de su mano por el lateral de su cuello, sintiendo el latido rápido y desbocado de su arteria

carótida justo bajo su pulgar—. Está a treinta y seis grados y medio. Temperatura corporal estándar.

—Pues a mí me parece que quema —admitió Vera.

No se apartó. Al contrario, inclinó sutilmente la cabeza hacia el lado donde la mano de Nicolás la sostenía, aceptando la caricia con una entrega silenciosa que a él le pareció la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Estaban tan cerca que el espacio entre sus labios se medía en milímetros. Nicolás bajó la mirada hacia la boca de Vera, que estaba entreabierta, invitando a una proximidad que él deseaba con una intensidad que le asustó. Podía ver la humedad de sus labios, la forma en que su pecho subía y bajaba bajo el satén verde con una respiración acelerada que delataba que ella sentía exactamente lo mismo que él.

No había contrato en ese rincón de la alfombra. No había exmujeres, ni madres encantadoras, ni transferencias bancarias, ni planes de futuro fingidos. Solo había dos personas que se habían encontrado en mitad de una tormenta y que buscaban el calor del otro con una necesidad que ya no podían justificar con ninguna mentira.

Nicolás avanzó un milímetro más. Pudo sentir el calor del aliento de Vera en sus propios labios, un preludio dulce que hizo que su corazón diera un salto.

En ese preciso instante, un pitido agudo y metálico resonó en la cocina de la suite.

La gran televisión del salón se encendió con un zumbido azulado, proyectando un resplandor frío y artificial sobre la alfombra. El termostato del aire acondicionado empezó a pitar, las luces de la entrada se encendieron con una intensidad cegadora que les obligó a cerrar los ojos de golpe, y el zumbido de la nevera del mueble bar rompió el silencio de la noche.

La magia de la penumbra dorada se disolvió en una fracción de segundo, sustituida por la realidad cruda y brillante de una suite de hotel de lujo.

Nicolás y Vera se apartaron de inmediato, como si hubieran sido sorprendidos cometiendo un delito. Él retiró la mano del cuello de ella con una rapidez casi cómica, volviendo a sentarse rígido contra el sofá, mientras ella se estiraba el jersey fino sobre las rodillas con movimientos nerviosos.

—Vaya —dijo Vera, parpadeando para habituarse a la luz—. Parece que los técnicos del balneario se han dado prisa.

—Sí —coincidió Nicolás. Su voz sonó ronca, carraspeó para intentar recuperar su tono profesional—. Parece que sí.

Se levantó de la alfombra con cierta torpeza, sintiéndose de repente muy expuesto sin camiseta bajo la luz halógena del salón. Se pasó una mano por el pelo, intentando ordenar sus pensamientos y, sobre todo, el torbellino de emociones que le recorría el cuerpo.

Vera también se levantó, recogiendo la manta de piqué con movimientos rápidos, sin mirarlo directamente a los ojos. El moño de su pelo seguía deshecho, y su cuello, que hacía un instante había estado bajo la mano de Nicolás, lucía ahora una sutil rojez que delataba el contacto.

—Creo que... deberíamos intentar dormir algo lo que queda de noche —dijo ella, señalando con la cabeza hacia su dormitorio—. Mañana es un día largo. Tu madre vendrá temprano y tenemos la cena de gala por la noche.

—Sí, claro. Tienes razón —asintió él, dando un paso hacia su propio cuarto—. Buenas noches, Vera.

—Buenas noches, Nico.

Ella se metió en su habitación y cerró la puerta, esta vez asegurándose de que el pestillo encajara con un clic firme y sonoro.

Nicolás se quedó solo en mitad del salón común, bajo la luz brillante de las lámparas de techo. Miró la alfombra de lana persa donde habían estado sentados, las dos almohadas tiradas en el suelo y los teléfonos móviles que seguían sobre la mesa de centro.

Nada había pasado entre ellos esa noche. Ningún beso había llegado a consumarse, ninguna palabra de amor había sido pronunciada. Pero mientras caminaba hacia su dormitorio, Nicolás supo, con la certeza absoluta de un cirujano que analiza un diagnóstico definitivo, que las cosas en esa suite ya nunca volverían a ser las mismas. El contrato seguía sobre la mesa, pero las cláusulas invisibles que ahora los unían eran mucho más difíciles de romper que cualquier papel firmado ante un abogado.

CAPÍTULO 11

El sonido que desencadenó el pánico absoluto no fue un grito, ni un trueno, ni el estallido de una copa de cristal contra el suelo de mármol. Fue el timbre de la suite 201.

Un sonido limpio, electrónico, ridículamente educado, que resonó en el salón común a las diez y media de la mañana del viernes.

Nicolás estaba sentado a la mesa, todavía con la tableta en la mano y los calcetines de gatitos naranjas asomando bajo el pantalón de lino, cuando el timbre sonó por segunda vez. Vera, que estaba en el sofá terminando de trazar unos bocetos rápidos en un cuaderno que había comprado en la tienda del balneario, levantó la vista con el bolígrafo entre los labios.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella, con la voz amortiguada por el capuchón de plástico.

—No —dijo Nicolás, frunciendo el ceño—. La camarera de pisos suele avisar antes de entrar, y las ponencias de la mañana no acaban hasta las doce. Julián sabe que no debe molestarme a menos que Claudia intente quedarse con mi riñón derecho en el reparto.

El timbre sonó una tercera vez, esta vez con una insistencia que delataba un temperamento que no entendía de esperas ni de protocolos hoteleros.

Nicolás se levantó, cruzó el salón y abrió la puerta doble de nogal.

El color se le retiró del rostro de forma tan instantánea que Vera, observándolo desde el sofá, temió que fuera a sufrir uno de esos

colapsos cardíacos de los que tanto hablaba.

—¿Mamá? —consiguió articular Nicolás. Su voz sonó como la de un niño de ocho años al que acaban de pillar con las manos en el tarro de la mermelada.

En el umbral de la puerta, rodeada por dos maletas de piel color crema que el botones del hotel sostenía con gesto de profunda sumisión, se encontraba doña Pilar Valenzuela viuda de Aguirre.

Pilar era una mujer de sesenta y ocho años que desafiaba las leyes del envejecimiento con la misma elegancia con la que desafiaba a cualquiera que se atreviera a llevarle la contraria. Llevaba un abrigo de cachemira de color beige sobre los hombros, un pañuelo de seda de Hermès perfectamente anudado al cuello y unas gafas de sol de montura de carey que se deslizó por el puente de la nariz con un gesto calculado y teatral. Tenía el mismo cabello oscuro y denso de Nicolás, pero veteado de unas hebras de plata que ella se negaba a teñir porque, según decía, «el gris da autoridad, y a mi edad la autoridad es lo único que mantiene a los idiotas a raya».

—Nicolás, hijo —dijo Pilar, entrando en la suite sin esperar a que su hijo la invitara a pasar, como si estuviera tomando posesión de una provincia conquistada—. Estás espantoso. Tienes unas ojeras que te llegan a la mandíbula y ese jersey te hace parecer un seminarista en crisis. ¿Es que en este balneario no os dan de comer?

—Mamá, ¿qué haces aquí? —tartamudeó Nicolás, cerrando la puerta tras el botones, que dejó las maletas con una rapidez que sugería que quería huir de la presencia de Pilar lo antes posible—. Dijiste que vendrías el sábado por la tarde para la cena de gala.

—Y lo iba a hacer —dijo Pilar, quitándose el abrigo de cachemira con un movimiento fluido y dejándolo caer sobre los brazos de Nicolás—. Pero el viaje en coche con tu tío Arturo era un suplicio insoportable. No hace más que hablar de su próstata y de la bolsa de Nueva York, y yo tengo un límite de tolerancia para ambas cosas. Además, ¿desde cuándo una madre necesita una invitación por escrito para ver a su hijo? Sobre todo cuando su hijo le ha estado ocultando que tiene una relación seria con una chica encantadora.

Pilar se giró de golpe hacia el salón, y sus ojos, agudos como bisturís y cargados de una curiosidad implacable, se clavaron directamente en Vera.

Vera se había levantado del sofá. Todavía llevaba puesto el jersey de punto fino de color beige y los vaqueros del desayuno, y sostenía el cuaderno de bocetos contra el pecho como si fuera un escudo de papel. Se sentía repentinamente pequeña, expuesta y, por primera vez desde que había firmado aquel contrato en el despacho de Julián, profundamente incómoda.

No era lo mismo mentirle a Claudia, una exmujer fría y calculadora que venía a competir, que mentirle a una madre que miraba con esos ojos cargados de una esperanza tan antigua y desesperada que resultaba casi dolorosa de sostener.

—Así que tú eres Vera —dijo Pilar.

El tono de la mujer cambió por completo. La frialdad aristocrática se derritió en una fracción de segundo, sustituida por una calidez vibrante y expansiva que pilló a Vera totalmente desprevenida. Pilar avanzó por el salón común con paso rápido, ignorando por completo las explicaciones de su hijo, y se detuvo a escasos centímetros de ella.

Vera intentó recordar el protocolo. ¿Debía darle la mano? ¿Dos besos? ¿Una reverencia?

Antes de que pudiera decidirse, Pilar la tomó por los hombros con una firmeza sorprendente para su edad y la atrajo hacia sí, plantándole dos besos sonoros en las mejillas que olían a Chanel Nº 5 y a polvo de talco caro.

—Dios mío, pero qué mona eres —declaró Pilar, dándole un paso atrás pero sin soltarle las manos, analizándola con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro—. Nicolás me había dicho que eras guapa, pero ya sabes cómo son los hombres, no tienen ningún sentido del detalle. Tienes unos ojos preciosos, hija. Y una cara de buena persona que en estos tiempos es una absoluta rareza. Sobre

todo en el ambiente de tu novio, que está lleno de mujeres que parecen disecadas por un taxidermista de lujo.

Vera sintió que el color le subía a las mejillas. Miró a Nicolás de reojo, suplicando auxilio con la mirada, pero el cirujano estaba paralizado junto a la puerta, sosteniendo el abrigo de cachemira de su madre con la misma expresión de desconcierto de un náufrago.

—Gracias, señora... quiero decir, doña Pilar —consiguió decir Vera, forzando una sonrisa que esperaba que no pareciera tan falsa como se sentía por dentro.

—Pilar, por favor. Nada de «doña» ni de «señora», que me hace sentir como una de esas tías abuelas que huelen a naftalina —la corrigió Pilar, soltándole las manos para dar una vuelta por el salón —. Bueno, veo que os habéis instalado de maravilla. La suite es preciosa. Aunque, por supuesto, a Nicolás le habrá parecido que le faltaba espacio. Es igual de maniático que su padre, que en paz descanse. Todo tiene que estar en su sitio, todo tiene que ser perfecto... ¿Verdad que es insoportable por las mañanas?

Vera soltó una carcajada involuntaria. El comentario era tan real y encajaba tan bien con las pequeñas batallas que habían tenido en esa misma suite que se olvidó por un momento de la mentira.

—Bueno... tiene sus rutinas, sí —admitió Vera, mirando a Nicolás con una chispa divertida—. El desodorante con micropartículas de plata es algo que todavía estoy intentando procesar.

Pilar soltó una carcajada limpia y sonora que resonó en los techos altos de la suite.

—¡Lo sabía! ¡Te lo dije, Nicolás! —exclamó la mujer, señalando a su hijo con un dedo triunfal—. ¡Te dije que esa tontería de la plata activa era una ridiculez! Pero claro, a una madre nunca se la escucha. Menos mal que ahora tienes a alguien con un poco de sentido común a tu lado. Vera, hija, ya me caes bien. Te lo digo de verdad. Mucho mejor que... bueno, ya sabes quién.

El ambiente en el salón pareció enfriarse un par de grados al mencionar implícitamente a Claudia. Nicolás dio un paso al frente,

dejando por fin el abrigo sobre una silla.

—Mamá, por favor. No empieces.

—No empiezo nada, hijo. Solo constato una realidad —dijo Pilar, sentándose en el sofá de terciopelo con una naturalidad pasmosa y cruzando las piernas—. Claudia era una mujer excelente para organizar congresos, pero tenía la calidez humana de un congelador industrial. En doce años de matrimonio, jamás la vi reírse de esa manera. Jamás. Todo era un protocolo, una cena benéfica, un estatus... En cambio, mira a Vera. Es fresca. Es real. Se nota que te quiere por lo que eres, Nicolás, no por el cargo que vas a ocupar en el hospital.

Las palabras de Pilar cayeron sobre Vera con el peso de una losa de hormigón.

El estómago se le contrajo con una violencia que casi la hizo marearse. Toda la diversión, toda la ligereza de la «comedia doméstica» y del juego de las provocaciones con Nicolás se desvaneció en un instante, dejando al descubierto la cruda, fea y fría realidad de lo que estaban haciendo.

Aquella mujer mayor, que miraba a su hijo con una adoración infinita y que ahora la miraba a ella como si fuera el milagro que iba a salvar a Nicolás de la amargura de su divorcio, estaba siendo engañada. Y el engaño costaba mil quinientos euros, pagados mediante una transferencia desde una cuenta puente para no dejar rastro.

Vera sintió que la taza de café que todavía sostenía en la mano le pesaba como si estuviera llena de plomo. Se sentó en la silla de comedor opuesta a Pilar, sintiéndose ridículamente pequeña en su jersey beige. Por primera vez en su vida, su capacidad para improvisar, su rapidez mental para salir del paso en la recepción del hotel con clientes difíciles, le falló por completo. No sabía qué decir. Cada palabra de agradecimiento que intentaba formular en su cabeza le sonaba a traición, a mentira sucia y barata.

—¿Y a qué te dedicas, Vera? —preguntó Pilar, apoyando los codos en las rodillas y mirándola con un interés genuino, sin rastro de la

condescendencia que Claudia solía mostrar—. Nicolás me dijo algo de que estabas en el sector servicios, pero ya sabes que él explica las cosas como si estuviera redactando un informe médico.

Vera apretó los labios. Sintió que la garganta se le cerraba. Miró el cuaderno de bocetos que tenía sobre la mesa, con los planos de una casa de campo que había estado dibujando a lápiz esa mañana.

—Yo... bueno... —empezó, sintiendo que la voz le temblaba de forma perceptible—. Trabajo en... en el hotel. En recepción. Pero...

—Vera es una artista, mamá —intervino Nicolás.

Su voz sonó firme, tranquila y con una calidez que Vera no le había escuchado nunca. Nicolás cruzó el salón con paso pausado y se colocó justo detrás de la silla de Vera. De forma natural, sin prisa, apoyó una mano en su hombro, dándole un suave apretón que transmitía un mensaje clarísimo: *«Estoy aquí. Te tengo. No estás sola»*.

Vera sintió el calor de la mano de Nicolás a través de la lana de su jersey como un salvavidas en mitad de un océano de culpa. Apoyó ligeramente la espalda contra su mano, agradeciendo el contacto más de lo que podría expresar con palabras.

—Está estudiando Arquitectura —continuó Nicolás, mirando a su madre con una mezcla de orgullo y seriedad que a Vera le pareció la cosa más real del mundo—. Diseña proyectos maravillosos. El trabajo en el hotel es solo temporal, una forma de... de mantener los pies en la tierra mientras termina sus estudios. Pero tiene un talento increíble. Deberías ver sus dibujos.

Pilar miró a su hijo y luego a Vera. La forma en que la mano de Nicolás descansaba en el hombro de la chica, y cómo Vera se relajaba bajo su tacto, no pasó desapercibida para la astuta mirada de la viuda de Aguirre. Para ella, ese pequeño gesto físico valía más que cualquier discurso de tres horas.

—Arquitectura —repitió Pilar, con un brillo de sincera admiración en los ojos—. Qué profesión tan maravillosa. Crear espacios para que la gente viva, para que sea feliz... Es mucho mejor que lo de Nicolás,

que se pasa el día abriendo a la gente para arreglarles las tuberías del pecho. Me parece fantástico, Vera. De verdad. Una mujer con talento, con ambición y con la cabeza sobre los hombros. Nicolás, tienes una suerte que no te la mereces.

—Lo sé, mamá —dijo Nicolás, y esta vez, al mirarla, no había rastro de la timidez habitual en sus ojos. Había una seriedad profunda, casi solemne—. Lo sé perfectamente.

Pilar estuvo media hora más en la suite, hablando de las cotizaciones de la bolsa de su hermano Arturo, de lo mal que funcionaba el servicio de habitaciones de su propio hotel —donde, por supuesto, ya se había quejado tres veces por el grosor de las toallas— y de lo mucho que deseaba verlos a los dos en la cena de gala del sábado.

—Bueno, os dejo —dijo Pilar finalmente, levantándose del sofá con su abrigo de cachemira de nuevo sobre los hombros—. Tengo que ir a desempaquetar y a asegurarme de que el conserje me ha conseguido una mesa cerca del escenario para la cena. Vera, querida, ha sido un absoluto placer. De verdad. Siento haber aparecido de esta manera, pero me alegro muchísimo de haberte conocido. Nicolás es un hombre afortunado, aunque a veces sea un poco soso. Tú dale caña, que le hace mucha falta.

—Lo haré, Pilar —sonrió Vera, sintiendo que la culpabilidad seguía allí, pero amortiguada por la arrolladora simpatía de la mujer—. Buen viaje de vuelta a su habitación.

Nicolás acompañó a su madre hasta la puerta, intercambió un par de frases en voz baja con ella y la vio alejarse por el pasillo del ala antigua del hotel.

Cuando la puerta doble se cerró por fin con un clic pesado, el silencio que se instaló en la suite fue espeso, casi asfixiante.

Vera seguía sentada en la silla de comedor, con la taza de café fría entre las manos y la mirada fija en el cuaderno de bocetos. Nicolás se quedó de pie junto a la entrada, mirándola con una expresión de profunda preocupación.

—Vera —dijo él, dando un paso hacia el salón—. Lo siento. Siento muchísimo que haya aparecido de esa manera. Mi madre es... es un torbellino. No sabe respetar los límites de privacidad de los demás. No debí permitir que te hiciera sentir así.

Vera no respondió de inmediato. Dejó la taza sobre la mesa con un golpe suave, se levantó y caminó hacia el gran ventanal, apoyando la frente contra el cristal frío. El jardín del balneario estaba cubierto de una neblina densa que parecía borrar los límites del mundo exterior.

—No es eso, Nicolás —dijo ella, con una voz que sonó apagada, sin rastro de la ironía o el descaro de los días anteriores—. Tu madre es encantadora. De verdad. Es... es maravillosa. Mucho mejor de lo que me esperaba.

—¿Entonces? —preguntó él, acercándose un par de pasos, pero manteniendo la distancia de seguridad—. Te has puesto pálida. Pensaba que ibas a desmayarte cuando te ha preguntado por tu trabajo.

Vera se giró para mirarlo. Sus ojos marrones estaban cargados de una tristeza limpia, directa, que a Nicolás le encogió el corazón.

—Ese es el problema, Nico. Que es maravillosa. Y nos adora. Adora lo que cree que somos. Le gusta tanto la idea de que estemos juntos que... que hace que toda esta mentira sea mil veces más difícil de sostener. Al principio era solo una broma, un trato transaccional para conseguir el dinero de mi matrícula y ayudarte a ti a superar el mal trago de tu exmujer. Pero verla a ella mirarme con esos ojos de esperanza... ver cómo se alegra de que su hijo por fin sea feliz con alguien «real»... Me ha hecho sentir como una estafadora de pacotilla, Nicolás. Me he sentido sucia.

Nicolás la escuchó con una fijeza absoluta. Cada palabra de Vera le dolía como si fuera un reproche directo hacia él, pero sabía que ella tenía razón. Él había iniciado todo aquello por puro pánico, por orgullo herido y por no querer afrontar la mirada de compasión de su mundo profesional. Había metido a Vera en su fango sin pararse a pensar en las consecuencias morales para ella.

Caminó hacia el ventanal, acortando la distancia entre ambos hasta que pudo ver el reflejo de sus propios ojos en el cristal, justo al lado de los de ella.

—Lo sé —dijo Nicolás en voz baja—. Lo sé, Vera. Y lo siento. Siento haberte puesto en esta situación. Tienes toda la razón del mundo para sentirte así. Esto... empezó como una locura egoísta de mi parte. Si quieres que lo dejemos ahora mismo, lo entenderé. Le diré a mi madre que hemos tenido una discusión, que te has vuelto a Madrid, inventaré cualquier excusa. Te pagaré los mil quinientos euros íntegros, por supuesto. El contrato se cancela y tú te vas a casa libre de toda esta comedia. No quiero que sufras por mi culpa.

Vera lo miró. El cirujano la observaba con una vulnerabilidad tan absoluta, tan desprovista de su habitual armadura de médico respetable, que a ella se le ablandó algo en el pecho. No había egoísmo en su oferta; Nicolás estaba dispuesto a asumir el desastre social ante su madre y ante todo el hospital con tal de no hacerla sentir incómoda a ella.

—No —dijo Vera, esbozando una sonrisa lenta y cansada—. No nos vamos a rendir ahora. Hemos firmado un contrato, Aguirre. Y una Duarte siempre cumple con sus compromisos, por muy incómodos que sean. Además... —añadió, mirándole los pies— no puedo dejar que te enfrentes a la cena de gala de mañana tú solo con esos calcetines de gatitos. Sería un suicidio estético.

Nicolás soltó una carcajada suave, sintiendo cómo la tensión acumulada en sus hombros cedía por fin.

—Gracias, Vera —dijo, mirándola con una intensidad que la hizo apartar la vista hacia el jardín—. De verdad.

—De nada, doctor —susurró ella, aunque por dentro sabía que el verdadero peligro ya no era que los descubrieran. El verdadero peligro era que, después de ver a Nicolás defenderla ante su madre con esa firmeza y ese orgullo real, a ella le estaba empezando a gustar demasiado la idea de que esa mentira fuera, por una vez, verdad.

CAPÍTULO 12

La luz del sábado por la mañana no tuvo piedad. Entró por los ventanales de la suite con una claridad limpia y lavada, típica de los días que suceden a una gran tormenta de montaña. No quedaba ni rastro de la neblina, ni de la oscuridad cómplice, ni del viento que aullaba. Solo un sol radiante que hacía brillar la alfombra de lana persa con una nitidez casi ofensiva.

Nicolás se despertó a las siete y media, con el cuerpo extrañamente entumecido y una sensación de ingravidez en el pecho que no experimentaba desde hacía años. Se había pasado el resto de la noche dando vueltas en la cama, con la palma de la mano derecha todavía conservando la memoria táctil de la piel del cuello de Vera. Había sido un roce absurdo, un impulso de apenas unos segundos bajo la luz de los móviles, pero para él había tenido la fuerza de un desfibrilador.

Cuando salió al salón, ya vestido con unos pantalones de lino azul marino y una camisa de rayas finas, el espacio común parecía un escenario abandonado a toda prisa.

La manta de piqué blanca seguía doblada a medias sobre el sofá y las dos almohadas continuaban en el suelo, marcando el lugar exacto donde sus cuerpos habían estado tan cerca que sus respiraciones se mezclaban. Nicolás se quedó mirándolas, sintiéndose de repente muy tonto y muy expuesto bajo la luz directa del día.

Justo cuando se agachaba para recoger las almohadas, la puerta del dormitorio de Vera se abrió.

Vera apareció con su habitual paso ligero, aunque se detenía un milisegundo más de lo normal en cada pisada, como si todavía arrastrara el cansancio de la noche anterior. Llevaba unos vaqueros sencillos y un jersey de punto fino de color verde oliva. El pelo, a diferencia de la noche anterior, lo llevaba suelto, cayendo en ondas naturales sobre sus hombros, como si quisiera ocultar de forma deliberada el cuello que él había acariciado a oscuras.

Al verse, ambos se congelaron.

—Buenos días —dijo Nicolás, sosteniendo una almohada contra su pecho como si fuera un escudo heráldico.

—Buenos días, doctor —respondió ella. Su voz era el tono habitual de frescura y burla, pero había una ligera vacilación en sus ojos que no pasó desapercibida para él. Miró al suelo, a las almohadas, y luego a la manta—. Veo que estás recogiendo las pruebas del delito.

—Solo... ordenaba un poco antes de que venga el servicio de habitaciones —explicó él, carraspeando—. No quería que pensaran que... bueno.

—¿Que hemos montado un fuerte de sábanas como dos niños de diez años porque a la novia de mentira le dan miedo los truenos? —completó Vera, cruzando el salón hacia la cafetera con paso decidido —. Tranquilo, Aguirre. Tu reputación de cirujano cardiovascular serio y predecible está a salvo de las camareras de pisos.

Vera preparó dos cafés en silencio. La agilidad con la que se movía por la pequeña cocina americana del salón contrastaba con la tensión que flotaba en el aire. Cuando le tendió la taza a Nicolás, sus dedos se rozaron apenas un milisegundo al pasar el asa de cerámica.

Ambos retiraron la mano de inmediato, como si la taza estuviera a cien grados de temperatura.

—Vera, sobre lo de anoche... —empezó Nicolás, dando un sorbo rápido para disimular su nerviosismo.

—Anoche no pasó nada, Nico —lo interrumpió ella, mirándolo directamente a los ojos con una seriedad que pretendía ser

profesional, pero que tenía un deje de autoprotección—. Se cortó la luz, nos asustamos con la tormenta, compartimos una manta y ya está. Son cosas que pasan en la montaña. Al fin y al cabo, forma parte de la... «convivencia forzosa» de nuestro contrato. No hay que darle más vueltas de las necesarias.

Nicolás la miró fijamente. «No hay que darle más vueltas». Para ella parecía fácil catalogarlo como un incidente menor, una simple cláusula de habitabilidad en un balneario aislado. Pero él sabía que la forma en que ella había inclinado la cabeza hacia su mano no tenía nada que ver con el contrato.

Antes de que pudiera replicar, el teléfono móvil de Nicolás, que estaba sobre la mesa de centro, empezó a vibrar con una melodía clásica y estridente.

Nicolás miró la pantalla.

—Es mi madre —dijo, suspirando.

Vera dio un trago largo a su café y se apoyó en la encimera.

—Pues prepárate, doctor. El segundo asalto de verdad empieza ahora.

Doña Pilar no los citó en el comedor principal del balneario, sino en la terraza exterior del club de golf privado del complejo, un espacio acristalado que dominaba las colinas verdes de la sierra y donde solo se sentaban los socios más antiguos y los ponentes de honor del congreso.

Cuando Nicolás y Vera llegaron, Pilar ya estaba sentada a una mesa redonda vestida con un mantel de lino blanco impoluto, luciendo unas gafas de sol inmensas y tomando un té helado con rodajas de limón. A su lado, para horror de Nicolás, estaba sentado el doctor Elizalde, el director del departamento de cirugía del hospital de Madrid y el hombre de quien dependía directamente el futuro ascenso de Nicolás.

—¡Por fin llegáis! —exclamó Pilar al verlos aparecer por la cristalera —. Estábamos empezando a pensar que os habíais quedado atrapados en el ascensor con el apagón de anoche. Qué desastre de

hotel, de verdad. He tenido que quejarme al director esta mañana porque mi cruasán no estaba lo suficientemente crujiente. Nicolás, acércame una silla para Vera.

Nicolás obedeció de inmediato, colocándose detrás de Vera para ayudarla a sentarse. Al apoyar las manos en el respaldo de la silla de madera, su pecho quedó a escasos centímetros de la espalda de ella. Pudo oler de nuevo el perfume de lavanda y sintió un cosquilleo de nerviosismo en la boca del estómago que no tenía nada que ver con la presencia del doctor Elizalde.

—Buenas tardes, doña Pilar. Doctor Elizalde —saludó Vera, ofreciendo su mejor sonrisa de recepcionista de cinco estrellas: cálida, profesional y absolutamente encantadora.

—Vera, querida, estás radiante —dijo Pilar, dándole un golpecito cariñoso en la mano—. El aire de la sierra te sienta de maravilla. Le estaba contando precisamente a Carlos lo mucho que me alegro de que Nicolás por fin haya encontrado a alguien con un poco de sustancia. Alguien que no mide la felicidad de la gente por el número de metros cuadrados de su casa en el barrio de Salamanca.

Elizalde, un hombre de sesenta años con el pelo completamente canoso y una mirada de zorro viejo, soltó una risa condescendiente y observó a Vera con curiosidad.

—Así que tú eres la famosa Vera —dijo Elizalde, dando un sorbo a su copa de vino tinto—. Nicolás ha estado muy misterioso últimamente en el hospital. Ahora entiendo por qué. No nos habías dicho que tuvieras una novia tan... distinguida, Aguirre. Aunque, por lo que me cuenta tu madre, no eres del gremio de la medicina.

—No, doctor —respondió Vera de inmediato, antes de que Nicolás pudiera intervenir para salvarla—. Yo prefiero trabajar con cosas que se construyen desde los cimientos, no con personas a las que hay que remendar las tuberías. Estudio Arquitectura.

—¡Arquitectura! —repitió Elizalde, arqueando una ceja con evidente aprobación—. Una carrera bellísima. Muy dura, por supuesto. Requiere mucha disciplina. Aunque imagino que compaginar los

estudios con el ritmo de vida de un cirujano de trasplantes como Nicolás no debe de ser fácil. Este chico vive prácticamente metido en el quirófano.

—Oh, lo sé —sonrió Vera, lanzándole a Nicolás una mirada cargada de una complicidad de mentira que parecía totalmente real—. Pero tengo mucha paciencia, doctor Elizalde. Además, Nicolás es muy... constante. Y muy predecible. Eso ayuda a organizar las agendas.

Pilar soltó una carcajada encantada, dando una palmada sobre la mesa.

—¡Lo ve, Carlos! ¡Se lo he dicho! Esta chica tiene los pies en la tierra. Claudia se pasaba el día quejándose de que Nicolás nunca estaba en casa para las cenas de gala de la fundación, como si extirpar un aneurisma fuera algo que se pudiera programar entre el aperitivo y el primer plato. Vera entiende lo que es el trabajo de verdad.

La conversación fluyó durante el almuerzo como un campo de minas donde Vera tuvo que desplegar toda su astucia para no cometer ningún error de bulto. Cada pregunta de Pilar sobre cómo se habían conocido, cuánto tiempo llevaban juntos o cuáles eran sus planes para el verano requería una respuesta rápida, ensayada pero natural.

—Nos conocimos en una biblioteca —improvisó Vera cuando Elizalde le preguntó por el inicio de la relación—. Yo estaba buscando unos planos históricos del ensanche de Madrid y Nicolás estaba... bueno, buscando un rincón tranquilo donde dormir media hora entre guardia y guardia. Nos chocamos en la sección de urbanismo.

—Y yo le tiré el café encima —añadió Nicolás, entrando al juego de forma natural, relajándose por primera vez en todo el almuerzo—. Un café muy caro, por cierto. Tuve que invitarla a cenar para disculparme.

—Y todavía me debe la mitad de la cena —bromeó Vera, guiñándole un ojo.

Pilar los observaba con una sonrisa de absoluta satisfacción que a Vera le provocó una nueva oleada de culpa en el estómago. La mentira funcionaba demasiado bien. El engranaje del montaje era tan perfecto, la química que desprendían tras la noche de la tormenta era tan evidente, que el doctor Elizalde y Doña Pilar se estaban tragando la historia sin el más mínimo atisbo de sospecha.

Pero cuanto más les gustaba la pareja, más difícil y doloroso sería el momento de desmontar el escenario.

A mitad del almuerzo, Elizalde se disculpó para atender una llamada del hospital y Pilar aprovechó para ir al baño, dejando a Nicolás y a Vera solos en la mesa de la terraza.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero esta vez estaba cargado de una pesadez distinta. Vera dejó caer los hombros, apoyando los codos en la mesa y frotándose las sienes con evidente cansancio.

—¿Estás bien? —preguntó Nicolás en voz baja, inclinándose hacia ella—. Lo has hecho de maravilla, Vera. Elizalde está encantado. Mi madre te adora. Si esto fuera un examen de interpretación, tendrías matrícula de honor.

Vera levantó la vista y lo miró con una seriedad que le heló la sangre.

—Ese es el problema, Nicolás. Que tengo matrícula de honor en mentirle a una madre que solo quiere ver a su hijo feliz —dijo ella, con una voz que sonó apagada, herida—. Tu madre me ha estado hablando de su marido, de lo mucho que le dolió el divorcio con Claudia por lo frío que fue todo, de cómo le preocupa que te quedes solo... Me mira como si yo fuera la respuesta a todas sus oraciones. Y yo solo soy una chica de veinticinco años a la que estás pagando mil quinientos euros por hacer este papel.

Nicolás sintió que la comida se le atascaba en la garganta. La culpa, que hasta ese momento había mantenido a raya gracias a la adrenalina del congreso, le golpeó con toda su fuerza.

—Vera, yo...

—No hace falta que digas nada, Nico —lo interrumpió ella, forzando una sonrisa triste—. Sé que es nuestro trato. Sé que firmé voluntariamente. Pero es duro. Es muy duro mirar a alguien tan buena como tu madre y saber que el lunes todo esto se habrá acabado, que volveré a mi mostrador del hotel y que ella se quedará pensando que su hijo ha vuelto a fracasar en su relación.

Nicolás la miró fijamente, con una intensidad que hizo que Vera tuviera que apartar la vista. Quiso decirle que tal vez no tenía por qué acabarse el lunes. Quiso decirle que la forma en que se le aceleraba el pulso cuando ella estaba cerca no era parte de ningún contrato, que la noche de la tormenta había deseado besarla con una desesperación que le asustaba, y que la idea de volver a Madrid y no volver a verla cruzar su salón común le parecía la perspectiva más gris y desoladora del mundo.

Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, sepultadas por su timidez crónica y por el miedo a que ella pensara que estaba intentando aprovecharse de la situación.

—Lo siento —fue lo único que consiguió decir él, con una voz apenas audible—. De verdad. Siento haberte metido en esto.

Vera lo miró durante unos segundos, analizando la sincera aflicción de su rostro. Suspiró despacio, estirando la mano sobre el mantel para darle un suave toque en los nudillos.

—No pasa nada, doctor —dijo, intentando recuperar el tono ligero—. Es el precio del espectáculo. Ahora, prepárate, porque tu madre ya vuelve y tiene cara de querer planificar nuestra boda para el próximo mes de septiembre.

La última hora del almuerzo transcurrió en una especie de bruma para Vera. Sobrevivió al café, a las sutiles indirectas de Pilar sobre la conveniencia de los pisos con techos altos en el barrio de Chamberí y a las últimas preguntas de Elizalde sobre el planeamiento urbanístico de Madrid.

En cuanto consiguieron despedirse bajo la promesa de verse al día siguiente, Vera murmuró una excusa rápida sobre un dolor de

cabeza incipiente y subió a la suite antes que Nicolás. Necesitaba aire. Necesitaba despojarse de la máscara de la «novia perfecta» antes de que se le quedara pegada a la cara.

Cerró la puerta de su dormitorio, tiró el bolso sobre la colcha y se dejó caer de espaldas en la cama, exhalando un suspiro que le salió desde el fondo del pecho. El silencio de la habitación era un alivio, pero su cabeza seguía yendo a mil revoluciones por minuto.

Sacó el móvil y marcó el número de Noa. No tardó ni dos tonos en escuchar la voz de su amiga, envuelta en el ruido de fondo de los secadores de pelo del vestuario del Claris.

—Dime que sigues viva, Duarte. ¿Ha habido drama con la ex?

—Mucho peor —admitió Vera, tapándose los ojos con el antebrazo—. He sobrevivido al almuerzo con la madre de Nicolás y con el director médico de su hospital. El mismísimo doctor Elizalde, Noa. El que tiene el futuro de Nicolás en sus manos.

—Hostia. Palabras mayores —el tono de Noa cambió al instante, volviéndose más atento—. ¿Y qué tal? ¿Te ha hecho el tercer grado de la alta sociedad madrileña?

—No, ese es el problema. Que ha ido... jodidamente bien. Me he inventado que nos conocimos en una biblioteca, que él me tiró un café encima y que todavía me debe media cena. Lo he hecho con tanta naturalidad que hasta yo me he creído la maldita historia por un segundo. Nicolás ha entrado al trapo, la madre estaba al borde de las lágrimas de la emoción y Elizalde casi nos da su bendición papal para el próximo mes de septiembre.

—Vera, tía, eso es una victoria absoluta —dijo Noa, aunque detectó la tensión en la voz de su amiga—. ¿Por qué suena como si se hubiera muerto alguien?

—Porque me siento como una estafadora profesional, Noa —confesó Vera, incorporándose sobre los codos y mirando hacia la ventana—. Pilar, su madre, es una mujer encantadora. Me mira con una ternura que me parte el alma. Me ha estado contando lo mucho que sufrió Nicolás con el divorcio, lo solo que está y lo feliz que la hace ver que

por fin está con alguien que «tiene los pies en la tierra». Y mientras me lo decía, yo solo podía pensar en el contrato de tres páginas que tengo guardado en el cajón y en los mil quinientos euros que me van a transferir el lunes.

Se hizo un pequeño silencio al otro lado de la línea. Noa suspiró, y Vera pudo imaginársela apoyada contra las taquillas del personal, con el ceño fruncido.

—A ver, Vera. Mírame a los ojos virtualmente. Tú no estás estafando a nadie. Estás haciendo un trabajo. Te contrataron para dar una imagen de estabilidad y eso es exactamente lo que estás haciendo. Estás salvando el cuello de ese cirujano.

—Ya, pero... no es solo por Pilar.

—Ah —se percató Noa con una rapidez felina—. ¿Hay algo más? ¿Qué ha pasado con el doctor?

Vera se pasó la mano por el pelo suelto, recordando el calor de la mano de Nicolás en su espalda descubierta la noche anterior durante el cóctel, y la forma en que se habían mirado esa misma mañana en el salón, rodeados de almohadas en el suelo.

—Anoche se cortó la luz por la tormenta —susurró Vera, bajando la voz por si Nicolás ya había subido a la suite—. Acabamos durmiendo en el suelo del salón, muy cerca. Y hoy... no sé, Noa. Hay una tensión rarísima entre nosotros. Cada vez que nos rozamos parece que nos va a dar una descarga eléctrica. Él me mira de una manera... que no es la de un jefe que controla a su empleada. Y yo estoy empezando a perder el norte. No sé dónde termina el contrato y dónde empiezo yo.

—Vera —dijo Noa, con un tono inusualmente serio—. Ten mucho cuidado. El dinero de la matrícula te hace falta, de verdad que sí. Pero no dejes que el brillo de los ojos de ese cirujano te haga olvidar que el lunes a las doce os convertís en calabaza. Él vuelve a su ático y a sus movidas de divorcio millonario, y tú vuelves al turno de noche del Claris. No te enamores del decorado, por muy bonito que sea el balneario.

Las palabras de su amiga cayeron como un jarro de agua fría, devolviéndola de golpe a la realidad. Vallecas. El Claris. Las hojas de reclamaciones. Las facturas.

—Tienes razón —dijo Vera, tragándose el nudo que se le estaba formando en la garganta—. Tienes toda la razón del mundo. Es solo el decorado.

—Exacto. Disfruta de la comida gratis, mantén la cabeza fría y no le quites el ojo al premio. Los mil quinientos eurazos. ¿Me oyes?

—Te oigo. Gracias, Noa. Te dejo, que creo que he oído la puerta del salón.

—Cuidado con las tormentas, Duarte. Cuélgate el chubasquero emocional.

Vera colgó y dejó el teléfono sobre la mesilla. Se miró en el espejo del tocador, se alisó el jersey verde oliva y respiró hondo. Noa tenía razón. El lunes todo terminaría. Tenía que volver a ponerse la armadura antes de cruzar la puerta de la habitación y encontrarse de nuevo con los ojos oscuros de Nicolás Aguirre.

CAPÍTULO 13

A las siete de la tarde, la suite 201 olía a una mezcla embriagadora de laca de pelo, perfume de diseño, vapor de plancha y un nerviosismo tan denso que casi se podía masticar.

La gran cena de gala del congreso era el acontecimiento principal del fin de semana. No era solo una cena; era una pasarela de egos, presupuestos médicos y alianzas estratégicas. Nicolás sabía que esa noche se decidiría, de manera extraoficial, si el puesto de jefe del departamento de cirugía cardiovascular del hospital de Madrid llevaba su nombre o el de alguno de sus rivales. Pero, por primera vez en su impecable carrera, la política hospitalaria era lo último en lo que podía pensar.

Nicolás estaba de pie frente al espejo del salón común, peleándose con la pajarita de su esmoquin.

Llevaba un traje de etiqueta negro de un corte impecable, una camisa de cuello diplomático blanca como la nieve y unos zapatos de charol que brillaban bajo las luces halógenas. Parecía el perfecto caballero de portada de revista, limpio, anguloso y sobrio. Sin embargo, sus manos —esas manos que eran capaces de suturar una arteria coronaria de dos milímetros sin que le temblara un solo pulso — temblaban de forma ridícula mientras intentaban hacer el lazo de la pajarita.

—Maldita sea —masulló, deshaciendo el nudo por cuarta vez—. Esto es ridículo.

—¿Necesita ayuda el cirujano jefe, o es que los protocolos de quirófano no incluyen nudos de etiqueta?

Nicolás se giró de golpe.

Vera acababa de salir de su habitación.

Si el cóctel de bienvenida de la noche anterior había sido un preámbulo, esto era el clímax.

El vestido largo de raso verde esmeralda que Vera había elegido con tanta astucia en la boutique no solo le sentaba bien: parecía haber sido diseñado para fundirse con ella. La tela, de una caída pesada pero fluida, acariciaba la curva de sus caderas y la línea de sus piernas con una suavidad líquida. Por delante, el cuello barco enmarcaba sus clavículas con una elegancia clásica; por detrás, el drapeado caía en una curva profunda, dejando al descubierto casi la totalidad de su espalda desnuda hasta el inicio de la lumbar.

Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y pulido, sin un solo mechón suelto esta vez, dejando su largo cuello totalmente despejado. La piel de su espalda, dorada por el final del verano y tersa por el frío de la sierra, brillaba bajo las luces del salón con un matiz de porcelana.

Nicolás se quedó sin aire. Literalmente. Sintió un golpe seco en el estómago, como si acabara de recibir un impacto físico. Sus manos se congelaron sobre la pajarita deshecha y sus ojos oscuros recorrieron la silueta de Vera con una fijeza casi dolorosa.

—¿Tan mal estoy? —preguntó ella, con una sonrisa de suficiencia que no lograba ocultar del todo una pizca de timidez. Se recolocó uno de los pendientes de plata—. No me mires así, Nico. Me haces pensar que me he dejado la etiqueta del precio colgando.

—Estás... —Nicolás endureció el gesto, sintiendo que la garganta se le cerraba—. Estás absolutamente increíble, Vera. De verdad. Ese verde... te queda espectacular.

—Gracias —dijo ella, dando un paso hacia él. Sus salones de tacón nude repicaron suavemente sobre el suelo de madera—. Aunque tengo un problema técnico. Y por «problema técnico» me refiero a una emergencia de nivel de alerta roja.

—¿Qué pasa?

Vera se dio la vuelta, dándole la espalda.

—La cremallera invisible del lateral —explicó, señalando con el dedo hacia su costado derecho—. Empieza debajo de la axila y baja hasta la cadera. Consigo subirla hasta la mitad, pero el punto de seda hace un pliegue justo a la altura de la costura y no tengo ángulo para tirar sin miedo a romper la tela. ¿Te importa?

Nicolás miró el costado de Vera. El drapeado de la espalda se abría precisamente allí, revelando una franja de piel limpia y templada que latía al ritmo de su respiración acelerada.

—Yo... sí, claro. Déjame ver —dijo él, dando un paso adelante.

Se colocó detrás de ella.

La distancia entre sus cuerpos se redujo a apenas unos centímetros. Nicolás pudo sentir el calor que desprendía la piel de Vera, mezclado con ese perfume de lavanda y un toque de vainilla que debía de ser de su crema corporal. Era el mismo aroma que lo había perseguido durante toda la tormenta de la noche anterior.

—No te muevas —le pidió él. Su voz sonó más baja de lo normal, una octava más profunda.

—No me muevo. Pero date prisa, doctor, que nos espera tu madre abajo y si tardamos cinco minutos más subirá a ver si nos hemos quedado pegados a la alfombra otra vez —bromeó ella, aunque el tono de su voz delataba que su pulso tampoco iba precisamente despacio.

Nicolás levantó las manos. Sus dedos rozaron la tela verde del vestido. Con una delicadeza extrema, apoyó la yema del dedo pulgar de su mano izquierda en la espalda descubierta de Vera, justo en el omóplato, para mantener la tensión de la prenda.

El contacto de su piel contra la de ella fue eléctrico.

Vera dio un respingo imperceptible, una vibración suave que recorrió toda su columna vertebral y que Nicolás sintió directamente bajo su mano. La piel de ella se erizó de inmediato, cubriéndose de una levísima piel de gallina que delató el impacto del roce.

—¿está fría mi mano? —preguntó él, deteniéndose.

—No —susurró Vera, mirando al frente, con los ojos clavados en el espejo del salón donde se reflejaba la silueta de Nicolás doblada sobre ella—. No está fría. Al contrario.

Nicolás continuó. Con la mano derecha, buscó el minúsculo tirador metálico de la cremallera invisible bajo su axila. El tejido de seda era traicionero; el hilo fino se había enganchado ligeramente en los dientes de plástico.

> «Concéntrate, Aguirre», se ordenó a sí mismo. «Has operado corazones latiendo. Has reconstruido arterias del tamaño de un cabello. Esto es solo una cremallera».

Pero reparar una válvula mitral no implicaba tener la respiración de Vera acariciándole el dorso de la mano, ni sentir el aroma de su cuello a escasos centímetros de su rostro. Nicolás se inclinó un poco más para ver el enganche de la tela. Al hacerlo, su pecho rozó muy suavemente la espalda desnuda de Vera.

El contacto de la tela rígida de su esmoquin contra la piel desnuda de ella fue un contraste que le cortó la respiración. Vera cerró los ojos, aferrándose al borde de la mesa de madera para no perder el equilibrio. La cercanía de Nicolás, el calor de su cuerpo y la forma en que sus dedos se movían con una lentitud casi tortuosa sobre su piel la estaban volviendo loca.

—Está un poco atascada —explicó Nicolás. Su aliento cálido rozó la nuca de Vera, haciendo que ella apretara los dientes—. Tengo que sujetar la tela por dentro para que no se rompa el punto. Voy a... voy a meter los dedos un poco bajo el borde.

—Haz lo que tengas que hacer, doctor —dijo ella, con una voz que era apenas un hilo de aire—. Pero no me hagas un bypass en el vestido.

Nicolás deslizó la punta de los dedos índice y corazón por debajo del borde de la seda, entrando en contacto directo con la piel de la costilla de Vera. Estaba increíblemente suave, caliente y húmeda por los nervios. El cirujano sintió una pulsación sorda en su propio

vientre. Sus dedos se movieron con una lentitud calculada, liberando el pequeño hilo atascado con una delicadeza que parecía casi una caricia prohibida.

Poco a poco, con un siseo metálico casi imperceptible, la cremallera empezó a deslizarse hacia arriba.

Nicolás acompañó el ascenso con su mano izquierda, acariciando la línea de su costado, subiendo por la curva de su axila hasta que el cierre quedó perfectamente asegurado. El vestido se ciñó del todo a su cuerpo, como una segunda piel verde esmeralda que la envolvía por completo.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió de inmediato.

Nicolás mantuvo las manos apoyadas en los hombros de Vera, justo donde nacían los tirantes del vestido. Sus ojos se encontraron en el gran espejo del salón.

El reflejo no mentía. Ya no había rastro de la «novia de alquiler» ni del «cirujano estirado». Había dos personas que se miraban con una intensidad hambrienta, contenida pero evidente, que hacía que el aire de la suite pareciera estar a punto de prender fuego.

—Gracias, Nico —dijo ella en voz muy baja, sin romper el contacto visual en el espejo.

—De nada, Vera —respondió él. Sus manos seguían en sus hombros, transmitiendo un calor que parecía derretir la poca distancia que les quedaba—. Estás... de verdad, estás maravillosa.

Vera se giró despacio sobre sus talones, quedando de frente a él. La diferencia de altura la obligaba a levantar la vista para mirarlo a los ojos. Nicolás, con su esmoquin impecable y su mirada oscura y concentrada, parecía un hombre completamente distinto al cirujano tímido que había conocido apenas unos días atrás en el ascensor del Claris.

—Tú tampoco estás mal, doctor —dijo ella, con una media sonrisa que intentaba recuperar la ligereza habitual—. Aunque esa pajarita parece que ha sufrido un accidente de tráfico. Déjame a mí.

Antes de que él pudiera decir nada, Vera levantó las manos y las apoyó en el cuello de la camisa de Nicolás. Sus dedos, hábiles y rápidos por los años de abrochar botones de uniformes de hotel, cogieron los extremos de la cinta negra de seda y empezaron a cruzarlos.

Ahora era Nicolás el que estaba inmóvil, conteniendo el aliento mientras la cercanía de Vera le nublaba el sentido común. Podía ver las pequeñas pecas que salpicaban la nariz de ella, el brillo de sus labios pintados de un rojo sutil y la forma en que sus pestañas se agitaban con cada movimiento.

—¿Ves? —dijo ella, terminando de ajustar el lazo de la pajarita con un toque experto—. Solo hacía falta un poco de... de mano izquierda. No todo en la vida se arregla con un bisturí, Aguirre.

—Lo sé —admitió él, mirándole la boca con una fijeza que a Vera le hizo dar un vuelco al corazón—. Me lo estás demostrando todos los días.

Vera dio un paso atrás, rompiendo la burbuja de intimidad antes de que la tentación de dar ese paso que les faltaba desde la noche de la tormenta fuera demasiado fuerte. Se recolocó el bolso de mano plateado y le dedicó una sonrisa brillante, de esas que usaba para desarmar a los clientes más difíciles.

—Bueno, doctor. El espectáculo debe continuar —declaró ella, ofreciéndole el brazo con un gesto teatral—. Tu exmujer nos espera abajo, tu madre probablemente esté controlando los tiempos con un cronómetro de oro, y tenemos una cena de gala que ganar. ¿Listo para el asalto final?

Nicolás la miró, colocó su mano sobre la de ella en su brazo y sintió que, por primera vez en su vida, estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier tormenta con tal de mantenerla a su lado.

—Listo —dijo él—. Vámonos.

CAPÍTULO 14

El Gran Salón Imperial del balneario parecía el escenario de una producción de época financiada con el presupuesto de una multinacional farmacéutica. Bajo los techos abovedados de casetones dorados y las inmensas lámparas de araña de cristal de Bohemia, que arrojaban una luz cálida y centelleante sobre el mármol pulido, se concentraba lo más selecto, influyente y peligrosamente competitivo de la medicina madrileña.

El murmullo de cientos de conversaciones cruzadas, el tintineo cristalino de las copas de champán de marca al brindar y el sutil roce de los vestidos de seda contra las alfombras creaban un rumor constante, una sinfonía de opulencia que flotaba en el aire mezclada con el aroma a flores frescas, cera de abejas y perfumes de importación.

Nicolás y Vera se detuvieron en lo alto de la escalinata de mármol de doble tramo que descendía directamente hacia el corazón del salón.

Él sentía la mano de ella apoyada en su antebrazo. A través de la lana fina de la manga de su esmoquin, la presión de los dedos de Vera era firme, casi un recordatorio táctil de que, a pesar del abismo de mentiras que los rodeaba, en ese preciso instante estaban juntos. Ella mantenía la espalda erguida, los hombros perfectamente encajados en la caída profunda del vestido verde esmeralda que dejaba al descubierto su piel de porcelana, y el mentón alzado con una gracia que desafiaba cualquier intento de intimidación.

—¿Estás lista? —le susurró Nicolás, inclinando levemente la cabeza hacia ella.

—He sobrevivido a tres auditorías completas de la cadena hotelera con directores suizos que no sonreían desde la caída del muro de Berlín —respondió Vera en el mismo tono confidencial, sin perder la sonrisa radiante que ya empezaba a proyectar hacia la multitud—. Un puñado de cirujanos con complejos de Dios no van a hacer que me tiemblen los tacones. Pero si ves que me equivoco de cubierto durante la cena, dame una patada por debajo de la mesa.

Nicolás soltó una risa baja, un sonido genuino que disipó de golpe una parte de la rigidez que le atenazaba los hombros.

—Trato hecho. Pero dudo que lo necesites.

Comenzaron a descender los peldaños despacio. A cada paso que daban, las miradas de los presentes empezaron a desviarse hacia ellos como agujas de brújula apuntando al norte. Nicolás Aguirre era un hombre sumamente respetado en el gremio, conocido tanto por su brillantez quirúrgica como por su carácter reservado, casi monacal. Verlo aparecer en el evento más importante del año no solo vestido con una elegancia impecable que acentuaba su porte atlético, sino acompañado por una mujer joven, de una belleza magnética y misteriosa que nadie lograba identificar, fue el equivalente a arrojar una piedra en un estanque de aguas estancadas.

—Mira a las tres en punto —murmuró Vera con los labios casi inmóviles mientras saludaba con un leve asentimiento de cabeza a una pareja que los miraba abiertamente—. La mujer del vestido de encaje rojo acaba de morder su canapé con tanta fuerza que creo que se ha roto una muela. ¿Quién es?

—La doctora Valenzuela, jefa de Nefrología —contestó Nicolás con una sonrisa tensa—. Es íntima amiga de la madre de Claudia. Si mañana no hay un informe detallado de tu vestido en el chat de su grupo de costura, me retiraré de la medicina.

—Pues que apunten bien: es raso verde esmeralda, costura invisible y espalda al aire —dijo ella, apretando sutilmente el brazo de él—. Y la cremallera la ha subido el mejor cirujano cardiovascular del país. Eso debería contar para el informe de calidad.

El roce de los dedos de ella sobre su brazo y la alusión al momento de la suite hicieron que a Nicolás se le encendiera la piel bajo el cuello diplomático de la camisa.

Antes de que pudieran dar diez pasos por la alfombra del salón principal, la silueta inconfundible de Doña Pilar se abrió paso entre la multitud con la determinación de un rompehielos de lujo. Llevaba un vestido de alta costura en un tono gris perla que realzaba su cabello canoso perfectamente peinado, y sobre el pecho lucía un collar de perlas que probablemente valía más que el piso de Vera en Madrid.

A su lado, arrastrado por su inercia arrolladora, caminaba el doctor Elizalde, que ya sostenía una copa de champán en la mano y lucía un rictus de divertida resignación.

—¡Mis niños! —exclamó Pilar lo suficientemente alto como para que las tres mesas más cercanas se giraran a mirar—. Sabía que estaríais espectaculares, pero esto supera cualquier expectativa. Carlos, mira a esta pareja. ¿No me digas que no parecen salidos de una película de la época dorada de Hollywood?

—Están espléndidos, Pilar, verdaderamente espléndidos —coincidió Elizalde, observando a Vera con una mezcla de respeto profesional y apreciación estética—. El verde esmeralda es un acierto absoluto, Vera. Destaca de una manera formidable entre tanto negro de etiqueta y tanto brillo innecesario.

—Muchas gracias, doctor Elizalde —respondió Vera con una reverencia casi imperceptible, una muestra de cortesía que manejaba con la precisión de una diplomática—. Viniendo de un hombre con su reputación de estratega y buen gusto, es todo un cumplido.

—Oh, no la escuches, Carlos, que te va a malcriar —intervino Pilar, aunque se le caía la baba de orgullo al ver los modales de su «nuera»—. Nicolás, hijo, por Dios, abróchate el botón superior de la chaqueta del esmoquin. Estás en una cena de gala, no en una consulta de urgencias de madrugada.

Nicolás obedeció de inmediato con una media sonrisa resignada, mientras Vera contenía una carcajada.

—¿Ves lo que te decía? —le susurró Vera al oído mientras Pilar se giraba para saludar a otro conocido—. Tu madre tiene un radar de satélite para los detalles. Si no fuera porque es adorable, me daría miedo.

—A mí me da miedo todos los días de mi vida —confesó Nicolás en voz baja—. Pero hoy parece que está de tu parte, lo cual es un milagro histórico.

La conversación fue interrumpida por la llegada de un camarero que transportaba una bandeja de plata con copas de champán helado. Nicolás tomó dos y le ofreció una a Vera. Al hacerlo, sus miradas volvieron a encontrarse con esa intensidad limpia y desprovista de máscaras que había nacido en la tormenta de la noche anterior.

—Por el éxito del congreso —brindó Nicolás, mirándola a los ojos.

—Y por la supervivencia del equipo —añadió ella, rozando su copa con la de él.

—Disculpadme un segundo, mi querida Vera —intervino la voz profunda del doctor Elizalde, rompiendo con suavidad la burbuja que se había creado entre ellos—. Me temo que debo robarte a tu cirujano antes de que la cena empiece. Prometo devolvértelo entero, o al menos con la misma estructura con la que me lo llevo.

Vera le dedicó una sonrisa cómplice y un ligero ademán con la cabeza.

—Adelante, doctor. Se lo presto bajo fianza. Pero no me lo agote demasiado rápido, que el examen de baile es más tarde.

Elizalde soltó una carcajada que atrajo la atención de un par de adjuntos cercanos y, con un gesto firme en el hombro de Nicolás, lo guio hacia uno de los balcones acristalados que daban a los jardines interiores del balneario. El espacio estaba resguardado por inmensas cortinas de terciopelo burdeos, creando un reservado natural donde el ruido de la orquesta se convertía en un zumbido lejano.

Elizalde se detuvo, apoyando una mano en la barandilla de hierro forjado mientras contemplaba las luces que parpadeaban en la ladera de la sierra. No se andó con rodeos.

—Vaya pieza te has cobrado, Aguirre —dijo, dando un sorbo a su copa de champán—. Es inteligente. Rápida. Y tiene una clase que no se compra en las tiendas de la milla de oro.

—Es... excepcional, doctor —respondió Nicolás, midiendo la entonación para no parecer excesivamente efusivo pero sí lo suficientemente seguro.

—Lo es. Y lo más importante para ti: le gusta al patronato. He estado observando a la mujer de Valenzuela y a las de la junta directiva desde que habéis bajado la escalinata. Estaban buscando el más mínimo detalle para despellejarte, Nicolás. Esperaban encontrarse a una chiquilla asustada o a una advenediza sin conversación. Se han topado con una mujer que les ha dado una lección de saber estar en tres minutos. Eso es un blindaje excelente.

Elizalde se giró despacio, perdiendo la media sonrisa que llevaba dibujada. Su expresión se volvió puramente administrativa, la del hombre que lleva cuarenta años manejando los hilos de la sanidad madrileña.

—El lunes a las diez de la mañana se reúne la comisión técnica para valorar la jefatura —dijo en un susurro, obligando a Nicolás a inclinarse ligeramente—. No te voy a engañar. Tu proyecto científico y tus cifras de supervivencia quirúrgica son incontestables. Eres el mejor. Pero Valenzuela y su sector conservador del consejo llevan semanas presionando. El argumento de que tu divorcio con Claudia iba a desestabilizar el departamento y a generar un conflicto de intereses dentro del propio hospital... bueno, estaba calando hondo.

Nicolás apretó el tallo de su copa.

—Mi vida privada jamás ha afectado a mi rendimiento en el quirófano, Carlos. Lo sabes perfectamente.

—Yo sí, pero los políticos que firman los presupuestos del hospital no —replicó Elizalde, tajante—. Para ellos, un cirujano jefe divorciado,

amargado y envuelto en disputas legales de las que habla todo el mundo en la cafetería es un riesgo de relaciones públicas. Querían un motivo para dárselo a Valenzuela. Querían ver que habías perdido el norte.

Elizalde dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—Lo que ocurra esta noche en este salón decidirá tu ascenso, Nicolás. Así de simple. Si mantienes esa imagen de solidez, si demuestras que has rehecho tu vida con la madurez y la elegancia que transmite esa chica, Valenzuela no tendrá un solo clavo ardiendo al que agarrarse en la reunión de la junta. Pero si hay un solo patinazo, una escena de celos con Claudia, o cualquier indicio de que lo vuestro es un decorado... la jefatura se va a La Princesa. ¿Me has entendido?

Nicolás sintió el peso exacto de la corona sobre sus hombros. No era una suposición; era un ultimátum real. La farsa de los mil quinientos euros con Vera Duarte ya no era solo para calmar a su madre o salvar su orgullo frente a Claudia. Era, literalmente, el billete de ida o vuelta para el trabajo por el que se había dejado la salud y la juventud durante la última década.

—Entendido, Carlos. Todo está bajo control —dijo Nicolás, sosteniendo la mirada del director con una firmeza de hierro.

—Excelente. Volvamos al ruedo, doctor. No dejes que la mantengan demasiado tiempo sola.

El ambiente de triunfo y complicidad se vio interrumpido de golpe por un sutil cambio en la temperatura del grupo. Nicolás sintió que el brazo de Vera se tensaba levemente y, al levantar la vista, comprendió la razón de inmediato.

A menos de cinco metros de distancia, abriéndose paso entre los invitados con una elegancia gélida y estudiada, aparecía Claudia.

La exmujer de Nicolás vestía un diseño de alta costura de un color blanco marfil que resultaba casi nupcial, con un escote palabra de honor y un drapeado asimétrico que buscaba captar toda la atención del salón. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño italiano

impecable y joyas de diamantes que destellaban con agresividad bajo las lámparas de araña. A su lado, su actual pareja, un cirujano plástico de renombre de una clínica privada de Madrid, sonreía con una suficiencia que rozaba lo insultante.

Claudia se detuvo justo frente al grupo, clavando sus ojos de un azul frío directamente en Vera antes de dignarse a mirar a Nicolás.

—Pilar, querida —saludó Claudia con una voz que pretendía ser dulce pero que sonaba a metal afilado—. Qué alegría verte tan recuperada de tus achaques. Y Nicolás... vaya. Hacía mucho tiempo que no te veía fuera de tu uniforme de quirófano. Veo que por fin has decidido actualizar tu armario.

Pilar arqueó una ceja, midiendo a su exnuera con una frialdad que habría congelado el Sáhara.

—La salud me acompaña de maravilla, Claudia, sobre todo desde que he dejado de recibir ciertas visitas que me alteraban la tensión —respondió la madre de Nicolás con una calma letal—. Y respecto a mi hijo, siempre ha tenido un gusto excelente. Solo que ahora está mejor asesorado.

Claudia apretó los labios, pero no permitió que la réplica de Pilar la desestabilizara. Giró la cabeza hacia Vera, recorriéndola de arriba abajo con una mirada analítica que buscaba de forma desesperada cualquier imperfección, cualquier rastro de que la mujer que ocupaba el lugar que una vez fue suyo no pertenecía a ese mundo.

—Vaya, sigues por aquí, Vera —dijo Claudia, sin ofrecer la mano esta vez, con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Pensaba que después de anoche tendrías la decencia de mantener las distancias. Sigo sin ubicar tu nombre en ninguna lista del hospital de La Paz ni de la clínica Ruber. ¿En qué departamento dices que trabajas?

Vera no dudó un solo segundo. Sostuvo la mirada de Claudia con la misma calma templada que había usado la noche anterior.

—No trabajo en ningún hospital, Claudia —respondió Vera, manteniendo una sonrisa de una cortesía inquebrantable—. Como le comentaba antes al doctor Elizalde, mi campo es la Arquitectura. Me

dedico a diseñar estructuras que soporten el paso del tiempo y resistan las inclemencias externas sin desmoronarse. Creo que es una disciplina muy parecida a la medicina, aunque nosotros trabajamos con piedra y acero en lugar de con arterias.

El doctor Elizalde soltó una carcajada de sincera aprobación.

—¡Magnífica analogía, Vera! De hecho, siempre he dicho que un buen cirujano de reconstrucción no es más que un arquitecto con un material biológico muy delicado.

Claudia sintió el pinchazo del rechazo de Elizalde y sus ojos se entrecerraron. Miró el escote de Vera y luego la curva profunda de su espalda descubierta, buscando un nuevo ángulo de ataque.

—Arquitectura... qué interesante —siseó Claudia—. Una carrera muy larga. Imagino que debe de requerir mucho tiempo libre para poder acompañar a Nicolás en estos eventos. Él es un hombre de costumbres muy fijas, muy absorbido por su trabajo. A veces, la rutina con él puede resultar... asfixiante si no compartes su mismo círculo profesional.

Nicolás dio un paso al frente, colocándose sutilmente al lado de Vera. El movimiento fue puramente instintivo, el de un hombre que se interpone entre un peligro y la persona que quiere proteger.

—La rutina con Vera nunca es asfixiante, Claudia —dijo Nicolás con una firmeza en la voz que hizo que su exmujer diera un paso atrás por la sorpresa. Era una seguridad que nunca antes había mostrado frente a ella—. Al contrario. Es lo único que me mantiene cuerdo después de diez horas de quirófano. Su perspectiva del mundo es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Un silencio espeso cayó sobre el pequeño círculo. Doña Pilar miraba a su hijo con una expresión de absoluto asombro y orgullo contenido; nunca, en todos los años de matrimonio con Claudia, Nicolás se había enfrentado a ella con semejante contundencia.

Vera sintió un hormigueo. Sabía que todo aquello era parte de una mentira, de un guion de mil quinientos euros que debían interpretar hasta el final. Pero la mirada de Nicolás en ese momento, la calidez

de su voz y la forma en que sus dedos se habían cerrado con fuerza sobre la copa de champán para defenderla, no tenían nada de fingido. Había una verdad latiendo entre ellos, una corriente de electricidad que se había desatado bajo la tormenta y que ahora se negaba a apagarse.

Claudia, al darse cuenta de que había perdido esa batalla y de que las miradas de los invitados cercanos empezaban a juzgar su actitud, forzó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad —dijo, dando un paso atrás—. Si me disculpáis, Carlos, tenemos que saludar a los patrocinadores de la mesa de honor. Que tengáis una buena cena.

Se retiró con rapidez, arrastrando a su acompañante de la mano.

La megafonía del Gran Salón Imperial anunció el inicio de la cena y los invitados comenzaron a buscar sus mesas respectivas. Para alivio de Nicolás y Vera, su mesa no estaba cerca de la de Claudia, sino en una ubicación preferente al lado de la de Doña Pilar y el doctor Elizalde.

El menú era un despliegue de alta cocina diseñado para complacer a los paladares más exigentes: bogavante gallego con emulsión de cítricos, solomillo de buey de la sierra con reducción de vino tinto y trufa de invierno, y un postre de chocolate amargo con texturas de frambuesa.

A pesar de la sofisticación de los platos, Vera se movió con una soltura que dejó a Nicolás fascinado. Usaba los cubiertos con una elegancia innata, participaba en las conversaciones de la mesa sobre urbanismo histórico y las reformas del centro de Madrid con una inteligencia brillante, y manejaba las preguntas indirectas de las esposas de los otros médicos con una simpatía arrolladora.

—¿De verdad no habías hecho esto antes? —le susurró Nicolás a mitad del segundo plato, mientras la mesa de al lado estaba sumida en una acalorada discusión sobre el presupuesto de sanidad.

—¿El qué? ¿Fingir que sé la diferencia entre un tenedor de pescado y uno de carne mientras evito que tu exmujer me clave un cuchillo

en la espalda? —rio ella en voz baja, dando un sorbo a su copa de agua—. Nico, trabajo en la recepción de un hotel de cinco estrellas. He atendido a jefes de Estado que querían cambiar de habitación a las tres de la madrugada porque decían que las sábanas no tenían el número de hilos adecuado, y a actrices de cine que exigían agua de manantial traída de los Alpes para bañar a sus caniches. Esto es un paseo militar en comparación.

Nicolás la observó con una mezcla de admiración y un sentimiento mucho más profundo que se negaba a catalogar. La luz de las velas de la mesa creaba destellos dorados en el moño de Vera y perfilaba la línea de su cuello con una suavidad que hacía que a él se le olvidara comer. Su cuello... seguía siendo el centro de gravedad de toda su atención. Quería estirar la mano, rozar la piel de su nuca y sentir de nuevo el latido rápido que había descubierto bajo la tormenta.

—Vera —dijo él de repente, con una seriedad que la hizo detenerse —. No te estoy pagando lo suficiente.

Ella lo miró, sorprendida por la gravedad de su tono.

—¿De qué hablas, doctor?

—De que vales mucho más que cualquier contrato que hayamos firmado —explicó él, mirándola fijamente a los ojos—. Has salvado mi reputación, has hecho feliz a mi madre, has puesto en su sitio a Claudia con una clase que yo nunca tuve... y lo has hecho todo con una sonrisa, a pesar de lo incómodo de la situación. No sé cómo voy a agradecerte esto cuando volvamos a Madrid.

Vera guardó silencio durante unos segundos. El brillo de sus ojos pareció empañarse por una sutil capa de melancolía que intentó ocultar de inmediato. Miró la copa de vino que sostenía entre las manos.

—No tienes que agradecer de más, Nico —respondió ella en un susurro, asegurándose de que nadie la escuchara—. Un contrato es un contrato. Tú tenías una necesidad y yo tenía una deuda que pagar. Hemos sido un buen equipo de negocios. Eso es todo.

«Un buen equipo de negocios». Las palabras cayeron sobre Nicolás con la frialdad de un bisturí sobre la piel. El recordatorio de la realidad de su trato, justo en mitad del brillo del salón y de la calidez de su cercanía, dolió de una manera que no esperaba. Quiso decirle que no quería que fuera solo un negocio. Quiso decirle que la idea de que todo terminara el lunes le provocaba un vacío insoportable en el pecho.

Pero en ese momento, las luces del salón común se atenuaron y el doctor Elizalde se levantó para dirigirse al atril principal a dar el discurso de clausura del congreso.

Tras los discursos y los postres, una pequeña orquesta de cámara situada en un extremo del salón empezó a interpretar piezas de jazz clásico y baladas suaves, transformando la cena de gala en un baile de etiqueta.

Doña Pilar se acercó a su mesa con paso decidido.

—Nicolás, por el amor de Dios, saca a bailar a esta maravillosa mujer antes de que alguno de los residentes de cardiología decida tener el valor de pedírselo —ordenó la madre con un gesto imperioso de la mano—. Están todos mirándola desde que ha empezado la noche.

Nicolás se levantó de inmediato, extendiendo la mano hacia Vera.

—¿Me concedes este baile, arquitecta? —preguntó, con una timidez que a ella le pareció la cosa más tierna del mundo.

—Solo si prometes no pisarme los pies, cirujano —sonrió ella, aceptando su mano.

Se dirigieron hacia la pista de baile, que ya empezaba a llenarse de parejas vestidas de etiqueta. La música era un tema lento de Sinatra, una melodía suave y arrulladora que invitaba a la proximidad física.

Nicolás colocó su mano derecha en la espalda descubierta de Vera. El contacto fue directo, piel contra piel, justo en la zona donde la curva del vestido de raso verde esmeralda se abría en un drapeado profundo. La yema de sus dedos sintió la suavidad y el calor de su

piel, que reaccionó de inmediato con una levísima pulsación. Vera, por su parte, apoyó su mano izquierda en el hombro de Nicolás y entrelazó sus dedos con los de la mano libre de él.

Se movieron al ritmo de la música con una fluidez natural, como si hubieran bailado juntos toda la vida. La diferencia de altura hacía que la cabeza de Vera quedara a la altura del hombro de Nicolás, permitiéndole apoyar la mejilla muy cerca de su cuello si lo deseaba.

—Lo estamos consiguiendo —susurró ella, mirando el nudo de la pajarita de él—. El congreso casi ha terminado. Mañana es domingo, nos despedimos de tu madre y volvemos a casa. Misión cumplida.

—Sí —respondió él, aunque su voz no sonó precisamente alegre—. Misión cumplida.

Nicolás la atrajo un poco más hacia sí, acortando el espacio entre sus cuerpos. Pudo sentir la presión suave del pecho de Vera contra el suyo, el movimiento rítmico de sus caderas bajo el punto de seda y el calor abrasador de su espalda bajo su palma. El perfume de lavanda y vainilla de ella lo envolvía por completo, creando una barrera invisible que los aislaba de los cientos de personas que bailaban a su alrededor.

Vera levantó la vista. Sus ojos marrones estaban cargados de una pregunta silenciosa, de una tensión latente que se había ido acumulando hora tras hora, desde la tormenta de la noche anterior, pasando por el roce de la cremallera en la suite, hasta este baile a la luz de las velas.

—Nicolás —dijo ella en un susurro trémulo.

—¿Sí?

—Estás mirándome otra vez de esa manera.

—¿De qué manera? —preguntó él, sin apartar los ojos de sus labios.

—Como si quisieras... como si no hubiera ningún contrato entre nosotros.

Nicolás detuvo sus pasos en mitad de la pista de baile, ignorando a las parejas que seguían moviéndose a su alrededor. Sus dedos se

cerraron con una suavidad posesiva sobre la piel de la espalda de ella, y su mano libre se deslizó hacia arriba, acariciando la línea de su cuello hasta acunar su mandíbula con una delicadeza extrema.

—Es que ahora mismo no lo hay, Vera —dijo él, con una sinceridad que le vibraba en el pecho—. Al menos no para mí.

Vera contuvo el aliento, con el corazón desbocado contra sus costillas. El espacio entre sus labios volvió a reducirse a una distancia ridícula, una repetición exacta de lo que había quedado suspendido en el aire de la suite por el apagón de la noche anterior. La música de la orquesta parecía llegar desde una distancia infinita, desdibujada por el latido de sus propios corazones.

Antes de que el beso pudiera consumarse en mitad de la pista de baile, una figura se interpuso en su campo de visión, rompiendo el hechizo de golpe.

—Nicolás, querido —interrumpió la voz de Doña Pilar, que aparecía acompañada por el doctor Elizalde y un par de miembros del consejo del hospital—. Perdonad que os interrumpa este momento tan romántico, pero el doctor Elizalde quiere presentarte formalmente al presidente de la fundación médica. Es una oportunidad de oro, hijo. Tenéis que venir los dos.

Vera dio un paso atrás despacio, liberándose del contacto físico con una sonrisa profesional que ocultaba el torbellino de emociones que la recorría por dentro. Se alisó el vestido verde y le dio a Nicolás un leve empujón en el hombro.

—Ve, doctor —le susurró—. Es tu futuro lo que está en juego. Yo te espero en la mesa.

Nicolás la miró con una mezcla de frustración y deseo contenido, pero comprendió que no podía negarse en ese momento.

—No me tardo —le prometió, antes de dejarse arrastrar por su madre y el doctor Elizalde hacia el grupo de directivos.

Vera se quedó sola en el borde de la pista de baile, observando cómo la silueta de Nicolás se alejaba entre la multitud de etiquetas negras y vestidos de gala. Sintió un frío repentino en la espalda,

justo donde la mano de él la había estado sosteniendo con tanto calor. Se frotó los brazos con suavidad, mirando a su alrededor, y comprendió con una dolorosa claridad que el juego de las apariencias estaba llegando a su fin, pero que las consecuencias de esa mentira la acompañarían durante mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO 15

La galería acristalada que conectaba el ala oeste del Gran Salón Imperial con el jardín de los naranjos era un remanso de penumbra y aire helado. A través de los inmensos arcos de hierro fundido, la sierra madrileña se recortaba contra el cielo nocturno como una silueta de tinta china. El rumor de la orquesta de cámara, que en el interior del salón interpretaba un vals de Strauss, llegaba hasta allí amortiguado por las pesadas cortinas de terciopelo burdeos, transformado en un eco lejano, casi irreal.

Vera se apoyó contra uno de los pilares de hierro, agradeciendo el frío del metal en la palma de sus manos. El aire acondicionado del banquete, saturado de perfumes caros, laca de pelo y el vaho de trescientas personas cenando, la había dejado con una sutil opresión en el pecho.

Necesitaba un segundo de tregua. Necesitaba, sobre todo, poner distancia física con Nicolás.

Durante el baile, la barrera invisible que habían construido con cláusulas de confidencialidad y honorarios profesionales se había evaporado. Todavía sentía la marca térmica de la mano de Nicolás en su espalda desnuda; una caricia involuntaria que había erizado su piel de una manera que ningún protocolo de actuación podía justificar. Él la había mirado no como al accesorio de alquiler que requería para salvar el cuello ante su jefe, sino como si ella fuera el único punto de luz en un salón lleno de sombras.

—Muy bonito el vestido, de verdad. Aunque un poco... desprotegido para el frío de la sierra, ¿no crees?

La voz, cargada de una dulzura artificial y perfectamente modulada, rompió el silencio de la galería.

Vera no se sobresaltó. Su cuerpo adoptó de inmediato la postura erguida y profesional que utilizaba en el hotel para recibir a los clientes más difíciles. Se giró despacio, deslizando el bolso de mano plateado sobre su antebrazo, y se encontró con Claudia.

La exmujer de Nicolás estaba de pie a pocos metros, recortada contra la luz mortecina de un aplique de bronce. Sostenía una copa de champán casi vacía entre sus dedos finos, decorados con una alianza de diamantes que seguía llevando en la mano derecha a pesar del divorcio. Su vestido color marfil, de un raso rígido que parecía una armadura de alta costura, brillaba con un matiz gélido.

—El frío se lleva bien cuando se tiene la conciencia tranquila, Claudia —respondió Vera, manteniendo el tono de voz en una neutralidad exquisita.

Claudia dio un paso adelante. Sus tacones de aguja repicaron sobre el mármol con el sonido seco de un metrónomo. Su mirada azul, rápida y afilada como un bisturí, recorrió a Vera de arriba abajo, deteniéndose en la caída del raso verde esmeralda y en la sencillez de sus pendientes de plata.

—Conciencia tranquila. Qué expresión tan... pintoresca —dijo Claudia, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Me pregunto si la conciencia se mantiene igual de tranquila cuando se entra en un lugar que no te pertenece utilizando una identidad que te queda grande.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, por favor. No me trates como si fuera Pilar —siseó Claudia, su tono perdiendo parte de la falsa cortesía inicial—. Tu historia de la biblioteca y el ensanche de Madrid es una fantasía barata que solo un hombre tan desesperado y socialmente torpe como Nicolás podría comprar. He estado observándote durante toda la cena, Vera. Tu forma de mover las manos, de mirar a los camareros... Tienes

esa cortesía sumisa, ese automatismo servil de la gente que está acostumbrada a estar detrás de un mostrador, no delante de él.

Vera sintió un leve pinchazo en el estómago, pero no permitió que se reflejara en su rostro. Se limitó a sostenerle la mirada, con una calma que pareció desconcertar a la otra mujer.

—¿Y qué hay de malo en estar detrás de un mostrador, Claudia? —preguntó Vera con voz suave—. Al fin y al cabo, es el lugar desde el que se ve con más claridad quién tiene educación de verdad y quién solo tiene un apellido que la sustituya.

Claudia soltó una carcajada seca, un sonido despectivo que murió en los cristales de la galería.

—No intentes ponerte digna conmigo, niñita. Esta tarde le pedí a mi asistente que hiciera un par de llamadas. El mundo de la medicina en Madrid es muy pequeño, pero el de los servicios de lujo lo es todavía más. No me costó mucho encontrar tu cara en la base de datos de empleados del Hotel Grand Claris de Madrid. Recepcionista de tarde. Una empleada de clase media-baja que vive de un sueldo que no le llega para pagar el alquiler de un piso de treinta metros cuadrados en Vallecas.

Claudia dio otro paso, invadiendo el espacio personal de Vera de forma deliberada. El olor de su perfume a base de nardos y almizcle resultó casi asfixiante.

—No tienes cuna, Vera —escupió con una rabia contenida, pronunciando cada sílaba con un desprecio absoluto—. No eres más que una intrusa que Nicolás ha contratado para no quedar como un fracasado delante de su madre y de Carlos Elizalde. Eres un adorno de alquiler. Una empleada doméstica a la que han vestido de gala para un fin de semana. ¿De verdad creías que podías mezclarte con nosotros sin que se te notaran las costuras?

Vera respiró hondo. El golpe había sido directo y brutal, diseñado para desmantelar cualquier atisbo de seguridad que pudiera quedarle. Durante un milisegundo, la humillación la tentó a bajar la

cabeza, a recordar la cuenta corriente en números rojos y las horas interminables de pie frente a la pantalla de la recepción.

Pero entonces, algo dentro de ella —esa dignidad férrea que su padre le había enseñado a mantener incluso en los peores momentos de la quiebra familiar— se encendió como un motor de combustión.

Dio un paso hacia Claudia, obligándola a retroceder un palmo por la pura fuerza de su presencia.

—Tienes razón en una cosa, Claudia —dijo Vera, y su voz no tembló lo más mínimo; sonó clara, firme y de una autoridad aplastante—. Trabajo en la recepción de un hotel. Y gracias a eso, sé exactamente lo que cuesta cada euro que entra en mi casa. Sé lo que es la disciplina, sé lo que es el esfuerzo y sé lo que es el respeto por el trabajo ajeno.

Vera hizo una pausa, recorriendo el vestido marfil de Claudia con una mirada de sutil lástima.

> —Tú hablas de la "cuna" como si fuera un mérito militar. Pero nacer en una familia con dinero es solo un accidente geográfico. No requiere talento, ni esfuerzo, ni inteligencia. Es una lotería que te tocó y de la que has hecho toda tu identidad porque, si te quitamos el apellido y la cuenta de tu padre, lo único que queda es una mujer vacía, asustada y consumida por los celos de ver que su exmarido por fin es feliz lejos de su sombra.

—¿Cómo te atreves...? —Claudia se puso lívida, sus nudillos blanqueando alrededor del tallo de la copa de champán.

—Me atrevo porque no te tengo miedo, Claudia —continuó Vera, con una media sonrisa implacable—. He atendido a reinas, a ministros y a empresarios internacionales, y he aprendido una regla universal: la gente que tiene clase de verdad nunca necesita humillar a los demás para demostrarlo. El hecho de que hayas tenido que investigar mi vida privada para intentar hacerme sentir pequeña solo demuestra lo insignificante que te sientes tú cada vez que me miras.

—¡Eres una desvergonzada! —siseó Claudia, perdiendo por completo la compostura, su voz subiendo de tono—. ¡Una muerta de hambre que se está aprovechando de la debilidad de Nicolás para escalar posiciones! Mañana mismo me encargaré de que todo el hospital sepa el tipo de... de basura con la que se acuesta el futuro jefe de cirugía.

—No hará falta que esperes a mañana, Claudia.

La voz de Nicolás llegó desde la entrada de la galería, fría y cortante como una ráfaga de viento del norte.

Ambas mujeres se giraron. Nicolás caminaba hacia ellas con un paso rápido y decidido. Su esmoquin impecable parecía acentuar la rigidez de sus hombros y la tensión acumulada en su mandíbula. Sus ojos oscuros, por lo general pacíficos, brillaban con una furia contenida que Vera nunca le había visto.

No se detuvo a una distancia de cortesía. Se colocó directamente al lado de Vera, y su primer movimiento fue buscar la mano de ella. Sus dedos se entrelazaron con los de Vera de forma firme, posesiva y pública, uniendo sus fuerzas ante la mirada atónita de su exmujer.

—Nicolás... —Claudia intentó recomponer su máscara de superioridad, aunque el temblor de sus labios delató su nerviosismo —. Qué bien que llegas. Estaba precisamente explicándole a tu... acompañante las realidades de nuestro mundo. Parece que tiene problemas para entender dónde están los límites.

—He oído cada palabra que has dicho, Claudia —respondió Nicolás. Su voz era baja, pero tenía una vibración tan gélida que pareció congelar el aire de la galería—. Y los únicos límites que se han cruzado aquí son los de la decencia y la dignidad. Lo que acabas de hacer es lo más bajo, ruin y miserable que te he visto hacer en la vida. Y créeme que el listón estaba alto.

—¡Te estás volviendo loco! —exclamó Claudia, la indignación compitiendo con el pánico al ver la mirada de desprecio absoluto de su exmarido—. ¡Es una recepcionista, Nicolás! ¡Te estás dejando poner en ridículo ante todo el congreso por una chica que cobra por

horas! ¿Es que no te importa tu carrera? ¿Qué crees que dirá Elizalde cuando se entere de que tu novia es una empleada de hotel de paso?

Nicolás dio un paso al frente, obligando a Claudia a retroceder de nuevo. La solidez de su postura física y la firmeza con la que sostenía la mano de Vera transmitían una determinación inquebrantable.

—Me importa una mierda lo que opine cualquiera que comparta tu escala de valores, Claudia —declaró Nicolás con una contundencia que hizo que a Vera se le acelerara el pulso—. Durante años permití que tú y tu familia me hicierais sentir que nunca era lo suficientemente bueno, que mi trabajo no valía nada si no iba acompañado de un estatus social que detesto. Me convertiste en un títere que se disculpaba por existir. Pero eso se ha terminado hoy.

Nicolás apretó los dedos de Vera con más fuerza, mirándola de reojo antes de volver a clavar sus ojos en su exmujer.

—Vera tiene más clase, más dignidad y más decencia en un solo dedo de lo que tú tendrás en toda tu vida de cenas de gala y apellidos heredados. Ella se gana la vida con su propio esfuerzo mientras estudia una carrera brillante. No necesita que nadie le regale nada. Y si para estar en tu "círculo" tengo que aceptar tu desprecio hacia la gente que trabaja de verdad, entonces prefiero quedarme fuera para siempre.

—Nicolás... no puedes estar hablando en serio —balbuceó Claudia, con los ojos abiertos por la sorpresa—. Estás destruyendo todos tus contactos... tu futuro en el hospital...

—Mi futuro en el hospital lo decidirá mi habilidad en el quirófano, no tu visto bueno —sentenció Nicolás con una calma letal—. Y ahora, hazme un favor y lárgate. No quiero volver a ver tu cara cerca de Vera, ni cerca de mí, en lo que queda de fin de semana. Ni en lo que queda de vida.

Claudia miró al grupo, buscando de forma desesperada alguna fisura en la postura de Nicolás. Pero solo encontró una pared de hormigón

armado. El hombre sumiso y silencioso con el que se había casado había desaparecido, sustituido por alguien que no tenía miedo a perder nada de lo que antes consideraba sagrado.

Con un gesto brusco, Claudia arrojó la copa de champán a una jardinera de piedra cercana, donde el cristal se rompió con un tintineo sordo, y se dio la vuelta. Sus tacones repicaron con furia por el mármol mientras se alejaba a toda prisa hacia el salón principal, desapareciendo tras las cortinas de terciopelo.

El silencio volvió a caer sobre la galería, pero esta vez era un silencio cargado de electricidad, del olor a ozono que queda después de que un rayo caiga sobre la tierra húmeda.

Nicolás soltó la mano de Vera despacio, aunque no se alejó de ella. Su respiración seguía siendo acelerada y sus ojos oscuros buscaban los de ella con una mezcla de adrenalina y temor a haber ido demasiado lejos.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro, con la voz todavía áspera por la discusión.

Vera lo miró, sintiendo que el corazón le golpeaba con tanta fuerza contra las costillas que casi le impedía respirar. La imagen de Nicolás plantándole cara a su pasado con semejante contundencia la había dejado completamente desarmada.

—Sí —consiguió decir, con una sonrisa trémula—. Estoy bien, doctor. Pero creo que acabas de dinamitar el último puente que te unía a tu antigua vida.

—Era un puente de madera podrida, Vera —respondió él, dando un paso más hacia ella, reduciendo la distancia entre sus cuerpos a apenas unos centímetros—. Ya era hora de prenderle fuego.

La luz de los apliques de la pared recortaba sus siluetas contra el ventanal de la galería, dos figuras inmóviles, unidas por una complicidad que acababa de dejar de ser un simulacro para convertirse en algo peligrosamente real. La tormenta de la noche anterior había sido solo el preludio; el verdadero estallido de la burbuja estaba a punto de ocurrir.

CAPÍTULO 16

El trayecto de regreso desde el Gran Salón Imperial hasta la suite fue una tortura silenciosa y de alto voltaje. No se tocaron en el ascensor acristalado, ni mientras recorrían los pasillos silenciosos de moqueta gruesa, pero la distancia que separaba sus hombros parecía cargada de una corriente eléctrica capaz de encender las bombillas de las paredes. Vera caminaba con la vista al frente, sosteniendo el bajo de su vestido verde esmeralda con una mano, pero su respiración, rápida y entrecortada, delataba que la fachada de frialdad profesional se había agrietado por completo.

En cuanto Nicolás deslizó la tarjeta magnética por la cerradura de la suite y el pestillo cedió con un chasquido metálico, el simulacro de las últimas setenta y dos horas saltó por los aires.

Vera entró primero, pero no llegó a dar tres pasos en la penumbra del recibidor. Nicolás cerró la puerta de roble macizo tras de sí con un golpe seco que resonó en el silencio de la estancia y, antes de que ella pudiera darse la vuelta, su mano derecha buscó la línea de su cintura para girarla, mientras la izquierda se apoyaba con fuerza contra la madera de la puerta, acorralándola.

—Vera —pronunció él. Su voz no era más que un susurro ronco, desprovisto de cualquier atisbo de la timidez del cirujano.

Ella levantó la vista, con los ojos marrones dilatados por la sorpresa y un deseo que ya no intentaba camuflar. No hubo preguntas, ni cláusulas de salvaguarda, ni espacio para el raciocinio.

El primer beso real fue un choque desesperado, un estallido de necesidad acumulada que barrió de golpe el contrato, las apariencias

y las dudas. Nicolás la besó con una urgencia que le subió desde el estómago, buscando su boca con una posesividad que le hizo perder el aliento. Vera respondió al instante, soltando el bolso plateado, que cayó al suelo con un tintineo sordo, para enredar sus dedos en el pelo de la nuca de él, tirando de su cabeza para estrechar aún más el contacto.

El gemido ahogado de Vera contra sus labios espoleó la urgencia de Nicolás. Sus manos, acostumbradas a la precisión quirúrgica, se volvieron impacientes y erráticas. Deslizó una de ellas por la curva profunda de la espalda descubierta de Vera, sintiendo la suavidad extrema de su piel desnuda, mientras la empujaba con firmeza contra la madera de la puerta. Ella arqueó el cuerpo de manera instintiva, buscando más contacto, y rodeó la cintura de Nicolás con una de sus piernas, acortando cualquier distancia física residual.

Al elevarse contra él, el raso fino del vestido verde esmeralda se tensó y se deslizó hacia arriba por sus muslos. Fue en ese roce directo, casi sin barreras, donde los cuerpos hablaron con una crudeza imposible de ignorar.

Vera jadeó al sentir la presión firme, dura y sin reservas de la anatomía de Nicolás contra su pelvis; él estaba completamente a tope, entregado al instinto y al deseo acumulado desde la noche de la tormenta. Al mismo tiempo, las manos de Nicolás bajaron por sus caderas, levantando el tejido de seda para sostenerla, y sus dedos rozaron la piel de su entrepierna a través de la lencería mínima. El tacto limpio, suave y perfectamente rasurado de ella bajo su palma encendió un fuego líquido que le nubló la vista por completo.

—Espera, espera... —consiguió susurrar Vera entre dientes, soltando una risita ahogada que se mezcló con su respiración acelerada cuando él empezó a besarle la mandíbula con desespero—. Como nos quedemos aquí pegados a la puerta, mañana voy a tener la marca del pomo grabada en la lumbar, doctor.

Nicolás soltó una carcajada ronca, el pecho vibrando contra el de ella, pero no la soltó. La bajó lo justo para que sus pies tocaran el

suelo, aunque mantuvo su cuerpo pegado al de ella mientras avanzaban a tropezones por el pasillo del recibidor hacia el salón.

Fue una procesión caótica y divertida. Nicolás se quitó la chaqueta del esmoquin a ciegas, arrojándola sin mirar hacia algún punto indefinido del salón, donde aterrizó sobre una lámpara de pie. Vera, mientras tanto, se descalzó los tacones nude de una patada limpia, soltando un suspiro de puro placer celestial al sentir la alfombra bajo sus pies.

—Mucho mejor —declaró, volviendo a colgarse del cuello de Nicolás.

Él no perdió el tiempo. Sus manos bajaron de nuevo por su espalda descubierta, tirando de ella hacia sí. Con un movimiento rápido de la cabeza, Nicolás buscó la línea de su cuello, justo el lugar que lo había estado obsesionando durante todo el baile. Dejó un rastro de besos húmedos que subieron por la clavícula y terminaron en un mordisco juguetón, firme pero suave, en el lateral del cuello.

—¡Ay! —protestó Vera con una risa contenida, dándole un azote flojo en el hombro—. ¡Oye! Que mañana tu madre me va a examinar con lupa. Como me dejes una marca, le voy a decir que ha sido un ataque de un cirujano vampiro.

—Que intente demostrarlo en un tribunal —murmuró él contra su piel, divertido, antes de volver a besar la zona mordida.

Como venganza, Vera le agarró de las solapas de la camisa diplomática. Con un tirón seco, los botones de plástico de la parte superior saltaron con pequeños chasquidos, rodando por la madera del suelo. Ella apartó la tela blanca, revelando el torso de Nicolás.

No era el cuerpo pulido de un modelo de gimnasio, pero tenía una masculinidad real y sólida que a Vera le pareció infinitamente mejor: hombros anchos de nadador, un pecho firme con un vello oscuro y disperso que bajaba en una línea fina hacia el abdomen, y una pequeña cicatriz antigua cerca de la costilla que delataba alguna caída de juventud. Vera pasó la punta de la lengua por su clavícula y luego, con una sonrisa traviesa que él sintió contra su piel, le

devolvió el mordisco justo en el centro del pecho, justo sobre el pectoral izquierdo.

Nicolás soltó un bufido de sorpresa, apretando los dientes mientras la sangre le hervía en las venas.

—Eso es juego sucio, Duarte —dijo, con los ojos brillando de una determinación peligrosa.

—Es justicia poética, Aguirre —replicó ella, guiñándole un ojo antes de salir corriendo de sus brazos, esquivando el sofá con una agilidad felina.

Nicolás la persiguió por el salón común, riendo de una manera que no recordaba haber hecho en años. La atrapó justo antes de que llegara a la puerta del dormitorio principal, pasándole los brazos por la cintura desde atrás y levantándola en el aire. Cayeron juntos sobre la cama, rebotando en el colchón mullido entre risas y jadeos.

En mitad del revuelo de sábanas, Nicolás se incorporó sobre las rodillas para terminar de deshacerse de la ropa. Se desabrochó el cinturón y dejó caer los pantalones del esmoquin al suelo.

Vera, que se había apoyado sobre los codos en el centro de la cama con el vestido verde todavía puesto pero subido por los muslos, se quedó mirándolo fijamente. El cirujano se había quedado únicamente en unos bóxer negros, de un algodón elástico y ajustado que esculpía su anatomía sin dejar absolutamente nada a la imaginación, evidenciando de manera muy clara la urgencia de su deseo.

Pero la mirada de Vera no se detuvo ahí. Bajó un poco más, hasta sus pies.

—No me lo puedo creer —dijo ella, estallando en una carcajada limpia que resonó en toda la habitación.

Nicolás miró hacia abajo, confundido. Todavía llevaba puestos los calcetines negros del esmoquin que, al llegar a los tobillos, revelaban una pequeña silueta bordada de un gatito naranja con ojos verdes. Los mismos calcetines de la mañana del viernes.

—¿Qué? —protestó él, poniéndose extrañamente rojo mientras intentaba encoger los dedos de los pies—. Son cómodos. Y tienen microfibra.

—Eres el hombre más sexy y más ridículo de este balneario, Nicolás Aguirre —rio Vera, arrastrándose por el colchón hacia él y tirando de los calcetines para quitárselos de un tirón—. Ven aquí de una vez.

Nicolás se lanzó sobre ella, atrapándole las manos contra las almohadas. El juego y las risas se desvanecieron de golpe, sustituidos por una seriedad magnética y un calor denso que pareció consumir todo el oxígeno del dormitorio. Sus ojos se clavaron en los de ella con una fijeza absoluta.

—¿Segura? —preguntó él en un susurro, queriendo asegurarse de que el contrato había quedado fuera de esa cama.

—Nunca he estado tan segura de nada, doctor —respondió ella, tirando de él hacia abajo.

Nicolás bajó la cabeza y volvió a besarla, esta vez con una lentitud deliberada, mientras sus manos buscaban el borde del vestido verde para deslizarlo por fin fuera de su cuerpo, entregándose por completo a la verdad de la noche.

El silencio que siguió a la tormenta física fue el más absoluto que Nicolás recordaba en años.

La habitación estaba sumida en esa penumbra azulada y templada de las tres de la madrugada, rota únicamente por el perfil dorado que la luz del pasillo proyectaba sobre la cama. Vera estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en el hueco del hombro de Nicolás y una de sus piernas enredada entre las de él bajo el edredón desordenado. Su respiración ya se había acompasado, un soplo rítmico y tibio que le acariciaba el pecho a Nicolás con cada exhalación.

Él tenía los ojos abiertos, mirando al techo con una tranquilidad casi irreal. Con la yema de los dedos de la mano derecha, acariciaba de manera inconsciente el brazo de Vera, subiendo y bajando por su

piel suave, que todavía conservaba el calor del torbellino de hacía un rato.

De pronto, ella se movió ligeramente. Sin levantar la cabeza de su pecho, Vera estiró un dedo y empezó a trazar la línea de la pequeña cicatriz que Nicolás tenía cerca de la costilla izquierda.

—¿Te la hiciste salvando a un paciente en mitad de un tiroteo, doctor? —susurró ella, con la voz rota por el cansancio y un deje de esa ironía que ya era su lenguaje común.

Nicolás soltó una risa ahogada, sintiendo la vibración en su propia caja torácica.

—Ojalá —admitió él en el mismo tono bajo—. Me caí de una bicicleta estática en el gimnasio de la facultad. Tenía veinte años, estaba intentando impresionar a una chica de tercero de Medicina ajustando la resistencia al máximo y el pedal se soltó. Me di contra el borde de una mancuerna.

Vera soltó una carcajada suave que se extinguió de inmediato contra la piel de su pectoral.

—Un héroe nacional. Definitivamente.

—¿Y tú? —preguntó Nicolás, girando un poco la cabeza para besarle la coronilla—. ¿De dónde sacas esa coraza de general de cinco estrellas? No te he visto dudar ni un solo segundo desde que nos subimos juntos a ese ascensor.

Vera guardó silencio durante unos instantes. Su dedo se detuvo sobre la cicatriz, presionando suavemente, como si buscara el latido de su corazón debajo de la piel.

—De mi padre —confesó ella, y por primera vez su tono no tenía rastro de burla, sino una madurez limpia y un punto nostálgica—. Cuando su empresa se fue a pique y mi madre se marchó, vi a mi padre romperse en mil pedazos. Era un hombre fuerte, de los que levantan muros con las manos, y de repente no podía levantarse de la cama. Entendí muy pronto que en esta vida, si no tienes una estructura sólida en la cabeza, cualquier ráfaga de viento te tira abajo. Así que decidí ser la que calcula los cimientos. Estudié

arquitectura para aprender a sostener las cosas. Las casas... y a mí misma.

Nicolás la rodeó con el brazo, apretándola un poco más contra su cuerpo. Sentir la fragilidad de Vera en mitad de esa confesión le dolió de una manera extrañamente dulce.

—A veces —murmuró él, mirando la línea de su perfil—, no pasa nada por dejar que el viento te despeine un poco, Vera. No tienes que sostener el mundo tú sola todo el tiempo.

Vera levantó la cara lentamente, apoyando la barbilla en su pecho para mirarlo a los ojos. En la semioscuridad, sus ojos marrones brillaban con una honestidad desarmante, desprovistos de la distancia del contrato, del dinero y del balneario.

—Es fácil decirlo cuando tienes un esmoquin de tres mil euros en el armario, Aguirre.

—Ese esmoquin me hace sentir mucho más ridículo que los calcetines de gatitos, te lo aseguro —replicó él, esbozando una sonrisa tierna—. Te prometo que, bajo toda esta fachada de cirujano jefe respetable, soy un tipo bastante aburrido que solo sabe operar corazones y que no tiene ni idea de cómo hablarle a una mujer sin parecer que le está leyendo un consentimiento informado.

—Bueno —Vera deslizó su mano hacia arriba, acariciándole la mandíbula con la punta de los dedos—, tus habilidades de comunicación no verbal han mejorado bastante en las últimas dos horas, doctor. Yo te pondría un notable alto.

Nicolás sonrió, pero su mirada se volvió profunda, casi dolorosa. Le apartó un mechón de pelo de la frente con una delicadeza extrema.

—No quiero que amanezca, Vera —dijo en un susurro que sonó a confesión prohibida.

Ella sostuvo su mirada durante unos segundos que parecieron eternos. El recordatorio implícito de que el amanecer traería consigo el último día del congreso, la vuelta a Madrid y el fin de la farsa flotó en el aire de la habitación, pero esta vez no dolió como una

amenaza, sino como una verdad inevitable que debían saborear antes de que se esfumara.

Vera se incorporó ligeramente y depositó un beso suave, lento y tibio en los labios de Nicolás. Un beso que no tenía prisa, ni urgencia, sino la tranquila certeza de un refugio compartido.

—Entonces no miremos la ventana —respondió ella, volviendo a acurrucarse contra su pecho—. Quedémonos aquí, a oscuras. Total... la luz del balneario sigue dando un asco tremendo.

Nicolás cerró los ojos, aspirando el olor a limpio de su pelo y sintiendo el calor de su cuerpo fusionado con el suyo. Se durmieron así, abrazados en mitad de la madrugada, ajenos al hecho de que, en apenas unas horas, el sol de la mañana siguiente iluminaría las sábanas desordenadas y les recordaría, con una frialdad implacable, las firmas del contrato que descansaban en la mesilla.

CAPÍTULO 17

La luz del domingo por la mañana entró en la habitación de manera muy distinta a la del día anterior. No era el resplandor agresivo y limpio que sucede a una tormenta, sino una claridad tamizada, perezosa, que se colaba entre las rendijas de las pesadas cortinas de lino, tiñendo el dormitorio de un tono ceniza y ámbar.

Vera se despertó de golpe, con el corazón latiéndole a un ritmo pausado pero constante, y una extraña calidez instalada en el pecho. Tardó unos segundos en recordar la geometría de la habitación, las molduras del techo, el olor a cera de abejas y madera del balneario. Entonces sintió el peso. El brazo de Nicolás cruzado sobre su cintura, con una firmeza protectora incluso en mitad del sueño, la devolvía a la realidad con la contundencia de un ancla.

Se giró milímetro a milímetro, conteniendo la respiración para no alterar el ritmo de su sueño.

Nicolás dormía de lado, con el rostro apoyado contra la almohada blanca y una expresión inusualmente relajada. Sin las gafas de montura fina, sin la tensión constante de los hombros bajo el esmoquin y con el pelo castaño revuelto sobre la frente, parecía desprovisto de todas las defensas que el doctor Aguirre utilizaba en su día a día. La arruga del entrecejo, esa que delataba sus guardias de treinta horas y su miedo cerval al fracaso en el quirófano, se había borrado por completo. Parecía más joven. Y, sobre todo, terriblemente vulnerable.

Vera recorrió con la mirada la silueta de sus hombros y se detuvo en la cicatriz de la costilla izquierda. Anoche, bajo la penumbra azulada,

la había delineado con la yema de los dedos mientras escuchaba la historia de la bicicleta estática, riendo bajito para que el eco no saliera de la suite. Una punzada de ternura, tan física y afilada que le cortó la respiración por un segundo, le oprimió la garganta.

«La he cagado», pensó, sintiendo un repentino vértigo en el estómago. *«La he cagado hasta el fondo»*.

La suite, que apenas unas horas antes había sido el escenario de confesiones susurradas, ropa tirada por la moqueta, risas limpias y una urgencia desprovista de máscaras, volvía a transformarse ante sus ojos en lo que verdaderamente era: un decorado. Una habitación de hotel de cinco estrellas pagada con una tarjeta de crédito de la que ella jamás podría costear el extracto. El lunes por la tarde, Nicolás volvería a sus cirugías reconstructivas de alta precisión y ella tendría que enfundarse el traje gris de poliéster de la recepción del hotel, sonreír a clientes que se quejarían del aire acondicionado y recordar que tenía una deuda que pagar en Vallecas.

Con un movimiento grácil y lento, como si estuviera desactivando un explosivo, Vera deslizó el brazo de Nicolás fuera de su cuerpo y se escabulló de la cama. El frío del suelo de madera la hizo estremecerse cuando apoyó los pies descalzos.

Buscó su ropa del viernes en el salón común. El vestido verde esmeralda yacía sobre una de las butacas de terciopelo, arrugado, con la cremallera invisible que el mejor cirujano cardiovascular del país había bajado con manos temblorosas. Vera lo dobló con cuidado, casi con respeto, y lo guardó en la maleta. Se vistió en silencio con sus vaqueros gastados y un jersey fino de lana beige. Mientras se subía la cremallera de los pantalones, sintió que volvía a encajarse la armadura.

Se sentó en el borde de la bañera de mármol del baño auxiliar y sacó el móvil del bolsillo. Necesitaba un anclaje a tierra, algo que le recordara quién era antes de que la farsa del balneario terminara de devorarla. Le escribió a Noa, la única persona que conocía la letra pequeña del contrato.

Vera (08:14): *Noa. Estoy despierta. Esto se ha ido de las manos.*

Noa (08:15): *¿Qué ha pasado? ¿Te ha descubierto la madre? ¿O la ex de plástico?*

Vera (08:17): *No. Ojalá fuera eso. Anoche pasó lo que no tenía que pasar. Y no hablo solo del sexo.*

Noa (08:18): *Ay, no... Vera. Me dijiste que tenías todo bajo control.*

Vera (08:20): *Lo tenía. Pero es que no es el estirado que pensábamos. Es... no sé cómo explicarlo. Me ha contado cosas, Noa. Cosas de verdad. Y yo a él. Le he hablado de mi padre.*

Noa (08:22): *¿Le has hablado de tu padre? Joder, Vera. Tú no le hablas de tu padre ni a los tíos con los que llevas saliendo seis meses.*

Vera (08:23): *Lo sé. Por eso te digo que la he cagado. Hoy volvemos a Madrid y tengo que cobrar ese dinero. Necesito el dinero, pero me siento como la mayor estafadora del planeta. Su madre me mira como si fuera la virgen que ha bajado del cielo a salvar a su hijo.*

Noa (08:25): *Escúchame bien: respira. Guarda el móvil, haz las maletas y recuerda que esto es un trabajo. Mil quinientos euros, Vera. Con eso pagas la deuda del taller y respiramos tres meses. En cuanto crucéis el cartel de entrada a Madrid, el doctor vuelve a su planta de cirugía y tú a tu recepción. No te metas en líos de ricos que no puedes pagar.*

Vera bloqueó la pantalla del teléfono con fuerza, sintiendo que las palabras de Noa le dejaban un sabor de boca metálico y amargo. Tenía razón. El dinero era real; la suite, el champán y los susurros de madrugada eran solo un alquiler de fin de semana.

Cuando regresó al dormitorio, Nicolás ya se había despertado. Estaba sentado en el borde de la cama, frotándose los ojos con los

puños, con los calcetines de gatito naranja todavía puestos y el edredón cubriéndole las piernas. Al verla vestida y con el bolso al hombro, la expresión de su rostro cambió de la somnolienta calidez a una cautela repentina.

—Te has vestido muy rápido —dijo él, con la voz todavía ronca por el sueño.

—Es tarde, Nico —respondió ella, forzando un tono ligero, casi profesional, que a ella misma le dolió en la garganta—. Tu madre querrá despedirse antes de que empiece el trasiego de la salida. No queremos que nos busque y nos encuentre... desordenados.

Nicolás la miró fijamente, buscando en sus ojos marrones algún rastro de la mujer que unas horas antes le había susurrado que no quería que amaneciera. Pero Vera había vuelto a levantar el muro. Su postura era erguida, sus hombros estaban perfectamente colocados y su sonrisa era la de la impecable empleada de hostelería que manejaba situaciones difíciles con diplomacia.

—Claro —murmuró Nicolás, levantándose despacio—. Tienes razón. Me visto en cinco minutos.

La despedida de Doña Pilar tuvo lugar en el gran porche acristalado del balneario, justo donde las maletas de todos los médicos e invitados se acumulaban en hileras perfectas a la espera de los maleteros. El ambiente era un hervidero de despedidas formales, tarjetas de visita intercambiadas a última hora y corrillos de cirujanos comentando el discurso de clausura del doctor Elizalde.

Pilar los esperaba en un rincón apartado del porche, resguardada de la corriente invernal. Llevaba un abrigo de cachemira color arena que caía con una distinción natural y sostenía una taza de café con una elegancia que parecía heredada de tres generaciones de la burguesía madrileña.

Al ver aparecer a Vera, el rostro de la anciana se iluminó con una alegría que no tenía nada de fingida.

—¡Vera, querida! Ven aquí —dijo Pilar, dejando la taza sobre una mesa baja y extendiendo los brazos para atraerla hacia sí. El aroma

a lavanda, polvos de talco y abrigo caro envolvió a Vera de inmediato mientras recibía dos besos firmes en las mejillas—. Estaba deseando pillarte antes de que os pusierais en carretera. Menudo fin de semana, ¿verdad? Todavía estoy saboreando la cara que se le quedó a Claudia anoche en la galería. Creo que tardará meses en volver a pisar un evento donde esté mi hijo.

Vera sintió un nudo físico en el estómago. La amabilidad de Pilar era como una lija sobre su conciencia.

—Fue... un encuentro tenso, Doña Pilar. Lamento si causamos algún revuelo innecesario o si parecí demasiado... tajante —respondió Vera, midiendo cada palabra para no flaquear.

—¿Tajante? ¡Por favor! Estuviste sublime —rio Pilar, dándole un golpecito cariñoso en el brazo—. Nicolás siempre ha sido demasiado prudente, demasiado dispuesto a dejarse pisar por el bien de la paz familiar. Verlo plantar cara por ti, con esa seguridad... —la mujer desvió la mirada hacia su hijo, que se acercaba a ellas tras liquidar la cuenta en la recepción con el ceño fruncido y expresión seria—. Me demostró que por fin tiene a su lado a alguien que vale la pena proteger. Alguien que lo hace fuerte, Vera. Que le devuelve la vida.

La culpa, que había estado latente en el estómago de Vera desde que redactó el mensaje para Noa, le dio un mordisco limpio y doloroso. La mirada de Doña Pilar no contenía ni una pizca de la sospecha de Claudia; era la mirada de una madre aliviada, de una mujer mayor que de verdad creía que su hijo había encontrado tierra firme tras años de naufragio emocional.

—Doña Pilar, yo... —empezó Vera, sintiendo un impulso casi físico, una oleada de honestidad suicida que la empujaba a confesar la verdad allí mismo. Quería decirle que era una actriz de mil quinientos euros, que su vida no era la arquitectura y que el lunes por la tarde volvería a ser nadie.

—No me digas nada, cielo —la interrumpió Pilar, confundiéndose con su propia emoción. Le cogió las manos a Vera entre las suyas, apretándolas con una calidez que quemaba—. Solo prométeme una cosa. Prométeme que cuidarás de él. Nicolás es un hombre

extraordinario, pero a veces se olvida de vivir fuera de las paredes del hospital. Se encierra en sí mismo y se apaga. Contigo... he visto una luz en sus ojos que no estaba ahí desde que era un niño. No dejes que esa luz se apague, ¿de acuerdo?

Vera miró las manos de la anciana. La piel surcada de arrugas finas, las uñas cuidadas y la honestidad brutal de sus palabras la hicieron sentirse como la peor impostora del mundo. Estaba cobrando una tarifa por simular un amor que aquella madre estaba dispuesta a bendecir gratis.

—Se lo prometo —susurró Vera, con una voz tan baja que casi se la llevó el murmullo de las conversaciones del porche.

Fue la única verdad que pudo ofrecerle en mitad de la gran mentira: que, bajo todas las capas de su armadura, de verdad le importaba Nicolás Aguirre.

Nicolás llegó hasta ellas cargando con el equipaje de ambos. Su mirada buscó de inmediato la de Vera, cargada de una timidez renovada tras la intensidad de la noche anterior. Había vuelto a ponerse la máscara de médico reservado y el abrigo de lana oscura, pero la forma en que sus dedos rozaron los de ella al entregarle el bolso de mano delató que el hombre de la madrugada seguía estando allí, justo bajo la superficie.

—El coche está en la puerta, madre —anunció Nicolás, dándole un beso en la mejilla—. ¿Segura de que no quieres que te llevemos a Madrid? Tardaremos apenas un par de horas.

—No, hijo, de ninguna manera. He quedado con Carlos Elizalde y su mujer para comer en Segovia y luego me bajarán ellos en su coche —respondió Pilar, guiñándole un ojo a Vera con picardía—. Además, un viaje de vuelta para vosotros dos solos es exactamente lo que necesitáis. Anda, id tirando antes de que empiece la retención de la tarde en la nacional.

Pilar se quedó de pie en la escalinata del balneario, despidiéndose con la mano mientras ellos se dirigían al aparcamiento exterior.

Vera caminaba un paso por delante, sintiendo el aire gélido de la sierra en las mejillas y el peso plúmbeo de la mentira hundiéndosele en el pecho a cada paso. Al mirar hacia atrás por última vez, vio la silueta distinguida de Doña Pilar recortada contra las majestuosas cristaleras del Gran Salón.

La burbuja de lujo, sábanas de hilo, risas de madrugada y cenas de gala se estaba desinflando por segundos, y la carretera de vuelta a la cruda realidad de Madrid ya los estaba esperando con el asfalto frío y los semáforos en rojo

CAPÍTULO 18

Atrás quedaba la silueta neoclásica del balneario, perdiéndose en el retrovisor como un decorado de teatro que se desmonta al terminar la función. La carretera de montaña, bordeada de pinos y peñascos de granito, empezó a serpentear cuesta abajo hacia la meseta, abriéndose paso bajo un cielo de un azul plano y desvaído que anunciaba la cercanía de Madrid.

Al principio, el único sonido en el coche de Nicolás era el zumbido rítmico de los neumáticos contra el asfalto y el silbido del viento contra los espejos retrovisores. Él mantenía las dos manos firmes sobre el volante, con la vista clavada en la carretera y una tensión en los hombros que delataba que la burbuja de la noche anterior se estaba desvaneciendo para dar paso a la timidez de siempre.

Vera miraba por la ventanilla del copiloto, contemplando cómo el paisaje forestal se iba aplanando poco a poco. Llevaba las piernas encogidas contra el asiento, las manos metidas en los bolsillos del jersey de punto y la mente suspendida en un limbo extraño.

—Estás muy callada —dijo Nicolás, rompiendo el hielo con una voz que sonó más baja de lo habitual por la acústica del habitáculo.

—Es el síndrome de descompresión —respondió Vera, sin apartar la vista del paisaje—. Pasar de fingir que soy una aristócrata de la arquitectura a volver a pensar en si tengo suficiente leche en la nevera para mañana requiere un proceso de adaptación.

Nicolás soltó una leve risa, pero el tono no tenía la ligereza de los días anteriores.

—A mi madre le has parecido de todo menos una impostora. Se ha despedido de mí diciéndome que si te dejo escapar, me deshereda. Y no estaba bromeando.

Vera suspiró, girando la cabeza para mirarlo. El perfil de Nicolás, recortado contra la luz de la tarde, era anguloso, serio y extrañamente reconfortante.

—Nico... lo de tu madre me duele. De verdad. Me miraba con tanta limpieza, con tanta esperanza... Sentir que le estaba cobrando a su hijo mil quinientos euros por hacerla feliz durante tres días me ha hecho sentir como un monstruo.

—La decisión de contratarte fue mía, Vera. No tienes la culpa de nada. —Nicolás desvió la mirada de la carretera un segundo para buscar la de ella—. Además, la forma en que me defendiste de Claudia... la forma en que me mirabas anoche... Eso no venía en el contrato. No puedes fingir algo así de bien.

Vera se removió en el asiento, sintiendo que la temperatura del coche subía de golpe.

—No lo fingí —admitió en un susurro, mirando sus propios dedos—. Ese es el problema. Que en algún punto de este fin de semana, entre la tormenta y el vestido verde, se me olvidó dónde terminaban las cláusulas de Julián y dónde empezaba yo.

A mitad de camino, justo antes de que la carretera de montaña muriera en el nudo de la autovía, Nicolás puso el intermitente a la derecha y desvió el coche hacia un área de servicio solitaria. No era más que una gasolinera de aspecto ochentero, un asfalto agrietado por las heladas y una cafetería con un gran luminoso de carretera que prometía bocadillos de panceta y café de máquina.

—¿Te apetece estirar las piernas? —preguntó él, deteniendo el motor.

—Mucho. Si sigo metida ahí dentro cinco minutos más, voy a empezar a autopsiar mis propios pensamientos.

Al bajar del coche, el viento frío y seco de la meseta las golpeó con fuerza. La sensación de contraste fue inmediata: no había alfombras

mullidas, ni música de cámara, ni camareros de librea ofreciendo copas de champán de tres dígitos. Aquí olía a gasoil, a humo de camiones y a asfalto recalentado por un sol de invierno que no terminaba de calentar.

Caminaron juntos hacia la cafetería de la estación de servicio. Era un local ruidoso, con azulejos de imitación de madera, una máquina de tabaco ruidosa en una esquina y un par de camioneros hablando a voces junto a la barra. Un camarero con prisa y un delantal con manchas de café los saludó con un desganado «¿Qué les pongo?».

—Dos cafés con leche, por favor. Y un par de porras si están tiernas —pidió Vera.

Nicolás la miró de reojo, divertido por la facilidad con la que ella se mimetizaba con el entorno. Mientras esperaban, se apoyaron en la barra metálica. Fue entonces cuando Vera se dio cuenta: era la primera vez en tres días que estaban juntos en público y nadie los miraba. No había miradas de reojo de Claudia, ni la evaluación silenciosa del patronato del hospital, ni el escrutinio cariñoso de Doña Pilar. Eran, simplemente, un hombre y una mujer de vuelta a Madrid en una cafetería de carretera.

Nicolás metió las manos en los bolsillos de su abrigo de lana. Parecía extrañamente relajado bajo la luz de los fluorescentes del local.

—¿Sabes? —dijo él, bajando la voz mientras el camarero hacía ruido con la cafetera de brazo—. Creo que este es el mejor momento de todo el fin de semana.

Vera sonrió, apoyando los codos en la barra.

—¿Prefieres una barra grasienta de la Nacional VI a una suite con jacuzzi y vistas a la sierra, doctor? Qué barato te estás volviendo.

—Prefiero no tener que vigilar mi postura. Prefiero que nadie espere que salve vidas o que sea el yerno perfecto en las próximas dos horas. —Él se giró hacia ella, mirándola con una fijeza que le hizo perder el ritmo de la respiración—. Y prefiero estar aquí contigo sabiendo que no tengo que interpretar ningún papel.

A Vera se le cerró el estómago. El camarero dejó los dos vasos de caña con café humeante y un plato con las porras sobre la barra. Ella cogió el azucarero de metal y empezó a agitarlo mecánicamente para ganar tiempo.

—Es peligroso, Nico —susurró, sin mirarlo—. En cuanto crucemos el cartel de Madrid, volveremos a nuestras vidas. La barra grasienta se acaba. El contrato se acaba.

—Lo sé —respondió él, dando un sorbo a su café—. Pero todavía quedan ochenta kilómetros. Déjame disfrutar de la tregua.

De vuelta al coche, el ambiente se había vuelto más liviano, como si la parada en aquella tierra de nadie hubiera rebajado la presión de la farsa. Vera estiró el brazo y tocó la pantalla táctil de la consola central.

—¿Se puede poner música? Esto está demasiado silencioso y me da la sensación de que estamos yendo a un funeral en lugar de volver a Madrid.

—Claro. Conecta tu móvil —dijo Nicolás—. Pero te advierto que mis listas de reproducción son bastante... predecibles. Mucha música clásica para los trayectos después de las guardias y algo de jazz que me regaló mi padre.

—De eso nada. Hoy elijo yo —decidió Vera, conectando el bluetooth.

Durante la siguiente hora, el coche se llenó de un pop-indie nacional con guitarras acústicas, algo de soul antiguo y canciones con letras melancólicas que hablaban de trenes que se pierden y de veranos que terminan antes de tiempo. Nicolás escuchaba con atención, asintiendo al ritmo de la música y descubriendo una faceta de Vera que no se reflejaba en su papel de acompañante perfecta: una sensibilidad un tanto nostálgica, un gusto por las cosas sencillas y una extraña querencia por las canciones que contaban historias tristes de gente corriente.

—Esta me gusta —dijo Nicolás cuando empezó a sonar una balada acústica de voz rota y piano suave—. Tiene un ritmo muy limpio. Como el latido de un corazón sano.

Vera resopló, divertida.

—Solo un cirujano cardiovascular compararía una canción de amor con un electrocardiograma normal, Aguirre. Eres incorregible.

—Es deformación profesional —se defendió él, sonriendo de verdad por primera vez en el viaje—. Cuando te pasas el día escuchando el ritmo de la vida de la gente a través de un fonendoscopio, terminas buscando esa misma armonía en todo lo demás.

A medida que los carteles de la autopista empezaban a anunciar las salidas hacia el área metropolitana de Madrid y los edificios de la periferia aparecían en el horizonte, la conversación se volvió más íntima, despojada del ruido de la música, que Vera había bajado a un hilo casi imperceptible.

—¿Por qué arquitectura, Vera? —preguntó Nicolás, mirando el tráfico que empezaba a densificarse—. Es una carrera dura. Y compaginarla con un trabajo a turnos en un hotel de cinco estrellas debe de ser un infierno.

Vera apoyó la mejilla en la mano, mirando el asfalto.

—A mi padre le gustaba construir cosas —explicó, con una voz desprovista de amargura pero cargada de memoria—. Tenía una pequeña empresa de reformas familiares en el barrio. No ganaba mucho, pero cuando íbamos por la calle me señalaba los edificios y me explicaba por qué se sostenían, cómo la luz entra por las ventanas y cómo un buen diseño puede hacer que una familia que vive en cincuenta metros cuadrados sea un poco más feliz. Cuando la empresa quebró durante la crisis y lo perdimos casi todo, ver su desesperación me hizo prometer que yo terminaría lo que él empezó. Quiero diseñar espacios donde la gente no se sienta atrapada. Espacios que duren.

Nicolás la escuchó en silencio, asimilando la fuerza de sus palabras. La imagen de la Vera risueña y pícara que se reía de sus calcetines de gatitos se completaba ahora con la de una mujer de una resiliencia asombrosa, alguien que cargaba con las ruinas de su familia sobre los hombros sin quejarse.

—¿Y tú, Nico? —preguntó ella, girándose hacia él—. ¿Por qué el quirófano? ¿Por qué esa obsesión por el control?

Nicolás apretó un poco más el volante. La pregunta dolió, pero de una forma extrañamente liberadora.

—Cuando tenía doce años, mi padre murió de un infarto masivo en el salón de casa —confesó, con una voz plana, desprovista de dramatismo pero de una honestidad desgarradora—. Yo estaba allí. Lo vi caer y no supe qué hacer. Me quedé paralizado, mirando cómo se le escapaba la vida sin poder mover un solo dedo. Mi madre gritaba, la ambulancia tardó media hora... Ese día comprendí que el cuerpo humano es una máquina traicionera y que la ignorancia te vuelve impotente. Decidí que nunca más volvería a quedarme quieto mientras alguien se moría delante de mí. Quise tener el control absoluto sobre la frontera entre la vida y la muerte.

Vera lo miró, sintiendo que una ola de ternura la inundaba. El cirujano infalible, el hombre serio que dirigía un equipo de trasplantes, no era más que un niño de doce años que todavía intentaba salvar a su padre en cada operación.

—Pero el control es una ilusión, doctor —dijo Vera con suavidad, estirando la mano para apoyarla en el antebrazo de él. Su tacto fue cálido, un ancla en mitad de la autopista—. Hay cosas que no se pueden reparar con un bisturí. Por mucho que te empeñes.

Nicolás miró de reojo la mano de Vera sobre su brazo. Sentir su contacto en ese espacio cerrado, donde ya no había congreso, ni Claudia, ni apariencias que mantener, fue el momento más real de todo el fin de semana.

—Lo sé —susurró él—. Lo estoy empezando a entender ahora.

El coche entró finalmente en el nudo de autopistas que daba acceso al centro de Madrid. Las cuatro torres de la Castellana se recortaban en el horizonte como gigantes de cristal, dándoles la bienvenida de vuelta a la realidad. El viaje de tres horas había terminado, pero la intimidad que se había forjado entre los dos en ese espacio cerrado ya no se podía deshacer con el freno de mano.

CAPÍTULO 19

El coche de Nicolás se adentró en las calles de Madrid justo cuando la luz del atardecer teñía de un tono plomizo y anaranjado el asfalto de la ciudad. El contraste fue casi violento. En apenas tres horas, el aire limpio de la sierra, el olor a pino húmedo y el silencio señorial del balneario habían sido sustituidos por el rugido constante del tráfico, el olor a tubos de escape y la prisa nerviosa de los peatones que abarrotaban las aceras del domingo por la tarde.

Nicolás condujo hacia el sur de la capital. A medida que el GPS los alejaba de la almendra central y de las zonas residenciales de calles arboladas, los edificios de ladrillo visto, fachadas descoloridas y balcones abarrotados de aparatos de aire acondicionado empezaron a multiplicarse. Era el Madrid real, el de los barrios obreros donde el espacio se pagaba caro y el silencio era un lujo inexistente.

—Es aquí —dijo Vera, señalando una esquina estrecha donde un contenedor de obra y un coche mal aparcado reducían el espacio de la calzada a la mínima expresión.

Nicolás maniobró con cuidado, deteniendo el vehículo junto a un portal antiguo de madera desgastada, flanqueado por una frutería de barrio ya cerrada y un local de apuestas con luces de neón parpadeantes. El motor del coche quedó al ralentí, un ronroneo sordo que parecía protestar por la estrechez de la calle.

Vera miró a través de la ventanilla su propio portal. La pintura descascarillada, el telefonillo lleno de pegatinas de cerrajeros urgentes y la luz mortecina del descansillo le devolvieron de golpe su verdadera identidad. La burbuja de seda azul noche, alfombras

persas y copas de champán de tres cifras se había desinflado por completo.

Había vuelto a casa.

Nicolás apagó el motor. El silencio repentino que inundó el habitáculo resultó más ruidoso que el propio tráfico. Él se giró en el asiento, observando el portal y luego a Vera. Había una sombra de preocupación en sus ojos oscuros, una incomodidad evidente ante la brecha social que ahora se abría físicamente entre los dos.

—¿Es aquí donde vives? —preguntó con suavidad, sin juzgar, pero con la inevitable distancia del que nunca ha tenido que preocuparse por el estado de las cañerías de su edificio.

—Tercero izquierda, sin ascensor —respondió Vera, intentando sonar ligera, aunque la ironía le salió algo desinflada—. Ideal para mantener las piernas tonificadas. Además, tiene unas vistas maravillosas a un patio interior donde mi vecina del cuarto tiende sábanas de flores que huelen a suavizante de marca blanca. No tiene nada que envidiarle a la suite del balneario, de verdad.

Nicolás no se rio. Se limitó a mirarla, dándose cuenta con una dolorosa claridad de que el fin de semana de ensueño había sido solo un paréntesis artificial en la vida de ambos. Él volvería a su ático luminoso de la zona norte; ella, a la realidad de las entregas de proyectos a contrarreloj y los turnos de pie en el hotel.

—Vera... —empezó él, estirando la mano sobre la palanca de cambios, buscando el contacto de sus dedos.

—No, Nico —lo interrumpió ella con suavidad, retirando la mano antes de que el roce volviera a complicar las cosas—. No lo hagas más difícil. El viaje ha terminado.

Se bajó del coche antes de que él pudiera reaccionar. Nicolás se apresuró a salir también para rodear el coche y abrir el maletero. Sacó la pequeña maleta de Vera, cuyo desgaste contrastaba fuertemente con el juego de equipaje de piel que él llevaba en el suyo.

Se quedaron de pie en la acera estrecha, esquivando a un vecino que pasaba con una bolsa de la compra. Entre ellos flotaba el recuerdo de la noche anterior en la suite, de la ropa tirada por el salón y del calor de sus cuerpos contra la cama. Pero la luz de la farola que acababa de encenderse sobre sus cabezas, parpadeando con un zumbido eléctrico, disipaba cualquier rastro de romanticismo.

—Gracias por traerme —dijo Vera, cogiendo el asa de su maleta—. Y gracias por... bueno, por lo de Claudia. Nadie se había peleado por mí de esa manera.

—No lo hice por el contrato, Vera. Espero que lo sepas —respondió Nicolás, dando un paso adelante, acortando la distancia física a pesar de estar en plena calle.

—Lo sé —susurró ella, mirándolo a los ojos por última vez—. Pero el contrato sigue existiendo. Mañana iré a ver a Julián para cerrar los flecos. Cuídate, doctor.

Se dio la vuelta y empujó la pesada puerta de madera del portal, que se cerró tras ella con un golpe seco y metálico que resonó en toda la calle.

Subir los tres pisos de escaleras empinadas y gastadas se le hizo a Vera más cuesta arriba que nunca. Cada peldaño de piedra crujía bajo sus pies, devolviéndole el eco de su propia soledad.

Cuando abrió la puerta de su piso de treinta y cinco metros cuadrados, el olor a cerrado y a pintura seca la recibió como una bofetada. El apartamento consistía en un salón mínimo con una cocina americana y una puerta que daba a un dormitorio donde apenas cabía la cama. En una esquina de la mesa de contrachapado de la cocina se acumulaban los planos a medio trazar de su proyecto de fin de carrera, cubiertos por una fina capa de polvo, y un par de facturas de la luz que vencían esa misma semana.

Dejó la maleta en el suelo y se sentó en el sofá de Ikea, un mueble de tela gris algo vencido que no se parecía en nada al sofá de piqué de la suite 412.

Se llevó las manos a la cara y suspiró. El silencio de la casa era ensordecedor. Ya no había un salón común que compartir, ni ruidos de ducha al fondo del pasillo, ni la posibilidad de que Nicolás apareciera por la puerta con dos tazas de café y esa sonrisa tímida que la desarmaba. Solo estaba ella.

De repente, la pantalla de su móvil comenzó a iluminarse sobre la mesa. El nombre en la pantalla disipó al instante cualquier ensoñación: **«Papá»**.

Vera contempló el teléfono durante tres tonos de llamada, tragando saliva para aclararse la garganta antes de deslizar el dedo por la pantalla para descolgar.

—¿Papá? Hola —intentó sonar enérgica, con ese tono alegre que siempre ensayaba para él.

—¡Vera, mi niña! —la voz de Tomás al otro lado de la línea sonó áspera, cansada, acompañada por ese murmullo de fondo característico de la televisión encendida en un canal de noticias—. ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido ese viaje de estudios de arquitectura del que me hablaste? ¿Has visto muchas catedrales?

A Vera se le encogió el corazón. La mentira que le había contado a su padre para justificar su ausencia de tres días durante el fin de semana se le antojó miserable en ese momento.

—Sí, papá. Hemos visto... un montón de cosas interesantes. Estructuras de sillería, balnearios antiguos... Muy de diseño todo. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo va la espalda? ¿Te has tomado las pastillas?

—Bueno, ahí voy, tirando —Tomás soltó una tos seca—. El médico de cabecera dice que es desgaste, que haber cargado sacos de cemento durante treinta años pasa factura tarde o temprano. Pero no te preocupes por mí. Llámame tonto, pero hoy he estado ordenando el trastero y he encontrado unos planos viejos de la reforma que le hicimos a la mercería de la esquina en el noventa y ocho. Me he acordado de cuando te llevaba conmigo y te sentabas en un cubo de pintura a dibujar con mis lápices gruesos...

Vera apretó el auricular contra su oreja, sintiendo que los ojos se le humedecían. La imagen de aquel Tomás fuerte, el constructor orgulloso del barrio, contrastaba dolorosamente con el hombre de sesenta y tantos años que ahora dependía de la pensión mínima y de la ayuda mensual que ella arañaba de sus horas extra en el hotel.

—Me acuerdo perfectamente, papá —dijo ella, con un hilo de voz—. Me dabas los metros de carpintero amarillos que se doblaban.

—Eras una artista ya entonces —Tomás hizo una pausa, y su tono se volvió más vacilante, perdiendo la falsa jovialidad—. Escúchame, Vera... Te llamaba también por... bueno, por lo del seguro del taller de reformas que quedó pendiente tras la liquidación. Me ha llegado otra carta de la gestoría. Dicen que si no abonamos el último tercio de la deuda de la mutua antes del viernes, podrían embargarme la furgoneta. Y ya sabes que es lo único que me queda de la empresa. Si la vendo, me siento como si... como si borrara todo lo que hice.

La realidad cayó sobre los hombros de Vera con la fuerza de un derrumbe de hormigón. Los mil quinientos euros que Julián le entregaría mañana no eran un capricho. Eran, exactamente, la cantidad que salvaría la furgoneta de su padre, el último vestigio de la dignidad de su familia.

La farsa del balneario, el vestido verde, el sexo de madrugada con Nicolás... todo cobraba su verdadero y crudo sentido práctico. Había vendido un fin de semana de su vida para comprarle tranquilidad a su padre.

—No te preocupes por eso, papá —dijo Vera, tragándose las lágrimas y forzando una firmeza de hierro en la voz—. Mañana mismo se soluciona. He conseguido un extra en el hotel por unos eventos especiales de este fin de semana. Me lo pagan mañana por la mañana.

—¿De verdad, hija? Pero no quiero que te quites de tus cosas por mi culpa... Bastante haces ya pagándote la carrera tú sola.

—Que no, papá. Que para eso soy la que calcula los cimientos, ¿te acuerdas? —consiguió bromear, aunque una lágrima le resbaló por la

mejilla—. La furgoneta se queda donde está. Mañana hago la transferencia en cuanto salga del trabajo. Te lo prometo.

—Gracias, mi vida. No sé qué haría sin ti. Descansa, que debes de estar agotada del viaje. Te quiero.

—Y yo a ti, papá. Hablamos mañana.

Vera colgó y dejó caer el teléfono sobre el sofá de Ikea. Se abrazó las rodillas, apoyando la frente en ellas en mitad de la penumbra del salón. La llamada de su padre le había devuelto la perspectiva, pero el precio emocional era devastador. Sabía que había hecho lo correcto por su familia, pero la punzada de haber utilizado a Nicolás —y de haber empezado a sentir algo real por él en mitad de la estafa— se le clavaba en el pecho como un cristal afilado.

Al otro lado de la ciudad, Nicolás aparcaba su coche en el garaje subterráneo de su edificio en la zona norte. Subió en el ascensor silencioso, cuyas paredes metálicas y pulidas le devolvieron su propia imagen reflejada: un hombre con un abrigo caro, las manos en los bolsillos y una profunda expresión de cansancio que no tenía nada que ver con el esfuerzo físico.

Entró en su ático de diseño. Era un espacio diáfano, de líneas minimalistas, suelos de madera clara de arce y inmensas cristaleras que ofrecían una panorámica perfecta de las cuatro torres de la Castellana, recortadas contra el cielo nocturno de Madrid. El piso estaba impecable, limpio y perfectamente ordenado, tal y como lo había dejado el viernes por la mañana.

Pero al cruzar el umbral, Nicolás sintió una opresión en el pecho que nunca antes había experimentado en su propia casa.

El orden le pareció de repente estéril, la decoración fría y el silencio insoportable. Dejó las llaves sobre la consola de la entrada; el tintineo del metal pareció rebotar en las paredes desnudas con un eco ridículamente largo.

Se quitó el abrigo y caminó hacia el salón. Se sentó en su sillón de piel y miró al frente, hacia la cocina americana vacía. Sus manos extrañaban la suavidad de la espalda de Vera, su risa limpia en la

cafetería de carretera y la forma en que ella era capaz de llenar cualquier espacio, por muy inmenso o frío que fuera, con su sola presencia.

Recordó sus palabras en el coche: *«El control es una ilusión, doctor. Hay cosas que no se pueden reparar con un bisturí»*.

Por primera vez en muchos años, a Nicolás Aguirre su propia vida de éxito, prestigio y quirófanos impecables le pareció un escenario completamente vacío. Y la ausencia de la chica de Vallecas dolió con la precisión quirúrgica de una herida limpia.

CAPÍTULO 20

El despacho de Julián se encontraba en la tercera planta de un edificio de corte clásico en pleno barrio de Almagro, un reducto señorial de portales de carruajes, molduras de yeso y despachos profesionales donde el silencio se cotizaba a precio de oro.

Subiendo en el ascensor de cabina de madera de roble y reja de hierro forjado, Vera se contempló en el espejo desgastado por los años. Llevaba su ropa de diario, la que utilizaba para ir a la biblioteca de la escuela de arquitectura o para los turnos de tarde del hotel: unos vaqueros oscuros, unas zapatillas desgastadas y una gabardina barata que había comprado en las rebajas del invierno anterior. Se había recogido el pelo en una coleta rápida y apenas llevaba maquillaje. El contraste con la mujer de la suite del balneario, la que vestía de azul noche y arrastraba miradas en los salones imperiales, era descorazonador.

La burbuja no se había desinflado; había reventado por completo el domingo por la tarde al cruzar el portal de su edificio en Vallecas.

Al salir del ascensor, el olor a cera para parqué, papel timbrado y cuero viejo la recibió como una bofetada de realidad. La secretaria de Julián, una mujer de mediana edad con un peinado impecable y unas gafas de montura de carey, la reconoció de inmediato con una inclinación de cabeza estrictamente profesional.

—Señorita Duarte. Pase, por favor. El señor de la Cruz la está esperando en su despacho.

A Vera se le secó la boca de golpe. Sintió un frío repentino en la boca del estómago. Apretó el bolso contra su costado y cruzó el

pasillo de madera crujiente.

Julián Ossorio estaba de pie junto al gran ventanal de su despacho, con una taza de café en la mano y revisando unos documentos en su tableta. Al escuchar los pasos de Vera, levantó la vista y su habitual expresión de tiburón de los tribunales se suavizó con un matiz de sincera calidez. Vestía un traje de tres piezas gris marengo que delataba su posición, pero no llevaba la chaqueta puesta y se había aflojado un poco el nudo de la corbata.

—Vera. Pasa, por favor. Siéntate —dijo, señalando una de las imponentes sillas de cuero capitoné que flanqueaban su mesa de caoba.

Vera entró despacio. Sus ojos recorrieron el despacho de manera instintiva, buscando una silueta que no estaba allí. La gran silla vacía del rincón, el perchero de pie donde Nicolás solía colgar su abrigo... todo estaba desierto. No había rastro del cirujano.

La decepción fue un golpe seco, físico, en mitad del pecho. Aunque sabía que el trato era un acuerdo puramente legal gestionado por intermediario, una parte estúpida e irracional de su cerebro había albergado la secreta esperanza de encontrarlo sentado allí, con su habitual torpeza social, esperándola para decirle algo sobre la noche del sábado. Para decirle que lo de la suite no había sido parte de la transacción.

Julián notó la trayectoria de su mirada y suspiró levemente antes de rodear la mesa para sentarse frente a ella.

—Nicolás no va a venir, Vera —dijo con suavidad, con un tono de voz exento de su habitual sarcasmo de abogado—. Le ha surgido una urgencia en el hospital de La Paz a primera hora. Un bypass coronario de un paciente de setenta años que se ha complicado en el preoperatorio. Ha entrado a quirófano a las siete de la mañana y es muy probable que no salga hasta bien entrada la tarde.

—Entiendo —respondió Vera, forzando una voz firme que no delatara el vacío que acababa de abrirse en su interior—. Es normal. Su trabajo es lo primero.

—Sí, su trabajo siempre es lo primero —coincidió Julián, observándola con atención—. Aunque esta mañana me ha llamado tres veces antes de entrar a lavarse las manos para asegurarse de que estuvieras bien, de que no te faltara nada y de que todo el trámite de hoy fuera lo más rápido e indoloro posible para ti.

Vera asintió, sintiendo que el nudo de la garganta se apretaba un poco más.

Julián abrió un cajón de su mesa de caoba y extrajo una carpeta de cartulina azul. De su interior sacó un documento de liquidación de servicios y un cheque rectangular, de un papel grueso y timbrado que brillaba bajo la luz halógena del flexo.

—Bien. Hagamos esto de manera ordenada —dijo Julián, recuperando por un momento su tono profesional—. tal y como estipulaba el contrato que firmamos el pasado jueves, Nicolás realizó un pago inicial de setecientos cincuenta euros en concepto de provisión de fondos y depósito de garantía. El fin de semana se ha completado según lo previsto, sin incidencias contractuales y habiendo cumplido con todos los objetivos del acuerdo de manera sobresaliente, según los informes que... bueno, según lo que me ha transmitido mi cliente.

La palabra «cliente» resonó en los oídos de Vera como un chirrido de metal.

—Aquí tienes el documento de finalización de servicios profesionales —continuó Julián, deslizándolo sobre la madera junto a un bolígrafo de plata—. Al firmarlo, declaras que no tienes ninguna reclamación posterior que hacer a Nicolás Aguirre y que el acuerdo de confidencialidad mutuo pasa a ser de carácter permanente y vitalicio. Y aquí tienes el cheque por los setecientos cincuenta euros restantes. El saldo neto de la operación.

Vera miró el papel. Los números escritos con tinta negra, la firma de Nicolás con su caligrafía angulosa y rápida, la de un médico que siempre tiene prisa.

$750,00$ euros.

El valor exacto de su dignidad del fin de semana. El precio de haberse dejado acariciar la espalda desnuda bajo las luces del espejo, de haber reído con sus calcetines de gatitos, de haber plantado cara a una mujer que la consideraba basura y de haber entregado su cuerpo y su alma sobre la colcha de una cama que no era la suya.

Sintió una náusea repentina. La humillación de ser, de verdad, una empleada contratada para un servicio específico la golpeó con la fuerza de un huracán. En la alfombra de la suite, bajo el calor de la piel de Nicolás, se había sentido una igual, una mujer deseada y valorada por lo que era. Pero este cheque, este despacho de Almagro y este contrato de confidencialidad la devolvían a su sitio con una frialdad matemática.

Era una transacción. Nada más.

Apoyó los dedos temblorosos en el bolígrafo de plata, firmó el documento en la línea de puntos y guardó el cheque dentro de su bolso de mano con un gesto mecánico, sintiendo que el papel le quemaba a través del cuero sintético.

—Ya está —susurró, levantándose de la silla—. Gracias por todo, Julián. Dile a... dile al doctor Aguirre que ha sido un placer hacer negocios con él.

—Vera, siéntate. Por favor.

La voz de Julián ya no tenía nada de protocolo legal. El abogado se había levantado también, pero no para acompañarla a la puerta, sino para interponerse suavemente en su camino. Su mirada era de una honestidad preocupada, la de un hombre que conocía a Nicolás desde los tiempos de la facultad y que sabía leer entre líneas mucho mejor que cualquier cirujano.

Vera se detuvo, con la mano aferrada a la correa de su bolso.

—Tengo que irme, Julián. Entro al turno del hotel en dos horas y todavía tengo que pasar por casa a cambiarme de ropa y ponerme el uniforme.

—El turno del hotel puede esperar quince minutos —insistió él, señalando de nuevo la silla de cuero—. Por favor. Como amigo de Nicolás, no como su abogado. Necesito hablar contigo.

Vera vaciló, pero la fatiga emocional y el peso de la soledad acumulada desde el domingo la vencieron. Se dejó caer de nuevo en el asiento, apoyando los codos en las rodillas y escondiendo el rostro entre las manos por un breve segundo antes de volver a mirar al abogado.

—¿De qué quieres hablar, Julián? Creo que las cláusulas han quedado bastante claras. He cobrado mi dinero, he firmado el finiquito y no voy a ir a la prensa a contar que el doctor Aguirre contrata novias de alquiler para contentar a su madre. Fin de la historia.

Julián se sentó en el borde de su mesa de caoba, cruzando los brazos.

—Nicolás está enamorado de ti, Vera —soltó el abogado, sin anestesia, con la crudeza de un diagnóstico médico.

Vera sintió que el corazón le golpeaba violentamente contra las costillas, pero se apresuró a construir una barrera de escepticismo.

—No digas tonterías, Julián. Nicolás está aliviado porque ha salvado el cuello ante Elizalde y ha conseguido sacarse de encima el fantasma de su exmujer. Lo que pasó el fin de semana fue... el efecto colateral de la adrenalina y de estar encerrados en una habitación de lujo durante tres días. No confundas la gratitud o el deseo físico con otra cosa.

—Conozco a Nicolás desde los dieciocho años, Vera —replicó Julián, inclinándose hacia ella—. Lo he visto casarse, lo he visto divorciarse y lo he visto perder la cabeza en quirófano cuando una operación salía mal. Es un hombre que procesa las emociones a través del control y de la distancia. Nunca, repito, nunca en la vida lo he visto reaccionar como lo hizo el sábado por la noche en esa galería de cristal. Me lo contó ayer por teléfono, con una voz que no le reconocía. Me dijo que se habría enfrentado a todo el consejo del

hospital con tal de que nadie te volviera a mirar por encima del hombro. Eso no es gratitud, Vera. Eso es otra cosa.

Vera desvió la mirada hacia el ventanal, contemplando el cielo gris de Madrid. Las palabras de Julián, en lugar de aliviarla, le clavaron un puñal de cruda realidad en mitad del pecho.

—¿Y de qué sirve eso, Julián? —preguntó Vera, y esta vez su voz se quebró levemente, revelando la grieta que intentaba ocultar—. Mira a tu alrededor. Mira este despacho. Mira el barrio en el que estamos. Nicolás vive en un ático de la zona norte, opera corazones, debate sobre presupuestos de sanidad con directores de fundaciones y su madre lleva perlas que valen más que el piso de mi familia. Yo vivo en un tercero sin ascensor en Vallecas, mi padre está arruinado y me paso las tardes limpiando las quejas de los turistas en un mostrador de hotel para poder pagarme los apuntes de la facultad.

Se volvió hacia el abogado, con los ojos empañados por una mezcla de rabia y tristeza.

—El sábado por la noche jugamos a los reyes del salón, sí. Fue una fantasía preciosa. Pero las fantasías duran lo que dura el fin de semana. No podemos sostener una relación real sobre una mentira de mil quinientos euros y una brecha social de este tamaño. El contraste es demasiado violento, Julián. Ayer, cuando me dejó en mi portal... fue la primera vez en mi vida que sentí vergüenza de mi casa. De mi calle. De mi ropa. Y no quiero volver a sentirme así por nadie. No quiero ser la "chica humilde" a la que el cirujano rescata por caridad o por capricho.

Julián escuchó su discurso sin interrumpirla, con una gravedad que Vera no esperaba de él. No había rastro del hombre cínico que redactaba contratos de confidencialidad; solo quedaba un amigo que se preocupaba de verdad por las dos personas involucradas en ese desastre.

—Tienes razón, Vera —dijo Julián en voz muy baja, asintiendo lentamente.

La respuesta desarmó a Vera. Esperaba que el abogado intentara convencerla de lo contrario, que hiciera una defensa apasionada de Nicolás o que relativizara la diferencia de clases con alguna frase hecha de comedia romántica.

—¿Tengo razón? —preguntó ella, un tanto descolocada.

—La tienes —afirmó Julián, levantándose para dar un par de pasos por el despacho—. Nicolás es un hombre maravilloso, pero vive en una burbuja de cristal de la que no es consciente porque siempre ha estado ahí. Su mundo es endogámico, frío y extremadamente cruel con cualquiera que no comparta sus códigos. Ya viste a Claudia. Y aunque Nicolás la haya sacado de su vida, el entorno sigue siendo el mismo. Su madre, sus colegas del hospital, las expectativas... Si entras en ese mundo ahora mismo, sin haber terminado tu carrera, sin una estabilidad propia, te van a examinar con lupa. Te van a desmenuzar en cada cena, en cada reunión, buscando la costura de la que hablaba Claudia. Y Nicolás, por mucho que te quiera y intente protegerte, no va a saber cómo hacerlo porque no entiende esa realidad. Él nunca ha tenido que defender su derecho a estar en una habitación.

Julián se detuvo frente a ella, mirándola a los ojos con una seriedad paternal.

—Mi consejo, Vera... es que te alejes. No te lo digo por maldad, ni porque piense que no estás a su altura. Todo lo contrario. Creo que tienes una dignidad y una fuerza que harían que la mitad de las mujeres de este barrio parecieran de plástico. Pero precisamente por eso, no te mereces pasar por el calvario de ser la "cenicienta" de la historia de Nicolás. Termina tu carrera. Consigue tu propio espacio, tu propio nombre, bajo tus propias condiciones. No te dejes arrastrar por el torbellino de un hombre que todavía está intentando averiguar quién es fuera de su uniforme de quirófano.

Las palabras de Julián cayeron sobre Vera con el peso de una verdad matemática. Era la primera vez que alguien formulaba con tanta claridad el miedo que la había estado acosando desde que bajó del coche de Nicolás el domingo. Dos mundos distintos. Dos trayectorias

que se habían cruzado por un accidente financiero, pero que no tenían un terreno común donde echar raíces sin destruirse mutuamente en el proceso.

—Gracias, Julián —dijo Vera, levantándose de la silla de una vez por todas. Esta vez, su voz era firme, fría y decidida—. Gracias por la honestidad. Es lo mejor que has hecho por mí en todo este trato.

—Cuídate, Vera —respondió el abogado, abriéndole la puerta del despacho—. Y si alguna vez necesitas un buen abogado para tus propios proyectos de arquitectura... ya sabes dónde encontrarme. Gratis.

Vera le dedicó una última sonrisa triste, cruzó el pasillo de madera y se subió al ascensor. Mientras la cabina descendía lentamente hacia el portal de Almagro, Vera abrió su bolso, tocó el cheque de setecientos cincuenta euros y comprendió que el precio real de la mentira había sido mucho más alto de lo que ponía en el papel. Había pagado con un trozo de su propio corazón, y esa deuda no se iba a saldar tan fácilmente.

CAPÍTULO 21

La consulta número 402 del ala norte del Hospital Universitario de La Paz era un santuario de orden clínico, luz blanca y asepsia. Sobre la mesa de cristal templado de Nicolás no había ni un solo papel fuera de su sitio: el teclado inalámbrico flanqueaba el monitor de alta resolución, el fonendoscopio Littmann descansaba en un ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados junto al bloc de notas, y las radiografías digitales de los pacientes de la tarde esperaban en la bandeja de entrada, ordenadas por estricto nivel de gravedad.

Todo era exactamente igual que el lunes anterior. La misma luz fría que se filtraba por el gran ventanal con vistas a las Torres de la Castellana, el mismo olor sutil a desinfectante y a plástico de guantes de látex, el mismo zumbido imperceptible del sistema de ventilación centralizada.

Pero para Nicolás, todo se había vuelto de un color gris plomizo, estéril y desvaído.

Miraba la pantalla del ordenador, donde parpadeaba el historial clínico de un paciente con una estenosis aórtica severa, pero sus ojos no lograban enfocar los datos de la ecocardiografía. Sus dedos, largos, finos y acostumbrados a la inmovilidad tensa del teclado, se detuvieron sobre las teclas de plástico.

Se miró las manos.

Esas manos, capaces de suturar una arteria coronaria de dos milímetros de diámetro bajo la lente de un microscopio sin que le temblara un solo músculo, se sentían extrañamente inútiles, vacías y torpes. Sentía una molestia física en la palma de los dedos, una

hipersensibilidad fantasma que le recorría los nervios desde las yemas hasta los antebrazos.

Era el recuerdo táctil de la noche del sábado.

Dondequiera que mirara en la consulta, su cerebro reconstruía la suavidad extrema de la espalda descubierta de Vera. Si cerraba los ojos, sus palmas volvían a deslizarse por la curva perfecta de su cintura de seda, sintiendo el calor limpio de su piel desnuda, la vibración de su risa ahogada contra su pecho y la tensión de sus muslos cuando la había elevado contra la madera de la suite 412. Sus manos extrañaban ese peso, esa geografía de curvas y calor que no se parecía en nada al metal frío de los bisturís o a la textura artificial de los guantes de nitrilo.

«Fue solo un trato», se repitió a sí mismo por centésima vez en lo que iba de mañana, apretando los puños sobre el escritorio hasta que los nudillos se le pusieron blancos. *«Un contrato de mil quinientos euros gestionado por Julián para cubrir un expediente familiar. Una transacción profesional. Ella ha cobrado su cheque, ha firmado el finiquito y ha vuelto a su vida. Yo tengo que volver a la mía»*.

Pero el autoengaño no funcionaba. La lógica fría con la que se había protegido durante años frente al mundo se desmoronaba ante la cruda realidad de su ausencia.

Intentó convencerse de que lo que sentía era simplemente el cansancio acumulado de la guardia del domingo por la tarde, o el estrés del preoperatorio de hoy. Pero el dolor que le oprimía el centro del pecho no era una patología cardíaca; era el vacío físico de una casa sin ruido, de un coche donde la música indie ya no sonaba, de unas sábanas que por la mañana olían únicamente a detergente neutro y no a su perfume de cítricos y lluvia.

La puerta de la consulta se abrió de golpe, sin llamar, interrumpiendo el flujo de sus pensamientos. Julián entró a zancadas, vistiendo un traje sastre gris impecable y con su habitual aire de eficiencia corporativa. En la mano sostenía una carpeta de piel con el membrete de su bufete de abogados.

—Tenemos un problema, Nico —dijo Julián a modo de saludo, dejándose caer en la silla de confidencias frente al escritorio de Nicolás sin pedir permiso—. Bueno, en realidad ya no es un problema, pero me gusta cerrar los expedientes sin cabos sueltos.

Nicolás se enderezó en el asiento, recuperando su máscara de cirujano frío a golpe de voluntad.

—¿De qué hablas, Julián?

—De tu "novia" —Julián hizo las comillas en el aire con un deje de superioridad que a Nicolás le sentó como una patada en el estómago —. Vera Duarte estuvo en mi despacho a primera hora de la mañana. Firmó el documento de confidencialidad de cierre, recogió el cheque de los mil quinientos euros y se marchó. Hasta ahí, todo perfecto. El problema es cómo se marchó.

Nicolás sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿Cómo se marchó? —preguntó, tratando de mantener la voz plana.

—Como si le quemara el papel en las manos. Le ofrecí un taxi de cortesía de la empresa y casi me escupe. Estaba a la defensiva, fría, dura... Nada que ver con la chica simpática que envié al balneario. Parecía que la estaba extorsionando en lugar de pagarle una pequeña fortuna por tres días de turismo de lujo. ¿Pasó algo allí que yo deba saber? Porque si te has propasado o si ha habido algún detalle que pueda derivar en una reclamación...

—Cierra la boca, Julián —le cortó Nicolás. Su voz no fue un grito, sino un siseo helado, cargado de una rabia tan contenida que hizo que su amigo de la infancia parpadeara, sorprendido.

—Oye, Nico, solo hago mi trabajo...

—Tu trabajo era solucionar una situación incómoda con mi madre, no juzgar a la persona que nos ha salvado el cuello —replicó Nicolás, poniéndose de pie de golpe. Apoyó los puños sobre el cristal de la mesa, inclinándose hacia él—. Vera Duarte se ha comportado con una dignidad y una profesionalidad que tú no entenderías ni en mil años. Cumplió su parte del trato al milímetro. No vuelvas a hablar de

ella como si fuera un problema de gestión o un riesgo de reclamación en tu hoja de cálculo.

Julián se levantó despacio, recolocándose la chaqueta del traje. Su rostro se había vuelto serio, perdiendo toda la camaradería.

—Te estás involucrando demasiado, doctor —advirtió Julián con tono sombrío—. Te conozco desde los diez años y nunca te he visto perder los papeles por nadie, y mucho menos por una recepcionista que contratamos en una hora de desesperación. Te recuerdo que esto era un negocio. Ella necesitaba el dinero para vete a saber qué líos de barrio y tú necesitabas una pantalla. Negocio cerrado. No lo conviertas en algo personal, porque esa chica no pertenece a tu mundo, Nico. Y tú tampoco al suyo.

—Vete de mi despacho, Julián —sentenció Nicolás, señalando la puerta con un dedo rígido que, por primera vez, delataba que había perdido la firmeza habitual.

Julián lo miró durante unos segundos, evaluando el daño. Luego, con un suspiro de desaprobación, recogió su carpeta de piel y salió de la consulta, cerrando la puerta tras de sí con un clic seco que sonó a sentencia definitiva.

Nicolás se dejó caer de nuevo en su sillón. El silencio de la consulta regresó, pero esta vez cargado de una vibración hostil. La advertencia de Julián, por muy mezquina que hubiera sido, contenía una verdad que le arañaba el pecho: Vera había firmado. Había cogido el dinero. Había cerrado el trato.

Buscó el móvil en el bolsillo de su bata blanca con una urgencia casi desesperada. Sus dedos actuaron antes de que su cerebro pudiera interponerse con sus habituales filtros de prudencia. Desbloqueó la pantalla, entró en la agenda y buscó su nombre: **«Vera»**.

Se quedó mirando el número de teléfono.

¿Qué iba a decirle? ¿Qué pretendía conseguir llamándola a su trabajo o a su casa? ¿Pedirle disculpas por ser rico? ¿Decirle que la extrañaba después de haberle pagado por estar con él? La humillación implícita de esa llamada, la posibilidad de que ella

pensara que él creía tener derecho a su tiempo fuera del contrato, le heló la sangre.

Pulsó el botón de llamada.

El teléfono se lo llevó al oído. Su propio corazón golpeaba contra sus costillas con un ritmo desbocado, caótico, impropio de un cirujano experto. El tono de llamada empezó a sonar.

Riiing...

El sonido era un puente frágil tendido sobre el abismo que los separaba. Imaginó a Vera en la recepción del hotel, vestida con su uniforme de poliéster, mirando la pantalla de su móvil con el ceño fruncido, sintiendo la misma punzada de incomodidad y culpa que lo asfixiaba a él. Recordó las palabras de su padre en la llamada que ella había recibido el domingo: *"la furgoneta se queda donde está"*. Ella tenía batallas reales que librar; él solo tenía un vacío existencial en un ático de lujo.

Riiing...

«¿Qué haces, Nicolás?», se recriminó a sí mismo, sintiendo una súbita oleada de vergüenza. «Ella ha pasado página. Tiene que pasar página».

Antes de que se iniciara el tercer tono, Nicolás apartó el teléfono de la oreja con un movimiento brusco y cortó la llamada.

Se quedó mirando la pantalla parpadeante con el aviso de *"Llamada cancelada"*. Sintió una opresión insoportable en la garganta. Había cobrado miedo. El hombre que abría pechos y manipulaba corazones sin que le temblara el pulso no había tenido el valor de sostener una llamada de diez segundos con la mujer que le había devuelto la vida.

El interfono de la mesa volvió a sonar con su pitido agudo, devolviéndolo a la realidad de la consulta. Nicolás pulsó el botón con un movimiento mecánico, tragando saliva para recuperar el tono profesional.

—Dígame, Marta.

—Doctor Aguirre, disculpe la insistencia, pero el paciente de las doce ya está esperando en la sala. ¿Le hago pasar?

Nicolás se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz con un dedo que aún no había recuperado el pulso firme, tratando de recomponer la máscara del cirujano estricto y seguro de sí mismo que el hospital requería.

—Sí, Marta. Por favor. Que pase.

Apoyó las manos abiertas sobre la mesa de cristal, buscando el contacto frío del material para intentar anclarse a la realidad. Pero el cristal solo le devolvió una temperatura helada y un silencio absoluto. Sus manos seguían aferradas al recuerdo de ella, sufriendo un síndrome de abstinencia silencioso y agotador para el que ningún tratado de medicina de su estantería tenía cura.

CAPÍTULO 22

El martes por la mañana, Vera se encontraba en la cocina de su piso de Vallecas, rodeada por el zumbido de una lavadora vieja que vibraba contra el contrachapado de la encimera con la fuerza de un reactor soviético en pleno despegue. Vestía una camiseta de algodón descolorida con el logo de un concierto de hace cinco años y tenía los dedos manchados de tinta negra de un rotulador técnico con el que intentaba corregir la sección transversal de un edificio de viviendas. Su cabeza era un hervidero de dudas, un bucle infinito que alternaba entre las entregas de proyectos, las trescientas palabras por minuto que debía sonreír en la recepción del hotel y el recuerdo, todavía dolorosamente fresco, del cheque de Julián guardado en el cajón de su mesita de noche.

De repente, su teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesa de la cocina, desplazándose lentamente sobre los planos de papel vegetal a causa de la vibración del electrodoméstico.

Vera lo cogió sin mirar la pantalla, esperando que fuera alguna compañera del hotel para pedirle un cambio de turno o un aviso de la biblioteca de la escuela de arquitectura.

—¿Sí? —dijo, sujetando el aparato con el hombro mientras seguía trazando una línea auxiliar con la escuadra.

—¡Vera, querida! Qué alegría encontrarte. Espero no interrumpirte en mitad de una de tus maravillosas maquetas.

Vera se quedó completamente inmóvil. La escuadra de plástico se deslizó de sus dedos, emborronando un tramo de escalera del plano con un manchón negro digno de una catástrofe petrolífera.

Reconoció la voz al instante: esa entonación cantarina, distinguida y perfectamente modulada que solo podía pertenecer a Doña Pilar Aguirre.

Sintió que la sangre se le retiraba de las mejillas, dejándola con un frío súbito en el estómago.

—¿Doña... Doña Pilar? —consiguió articular, enderezándose de inmediato y apartando el rotulador de los planos con dedos temblorosos.

—La misma, cielo. Espero que no te importe que te llame directamente. Le insistí tanto a Nicolás para que me diera tu teléfono el domingo antes de subirme al coche de Carlos que al final el pobre no tuvo más remedio que claudicar —rio Pilar al otro lado de la línea, con una ligereza que a Vera le sentó como un golpe de mazo en el pecho—. Sé que los jóvenes de hoy en día sois extremadamente celosos de vuestra intimidad, pero una madre tiene sus privilegios, ¿verdad?

—Por supuesto... no se preocupe, doña Pilar —balbuceó Vera, mirando con horror la mancha de tinta en su plano de estructuras—. ¿Pasa algo? ¿Está todo bien?

—Todo de maravilla, preciosa. Justamente por eso te llamo. Estoy organizando un pequeño almuerzo este jueves en el Club de Campo. Nada del otro mundo, solo una reunión muy íntima con un par de amigas mías del patronato de la fundación y la mujer de Carlos Elizalde. Le he hablado tanto de ti a todo el mundo que están deseando conocer a la mujer que ha conseguido que mi hijo Nicolás vuelva a sonreír de esa manera tan bonita. Además, me encantaría que me contaras más cosas sobre ese proyecto de fin de carrera del que me hablaste de pasada. Quiero que vengas, Vera. No acepto un no por respuesta.

La invitación cayó sobre la cocina de Vera con el peso de una losa de hormigón armado.

Visualizó la escena de inmediato: el Club de Campo, los manteles de hilo blanco, las miradas de las amigas de Pilar analizando su linaje y

ella, Vera Duarte, intentando no usar el tenedor equivocado mientras en su bolso llevaba el justificante de un cheque que demostraba que todo había sido un negocio de fin de semana.

La mentira se había vuelto demasiado grande.

—Doña Pilar, yo... —Vera apartó la mirada un instante, sintiendo que el aire de la cocina de Vallecas se volvía de repente tan espeso que apenas podía respirar—. Le agradezco muchísimo la invitación. De verdad. Es usted increíblemente generosa conmigo. Pero... me temo que no voy a poder ir.

Un breve silencio, cargado de una sutil sorpresa, se instaló en la línea.

—¿Oh? ¿Tanto trabajo tienes en la facultad, cielo? Si es por eso, podemos cambiar la comida al viernes, o incluso al fin de semana...

—No, no es por la facultad, doña Pilar —la interrumpió Vera, con una voz que de repente se había vuelto extrañamente grave, desprovista de cualquier atisbo de la jovialidad impostada del balneario. La decisión se tomó en su cerebro con la velocidad de un rayo, espoleada por un ramalazo de pura dignidad—. Es algo más complicado. Y creo que no es una conversación que debamos tener por teléfono.

Pilar guardó silencio durante unos segundos. Cuando volvió a hablar, su tono de voz había perdido parte de la ligereza social, adoptando una gravedad más madura, más intuitiva.

—Vera... me estás asustando un poco. ¿Ha pasado algo entre Nicolás y tú? ¿Os habéis peleado?

—No, no nos hemos peleado —respondió Vera, sintiendo las lágrimas agolpándose en la base de sus ojos, no por tristeza, sino por la pura tensión de la impostura—. Pero hay cosas que... que no son lo que parecen. Y no puedo seguir permitiendo que me mire de la manera en que lo hace sin contarle la verdad. Le debo eso. Me lo debo a mí misma también.

—¿De qué verdad estás hablando, cielo?

—¿Podríamos vernos, doña Pilar? —pidió Vera, con una firmeza que le costó hasta el último gramo de sus fuerzas—. Mañana por la tarde. Donde usted me diga. Pero a solas, por favor. Necesito hablar con usted de frente.

Al otro lado del teléfono, Pilar Aguirre respiró hondo. La aristócrata pareció sopesar la urgencia de la joven con esa sabiduría silenciosa de las mujeres que han vivido lo suficiente como para saber que detrás de un gran misterio rara vez hay una buena noticia.

—De acuerdo, Vera —respondió Pilar con una suavidad imprevista—. Ven mañana a mi casa de la calle Serrano a las cinco de la tarde. Tomaremos un té y hablaremos de lo que sea que te esté pesando tanto. No te preocupes. Todo se puede arreglar.

—Gracias, doña Pilar. Nos vemos mañana.

Vera colgó el teléfono, lo dejó caer sobre la mesa y se tapó la cara con las manos, soltando un gemido ahogado de pura desesperación. En ese mismo instante, la puerta principal del piso se abrió con un estrépito familiar. Noa entró cargada con dos bolsas del supermercado y un paquete gigante de rollos de papel higiénico bajo el brazo.

—¡Vera! No te lo vas a creer, pero han puesto de oferta los botes de hummus de medio kilo y... —Noa se detuvo en seco al ver la pose de esfinge derrumbada de su amiga—. Uy. ¿Qué es esa cara? ¿Ha fallecido alguien o es que te han denegado la beca otra vez?

—Peor —consiguió decir Vera con la voz amortiguada contra sus palmas—. Acabo de pedirle una cita formal a la madre de Nicolás para confesarle que soy una estafadora profesional. En su casa. En la calle Serrano. Mañana a las cinco.

Noa dejó las bolsas sobre la encimera con un golpe seco, abrió mucho los ojos y se llevó una mano al pecho en un gesto dramático de telenovela de sobremesa.

—¿Me estás diciendo que vas a ir voluntariamente al foso de los leones de la aristocracia a decir que cobraste mil quinientos pavos por hacerte pasar por su nuera? ¿Te has vuelto completamente loca?

¡Vera, por el amor de Dios, que esa gente desayuna diamantes y tiene abogados que te pueden demandar hasta por respirar su mismo aire!

—No podía más, Noa —Vera levantó la cabeza, revelando un manchón de rotulador negro en la mejilla que le daba el aspecto de un mapache estresado—. Me ha invitado al Club de Campo. ¡Al Club de Campo! Me ha dicho que sus amigas del patronato de no sé qué beneficencia querían conocerme porque gracias a mí Nicolás "volvía a sonreír de esa manera tan bonita". ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Presentarme allí con mi vestido de Zara de rebajas y hablar de filantropía mientras me atraganto con un canapé de caviar?

Noa suspiró, abrió una de las bolsas de la compra, sacó una bolsa de patatas fritas de churrería y la abrió de un tirón, ofreciéndosela a Vera.

—Toma. Come carbohidratos. El pánico se lleva mejor con sal y grasa.

Vera metió la mano en la bolsa de patatas de manera automática, masticando con resentimiento.

—Y encima me he cargado el plano de la sección —gruñó Vera, señalando el desastre negro del papel vegetal—. Cuatro horas de dibujo a la basura por culpa de los Aguirre.

—A ver, míralo por el lado positivo —dijo Noa, sentándose en la silla de al lado y robándole una patata—. Si vas mañana y se lo confiesas todo, al menos te quitas el peso de encima. Eso sí, prepárate para el protocolo del té de la alta sociedad. ¿Sabes que esa gente tiene una forma específica de coger la taza? No puedes meter el dedo por el asa, tienes que pinzarla. Así, mira. —Noa cogió una taza mugrienta de la pila de fregar que ponía *"La mejor ingeniera del mundo"* y la sostuvo con el meñique rígidamente estirado, poniendo una cara de asco sumamente ensayada.

Vera no pudo evitar soltar una risotada ahogada, que sonó casi como un graznido de puro agotamiento.

—Eres idiota, de verdad.

—Soy tu cable a tierra, que es distinto —corrigió Noa, volviendo a su tono serio—. Vera, hablando en serio... ¿lo haces solo por Doña Pilar, o es que te da miedo lo que puedas sentir si sigues cerca de Nicolás?

La risa de Vera se desvaneció de golpe. Se quedó mirando la patata frita que sostenía entre los dedos manchados de tinta.

—Las dos cosas —admitió con voz baja—. Su madre es... es una buena mujer, Noa. No se merece que la engañemos de esta forma tan sucia. Y Nicolás... con Nicolás es peor. Cada vez que pienso en él, me acuerdo de los calcetines de gatito, de cómo me defendió de su ex y de cómo me miraba en esa cafetería de carretera. Si sigo con esta farsa un minuto más, voy a acabar queriendo que sea verdad. Y yo no tengo sitio en su ático de diseño, ni él pinta nada en esta cocina donde la lavadora parece que va a salir volando hacia la M-30.

La lavadora, como si hubiera entendido la alusión, pegó un último y ruidoso traqueteo de centrifugado antes de quedar en silencio.

Noa le dio un suave empujón con el hombro.

—Pues mañana vas a Serrano, te pones tu mejor cara de Vallecas digna, le dices la verdad y cierras el capítulo. Pero prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Que si te ofrece pastitas de las caras, te metes un par en el bolso para mí. Que a los ricos les da igual el gluten y seguro que son de mantequilla de verdad.

Vera esbozó una sonrisa real, sintiendo que la calidez de su amiga le devolvía un poco de la fuerza que iba a necesitar para el día siguiente.

—Prometido. Si salgo viva de allí, te traigo media pastelería.

CAPÍTULO 23

La mañana del miércoles había comenzado para Nicolás con una sensación física de asfixia.

En los pasillos de La Paz, el ritmo era el de siempre: el rumor de las camillas, el murmullo de los familiares y el tintineo metálico de las bandejas de curas. Sin embargo, Nicolás se movía por el hospital como un autómata. Durante una sesión clínica sobre un trasplante bipulmonar, se descubrió a sí mismo mirando fijamente el segundero del reloj de pared, contando los latidos de su propio corazón en lugar de atender a las diapositivas.

A mediodía, tras salir de quirófano y despojarse de la bata verde, se encerró en su despacho. Abrió el cajón de su escritorio y sacó el móvil. Buscó el chat de Vera. No había vuelto a escribirle desde el domingo. El último mensaje era de ella, una respuesta escueta a su indicación de que ya estaba abajo con el coche: *«Bajo en dos minutos»*.

Nicolás apoyó los pulgares sobre el teclado de la pantalla. Escribió: *«Vera, ¿podemos hablar?»*. Se quedó mirando las letras. Borró la frase. Escribió de nuevo: *«Espero que estés bien. Me gustaría verte»*. Demasiado directo. Borró otra vez. La voz de Julián resonaba en su cabeza como un eco molesto: *«Esa chica no pertenece a tu mundo, Nico. Y tú tampoco al suyo»*.

¿Y si para ella de verdad todo había sido una transacción? El miedo a que ella le respondiera con una fría cortesía profesional, recordándole que los mil quinientos euros ya estaban en su cuenta,

le atenazó los dedos. Bloqueó el teléfono y lo dejó sobre la mesa, frustrado por su propia cobardía.

Justo en ese instante, el móvil vibró sobre la madera. Era un mensaje de Vera.

> **Vera (14:15):** *¿Puedes vernos a las cuatro en el café de la calle Palma? Necesito decirte algo importante antes de ir a ver a tu madre.*

Nicolás no tardó ni tres segundos en teclear su respuesta: *«Allí estaré»*. El alivio inicial, sin embargo, se transformó de inmediato en una inquietud sorda. ¿Por qué iba a ver a su madre?

El café donde Vera lo había citado era un local de techos altos y paredes de ladrillo visto en los límites de Malasaña. A las cuatro de la tarde de un miércoles gris, el ruido de la cafetera exprés y el murmullo de los estudiantes con ordenadores portátiles creaban una pantalla de sonido perfecta para una conversación que requería la máxima discreción.

Vera esperaba saturada junto al ventanal, con las manos rodeando una taza de té que ya se había enfriado. Faltaba apenas una hora para su cita con Doña Pilar en el piso de la calle Serrano, y sentía que el tiempo se le escapaba entre los dedos como arena fina. Tenía que decírselo a él primero. No podía presentarse ante su madre y soltar la bomba sin que Nicolás estuviera sobre aviso.

Cuando la puerta del local se abrió y las campanillas tintinearon, Vera levantó la vista.

Nicolás entró con paso rápido, vestido con un traje azul marino sin corbata y un abrigo oscuro de corte impecable. Traía el frío de la calle pegado a los hombros y el cabello ligeramente revuelto por el viento de Madrid. Al verla, su expresión seria se transformó por un milisegundo en algo parecido al alivio; sus ojos oscuros brillaron con esa intensidad que a Vera le hacía perder el equilibrio.

Él se acercó a la mesa y amagó con inclinarse para darle un beso, pero Vera, de forma casi instintiva, se echó ligeramente hacia atrás, manteniendo las manos fijas en su taza. El gesto de distancia fue

sutil, pero para un hombre tan observador como Nicolás, resultó equivalente a un portazo.

Nicolás se enderezó de inmediato, congelando la sonrisa a medio camino. Se quitó el abrigo despacio, lo colgó en el respaldo de la silla y se sentó frente a ella.

—Hola —dijo él. Su voz ya había perdido el matiz cálido del inicio, adoptando un tono de prudencia—. Me ha sorprendido que me llamaras. Pensaba que... bueno, que después del lunes querrías un poco de espacio.

—Hola, Nico —respondió Vera, obligándose a sostenerle la mirada a pesar de que el corazón le latía con fuerza contra las costillas—. Gracias por venir tan rápido. Sé que tienes una tarde complicada en el hospital.

—Siempre hay tiempo para... —Nicolás hizo una pausa, mirando la taza de té de ella y luego sus propias manos, que descansaban sobre la madera de la mesa—. Para hablar. ¿Pasa algo? Te noto muy seria.

Vera respiró hondo, buscando en su interior la dignidad de la que le había hablado su padre.

—Ayer me llamó tu madre, Nicolás.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿Mi madre? ¿Para qué?

—Para invitarme a comer este jueves con sus amigas del patronato y la mujer de Carlos Elizalde —explicó Vera, con una voz que intentaba mantener firme—. Quería presentarme oficialmente. Me habló con tanto cariño, con tanta ilusión... me dijo que hacía años que no te veía sonreír así.

Nicolás desvió la mirada un segundo, y un leve rubor asomó a sus mejillas.

—Bueno, ella es así. Se entusiasma con facilidad. Yo... no sabía que te iba a llamar, de verdad. Si te ha incomodado, puedo hablar con ella y decirle que estás ocupada con los exámenes de la facultad.

—No se trata de los exámenes, Nico —lo cortó Vera, con suavidad pero con una firmeza implacable—. Se trata de que no puedo seguir adelante con esto. Ayer, mientras la escuchaba hablar, me sentí la persona más miserable del planeta. Me invitaba a su mundo con una limpieza absoluta, y yo solo podía pensar en el cheque que cobré el lunes en el despacho de Julián.

Nicolás se tensó en la silla. El término «cheque» pareció caer entre los dos como un bloque de hielo.

—Vera, ya hablamos de esto en el coche —dijo él, y su voz empezó a volverse un poco más rígida, buscando ese tono de control que utilizaba para protegerse—. El dinero era por tu tiempo y por el servicio. Mi madre no tiene por qué saber los detalles de cómo nos conocimos. Lo que pasó el fin de semana... lo que sentimos... eso fue real. No tiene nada que ver con el contrato.

—¿De verdad no tiene que ver? —preguntó Vera, sintiendo que los ojos se le empañaban, aunque luchó por contener las lágrimas—. Nico, mírame. Mira cómo voy vestida. Mira dónde vivo. El lunes firmé un papel de confidencialidad vitalicio en el despacho de tu mejor amigo para asegurarle a tu familia que no iba a chantajearte. Tu mundo y el mío no se cruzan a menos que haya un fajo de billetes por medio. Y yo no puedo seguir fingiendo que soy la nuera perfecta de Doña Pilar Aguirre mientras escondo la factura de mis servicios en el bolso.

Vera hizo una breve pausa para serenarse.

—He quedado con tu madre a las cinco en su casa. Le voy a contar toda la verdad. Le voy a decir que soy una recepcionista del Claris, que me contrataste para el fin de semana del congreso y que todo ha sido una farsa.

—¿Qué vas a hacer qué? —La voz de Nicolás subió un tono, cargada de una mezcla de incredulidad y pánico.

El miedo al rechazo, ese viejo fantasma que Claudia había alimentado durante años haciéndole sentir que nunca era lo suficientemente bueno, lo suficientemente noble o lo

suficientemente apto para ser amado, despertó con una fuerza devastadora en el pecho del cirujano. Al ver la distancia física de Vera, su negativa a dejar que se acercara y su determinación por romper el de forma unilateral el vínculo que los unía, Nicolás interpretó sus palabras no como un acto de honestidad, sino como un rechazo directo hacia él.

Pensó que ella se estaba retirando porque el fin de semana no había sido suficiente para compensar la diferencia entre sus vidas. Pensó que ella, simplemente, no lo quería.

La herida de su orgullo y su inseguridad latente se cerraron en banda. El hombre vulnerable que se había reído de sus calcetines de gatitos y la había besado desesperadamente contra la puerta de la suite desapareció en un parpadeo. En su lugar, el doctor Nicolás Aguirre, jefe de sección de cirugía cardiovascular, se colocó su armadura más fría y profesional.

Se echó hacia atrás en la silla, cruzó los brazos y la miró con una distancia gélida a través de sus gafas de montura fina.

—Entiendo —dijo él, y su voz sonó tan cortante y aséptica como un bisturí recién esterilizado—. Así que esto es lo que hay. Quieres rescindir el acuerdo de manera unilateral.

Vera lo miró, desconcertada por el cambio tan radical de su actitud.

—Nico, no se trata de rescindir nada... se trata de decir la verdad. De no engañar a una señora mayor que te quiere.

—No me llames Nico, por favor —la interrumpió él, con una cortesía formal que dolió más que cualquier insulto—. Al fin y al cabo, el fin de semana ya ha terminado y los honorarios han sido liquidados. Si sientes que tu ética profesional se ve comprometida por mantener el secreto ante mi madre, eres libre de actuar como consideres oportuno. Yo no voy a rogarte que sigas fingiendo algo que te resulta tan insoportable.

—¿Fingiendo? —Vera sintió que la rabia empezaba a sustituir a la tristeza—. ¿Crees que todo lo que pasó el sábado fue fingido?

Nicolás sostuvo su mirada con una impasibilidad de piedra, aunque por dentro sentía que se estaba desangrando.

—No lo sé, Vera. Tú misma lo has dicho: eres una excelente profesional de la atención al cliente. En el Hotel Grand Claris os entrenan para que los huéspedes nos sintamos especiales, ¿no? Supongo que el fin de semana aplicaste el mismo protocolo de excelencia. Al fin y al cabo... —Nicolás hizo una pausa deliberada, tragándose el dolor y clavándole a ella una mirada de absoluto hielo — solo era un contrato. Cumpliste con tu parte, yo cumplí con la mía y el dinero ya está en tu cuenta. No hay por qué mezclar las cosas.

Las palabras de Nicolás cayeron sobre Vera con la fuerza de un golpe físico. El dolor fue tan agudo que por un segundo no pudo respirar. El hombre al que había entregado su intimidad hacía menos de setenta y dos horas, el que le había hablado de sus miedos de la infancia en mitad de la carretera, acababa de reducir todo lo que habían compartido a un simple servicio de atención al cliente bien pagado.

La brecha entre sus mundos se ensanchó hasta volverse un abismo insalvable.

—Tienes razón, doctor Aguirre —dijo Vera, levantándose de la mesa con una dignidad tan fría y afilada como la de él—. Solo era un contrato. Lamento haberle hecho perder el tiempo con mis escrúpulos de clase obrera.

Se puso la gabardina con movimientos rápidos, se colgó el bolso al hombro y, sin mirar atrás, salió del café. Nicolás se quedó sentado en la mesa, inmóvil en mitad del bullicio de Malasaña. Miró sus manos, que volvían a temblar imperceptiblemente sobre la madera, y comprendió que en su intento desesperado por protegerse del rechazo de Vera, acababa de dinamitar la única oportunidad que tenía de ser feliz de verdad.

CAPÍTULO 24

Hay un vacío muy específico que se instala en el pecho cuando una fantasía se rompe contra la realidad. No es un dolor agudo, como el de un golpe físico o el corte de un bisturí; es una ausencia sorda, un peso constante que se arrastra por los pasillos, se sienta a la mesa y se acuesta en la cama cada noche, recordándote que el mundo ha vuelto a su tamaño original, pero tú ya no cabes en él.

Los cinco días siguientes a la tarde del café en Malasaña fueron, para Nicolás y Vera, un ejercicio de resistencia silenciosa. Una demostración absurda de orgullo, timidez y añoranza mal gestionada.

En el Hospital Universitario de La Paz, el doctor Nicolás Aguirre se había convertido en una sombra de eficiencia robótica. Su equipo de residentes y enfermeras de quirófano había aprendido a leer la tensión de sus hombros con la precisión de un barómetro: si el doctor Aguirre no hablaba durante los lavados de manos y se limitaba a pedir el instrumental con monosílabos gélidos, era mejor no respirar demasiado fuerte a su alrededor.

—Pinza de disección —pidió Nicolás el viernes por la mañana, con la vista clavada en el tórax abierto de un paciente sometido a una revascularización miocárdica.

La enfermera instrumentista se la tendió de inmediato. Nicolás la tomó con firmeza, pero al rozar el metal frío, su mente le jugó la misma mala pasada que lo acosaba cada tres minutos desde el miércoles: el recuerdo del tacto de la cintura de Vera cuando la levantó contra la puerta de la suite. Sus dedos buscaron la tensión

muscular de su muslo, la suavidad de su piel y el calor de su respiración contra su cuello.

—Doctor... —susurró el residente a su lado, señalando con el dedo enguantado—. La sutura de la mamaria.

Nicolás parpadeó tras las gafas de aumento, regresando al quirófano de golpe. Sintió un sudor frío corriéndole por la nuca.

—Lo sé. Estoy en ello —respondió con voz cortante.

Terminó la intervención con su habitual precisión impecable, pero al salir al pasillo de vestuarios y quitarse la mascarilla, se apoyó contra los azulejos blancos y cerró los ojos. Estaba exhausto. Un cansancio que no se aliviaba durmiendo.

Por las noches, en su ático de la zona norte, Nicolás hacía cosas ridículas. Se descubrió a sí mismo abriendo la aplicación de música de su teléfono solo para reproducir la lista de canciones indie que Vera había puesto en el coche durante el viaje de vuelta. Se sentaba en su sillón de piel, en mitad de un salón demasiado grande y demasiado ordenado, a escuchar letras melancólicas que no entendía del todo, buscando en la voz de los cantantes el eco de la risa de ella cuando se burlaba de sus calcetines de gatitos.

Abrió el cajón de su cómoda y miró los calcetines naranjas. Se sintió como el idiota más grande de Madrid. Se había protegido detrás de su estatus, de su frialdad de cirujano y de su orgullo herido, solo para terminar en el mismo punto de partida: **solo, extrañando a una mujer que no podía comprar** con todo el dinero de su cuenta corriente.

En el sur de Madrid, la realidad de Vera no era más benévola.

El turno de tarde en la recepción del Hotel Grand Claris era un desfile interminable de rostros anónimos, maletas de diseño y peticiones absurdas de huéspedes adinerados. Vera sonreía, realizaba los registros de entrada con una amabilidad mecánica y respondía a los saludos con la cortesía exacta que el manual de excelencia del hotel exigía.

Pero por dentro, se sentía de cristal. Como si cualquier roce fuera a romperla en mil pedazos.

Cada vez que un cliente sacaba una tarjeta de crédito dorada para pagar la cuenta, Vera recordaba el cheque de Julián y la humillación sorda que había sentido en el despacho de Almagro. Y cada vez que el olor a un perfume masculino caro flotaba en el vestíbulo, su cabeza giraba de inmediato, buscando de manera instintiva una silueta alta, un abrigo oscuro y unas gafas de montura fina que nunca aparecían.

El sábado por la noche, tras terminar su turno a las once, Vera llegó a su piso de Vallecas tan cansada que ni siquiera encendió la luz del salón. Se sentó en el sofá de Ikea, con las piernas encogidas contra el pecho, y miró el vacío de su pequeña cocina.

Echaba de menos a Nicolás. De una forma que la enfurecía y la asustaba a partes iguales.

Se descubrió a sí misma mirando su propio cuello en el espejo del baño, buscando la marca invisible de sus labios la noche de la tormenta. Recordaba el calor de su pecho, la imperfección de su cicatriz junto a la costilla, y la ternura desarmante con la que él la había mirado antes de que el contrato se interpusiera entre los dos.

—Eres tonta, Vera —se dijo en voz alta al espejo, con los ojos empañados—. Es un cirujano rico. Su mundo es Serrano y el tuyo es la línea 1 de metro. Olvídalo.

Pero el corazón no entiende de distritos postales ni de contratos de confidencialidad. El vacío que Nicolás había dejado en su cama de treinta y cinco metros cuadrados era exactamente del mismo tamaño que el que ella había dejado en el ático de diseño del norte de la ciudad. Estaban separados por apenas diez kilómetros de asfalto, pero la distancia real entre sus mundos parecía haberse convertido en un océano insalvable de silencios y malentendidos dolorosos.

El domingo al mediodía, el sonido de unos golpes nudosos y pesados en la puerta de su portal interrumpió el silencio del piso de Vera. Se

levantó del sofá arrastrando los pies, con un jersey de lana gris tres tallas más grande y el pelo recogido en un moño desordenado.

Al abrir la puerta, se quedó de piedra.

—Hola, mi niña —Tomás estaba de pie en el descansillo, respirando con cierta dificultad tras haber subido los tres pisos de escaleras empinadas. Llevaba su vieja chaqueta de pana marrón, las manos metidas en los bolsillos y una bolsa de plástico de la panadería del barrio de la que sobresalía el olor a churros recién hechos.

—¡Papá! —Vera reaccionó de inmediato, dándose cuenta del esfuerzo que le había supuesto a su espalda castigada subir hasta allí—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado para que bajara yo? Pasa, pasa por favor.

Le ayudó a quitarse la chaqueta y lo guio con cuidado hasta el sofá gris. Tomás se sentó con un leve quejido de alivio, frotándose la zona lumbar, pero no tardó en clavar sus ojos gastados y sabios en el rostro de su hija. La examinó con esa intuición implacable que solo tienen los padres.

—He venido en la furgoneta —dijo Tomás, señalando con el pulgar hacia la ventana—. He pagado la deuda de la mutua esta mañana en la gestoría, Vera. Está libre de cargas. Gracias a ti.

Vera esbozó una sonrisa rápida, intentando ocultar el nudo que se le acababa de formar en la garganta.

—Te dije que no te preocuparas por eso, papá. Te prometí que lo solucionaría.

—Ya —Tomás dejó la bolsa de los churros sobre la mesa de centro y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Pero tú no tienes esa cara cuando las cosas se solucionan, Vera. Tienes la cara de cuando se nos cayó el forjado de la obra de Usera en el dos mil ocho. Tienes cara de ruina.

Vera intentó esquivar la mirada de su padre, fingiendo de pronto un gran interés por colocar las tazas para el café en la encimera de la cocina, pero las manos le temblaron al coger la cafetera italiana.

—Es el cansancio, papá. El final de curso, las entregas, los turnos en el hotel...

—A mí no me mientas, mi vida —la interrumpió Tomás con una voz suave, pero firme como el hormigón—. Te conozco desde que cabías en la palma de mi mano. Ese dinero del hotel... No han sido horas extra normales, ¿verdad?

Vera se quedó de espaldas a él, con la cafetera suspendida en el aire. Sintió que la última barrera de contención de esos cinco días de agonía silenciosa empezaba a agrietarse.

—No —admitió en un susurro, dándose la vuelta despacio. Sus ojos ya estaban inundados de lágrimas—. No lo eran.

Tomás no se enfadó. No la juzgó. Se limitó a palmear el asiento a su lado en el sofá gastado.

—Ven aquí y cuéntamelo.

Vera caminó hacia él y se sentó, dejándose abrazar por esos brazos fuertes y familiares que tantas veces la habían protegido de niña. El olor a tabaco de liar, a taller y a ropa limpia de su padre la rodeó, y entonces rompió a llorar de verdad. Lloró por la farsa, por el cheque, por la mirada decepcionada de Nicolás en el café y por el vacío insoportable que sentía cada mañana al despertar.

Entre sollozos, le contó toda la verdad: el contrato de Julián, el fin de semana en el balneario, la mentira a Doña Pilar y cómo, sin darse cuenta, se había enamorado del cirujano que la había contratado para salvar su propio orgullo familiar.

Tomás la escuchó en un silencio absoluto, acariciándole el pelo con sus manos ásperas, curtidas por el cemento y la paleta. Cuando Vera terminó de hablar, secándose las lágrimas con la manga del jersey, su padre suspiró profundamente.

—Ay, Vera... —dijo él, mirando al techo con una mezcla de tristeza y orgullo—. Te cargaste mi furgoneta y mis deudas a las espaldas sin decirme nada. Lo hiciste por mí.

—No podía dejar que te lo quitaran todo, papá. No a ti.

—Lo sé, mi niña. Y te lo agradezco con el alma. Pero has intentado levantar un edificio entero tú sola sin calcular los cimientos —Tomás la tomó de la barbilla, obligándola a mirarlo directamente a los ojos —. Ese muchacho... el médico. ¿Por qué terminasteis así en el café?

—Porque es un egoísta, papá —dijo Vera con rabia fingida, intentando recuperar la compostura—. En cuanto le dije que le iba a contar la verdad a su madre porque no podía seguir estafándola, se cerró en banda. Me trató como si fuera una empleada que venía a cobrar una factura. Me dolió tanto... Redujo todo lo que pasó en esa habitación a un puto contrato de servicios.

Tomás esbozó una sonrisa cansada y negó con la cabeza.

—¿Y tú no hiciste lo mismo al recordarle el dinero y la diferencia de vuestras clases sociales?

Vera se quedó callada, con la boca abierta, desarmada por la lucidez de su padre.

—Los hombres que tienen miedo a que los quieran solo por su dinero son muy fáciles de asustar, Vera —explicó Tomás, con la sabiduría del que ha visto derrumbarse muchas estructuras—. Y tú te pusiste el escudo de chica de barrio orgullosa antes de que él pudiera reaccionar. Él pensó que lo estabas rechazando a él, no a su dinero. Y tú pensaste que él te miraba por encima del hombro. Dos tontos construyendo un muro de hormigón en mitad del salón para no tocarse.

Vera miró la furgoneta de su padre a través de la ventana, aparcada en la calle estrecha.

—Ya es tarde, papá. El miércoles casi se lo cuento. Llegué a llamarla con la mano temblando, pero a mitad de la conversación me acobardé, le colgué llorando y le dije que tenía que desaparecer. Desde entonces no le cojo el teléfono porque no sé cómo mirarla a la cara. Tendré que encontrar el valor para ir a verla en persona, pero todavía no sé de dónde voy a sacarlo.

Tomás le dio un beso tierno en la frente y se levantó despacio, estirando la espalda con un suspiro.

—La verdad siempre es el mejor plano para empezar a construir, hija. Ve a ver a esa señora. Pero no vayas con el escudo puesto. Y si ese médico de verdad vale la pena... no dejes que un fajo de billetes decida dónde termina tu vida. Los cimientos de una persona no están en su cuenta corriente, sino en su capacidad para sostener a los que quiere. Y de eso, a ti te sobra.

Cuando su padre se marchó, dejándole los churros y un beso en la mejilla, Vera se quedó mirando la mesa. El peso en su pecho no había desaparecido, pero por primera vez en cinco días, sintió que el hormigón empezaba a fraguar. Mañana se enfrentaría a Doña Pilar. Y pasara lo que pasara, la farsa habría terminado.

CAPÍTULO 25

El despacho de Julián Ossorio era un templo al silencio administrativo y al secretismo profesional. Sin embargo, a las diez de la mañana de ese martes, el habitual murmullo de papeles y llamadas de clientes fue sepultado por el sonido rítmico, firme y deliberado de unos tacones que no pedían permiso para avanzar.

La secretaria de Julián, que normalmente actuaba como una barrera infranqueable ante cualquier intruso sin cita previa, ni siquiera hizo el amago de levantarse de su puesto. Se limitó a observar con un respeto reverencial a la mujer que cruzaba el umbral vestida con un traje de chaqueta azul marino de corte impecable, un abrigo de cachemira sobre los hombros y un collar de perlas australianas que captaba la luz matutina de Almagro con una elegancia apabullante.

Doña Pilar Aguirre no necesitaba cita. Tampoco necesitaba invitación.

Julián, que estaba revisando el borrador de una fusión de empresas con las gafas de lectura apoyadas en la punta de la nariz, levantó la vista al oír abrirse la puerta de madera maciza de su despacho. Al ver a la madre de su mejor amigo plantada en mitad de la estancia, sus instintos de abogado de primera línea se dispararon al unísono. Se quitó las gafas con un movimiento rápido y se levantó de inmediato de su sillón de piel.

—¿Pilar? —pronunció, forzando una sonrisa de perfecta cortesía—. Qué sorpresa tan agradable. Si me hubieras dicho que venías por el barrio, habría bajado a recibirte al portal. ¿Ocurre algo?

Pilar no respondió de inmediato. Cerró la puerta tras de sí con un movimiento pausado, casi ceremonial, y avanzó por el despacho con la familiaridad de quien conoce a Julián desde que este era un estudiante de Derecho hiperactivo que devoraba apuntes en el salón de su casa. Dejó su bolso de piel sobre la mesa de caoba y se sentó en una de las imponentes sillas capitoné sin esperar a que él se lo ofreciera.

—Déjate de formalidades de procurador, Julián —dijo Pilar, con una voz suave pero cargada de una autoridad absoluta—. Sabes perfectamente a qué he venido. Y también sabes que no me voy a marchar de este despacho hasta que me cuentes la verdad. Toda la verdad.

Julián sintió que la temperatura del despacho descendía varios grados de golpe. Trató de mantener su máscara de póquer, esa que le había hecho ganar docenas de juicios complejos, y rodeó la mesa para apoyarse en el borde con una actitud falsamente relajada.

—Pilar, no sé a qué te refieres...

—No insultes mi inteligencia, Julián. Tengo setenta y dos años, he enterrado a un marido, he visto quebrar tres empresas familiares y he lidiado con la junta directiva de una fundación benéfica durante tres décadas. Sé perfectamente cuándo se me está ocultando algo. Y tú y mi hijo estáis metidos en algo que me huele a chamusquina desde el primer día que os vi en ese balneario.

Julián desvió la mirada un instante, sintiendo que el nudo de su corbata se apretaba de manera imaginaria.

—Si es por Nicolás, sabes que está desbordado en La Paz con el nuevo protocolo de trasplantes...

—No me hables del hospital —lo atajó ella, levantando una mano enguantada para silenciarlo—. Esto no tiene nada que ver con la medicina. Tiene que ver con Vera.

Al escuchar ese nombre, Julián se quedó inmóvil. El abogado sopesó sus opciones en décimas de segundo: el secreto profesional, el contrato de confidencialidad que él mismo había redactado, la

lealtad a su mejor amigo... Todo frente a la mirada inquisitiva de una madre que lo conocía demasiado bien y que tenía la capacidad de detectar una mentira antes de que esta terminara de formularse.

—Vera vino a verme el miércoles por la tarde —continuó Pilar, apoyando las manos sobre su regazo. Su tono de voz adoptó un matiz de profunda decepción que a Julián le dolió de verdad—. Me había citado a solas en mi casa de la calle Serrano. Dijo que tenía que hablar conmigo de algo urgente. Pero media hora antes de la cita, me llamó llorando desde una cabina o desde el metro, apenas se la entendía, pidiéndome perdón mil veces. Me dijo que no podía hacerlo, que era una cobarde y que lamentaba haberme engañado, pero que tenía que desaparecer. Que no era la persona que yo creía. Y colgó. Desde entonces, no me coge el teléfono. Y mi hijo... mi hijo parece un fantasma que deambula por los pasillos de La Paz con cara de querer arrojarse por la ventana.

Pilar se inclinó hacia delante, y sus ojos oscuros, idénticos a los de Nicolás, se clavaron en los de Julián con una intensidad desgarradora.

—Tú sabes qué está pasando, Julián. Tú redactaste algo, o gestionaste algo. Nicolás no da un paso financiero o legal sin que tú le lleves la cartera. Exijo saber qué habéis hecho. ¿Quién es Vera Duarte y qué habéis tramado a mis espaldas?

Julián Ossorio se pasó una mano por el pelo, soltando un largo suspiro que desinfló por completo su pose de abogado infalible. Se apartó de la mesa y caminó hacia el ventanal que daba a la calle Almagro. Miró el tráfico de Madrid durante unos segundos, debatiéndose internamente.

«Lo siento, Nico», pensó. «Pero esto se nos ha ido de las manos».

Se giró hacia Pilar, adoptando una expresión de sincera derrota.

—Prométeme que no vas a matar a tu hijo antes de escucharme completa la historia, Pilar —pidió, regresando a su mesa y sentándose en su sillón—. Y prométeme que vas a entender que

todo esto empezó como un acto de desesperación por su parte. Él solo quería protegerte.

Pilar asintió lentamente, con el rostro serio y la espalda erguida como una vara de metal.

—Habla, Julián.

El abogado tomó aire y, sin anestesia, soltó la verdad que había estado guardando bajo siete llaves.

—Vera no es arquitecta. Al menos, todavía no. Tampoco es socia de ningún estudio de diseño en el barrio de Salamanca, ni conoció a Nicolás en una conferencia sobre sostenibilidad urbana. Vera es recepcionista de tarde en el Hotel Grand Claris. Cobra poco más de mil euros al mes y compagina ese trabajo con el proyecto de fin de carrera en la escuela pública de arquitectura para poder ayudar a su padre, que está arruinado tras la quiebra de su empresa de reformas.

Pilar no pestañeó. Su rostro permaneció impasible, asimilando la información con una calma que a Julián le resultó casi inquietante.

—Sigue —ordenó la anciana.

—Hace dos semanas, Nicolás estaba desesperado —continuó Julián, gesticulando con las manos para intentar suavizar el relato—. Claudia no dejaba de presionarlo, amenazando con presentarse en el congreso de cardiología con su nuevo prometido para restregarle su éxito y forzar un encuentro familiar que Nicolás no se sentía con fuerzas de afrontar. Además, él sabía que tú estabas preocupada, que insistías en que rehiciera su vida, y sentía que te estaba fallando como hijo por seguir soltero y centrado únicamente en el quirófano. Así que... me pidió ayuda. Me pidió que buscara a alguien. A una actriz, a una acompañante profesional, a alguien que pudiera interpretar el papel de su pareja perfecta durante las setenta y dos horas que duraba el congreso en el balneario.

Un silencio espeso, casi físico, se instaló en el despacho. Julián carraspeó antes de soltar el detalle más espinoso de la transacción.

—Aquí está la parte que no sabes, Pilar, y la que más me cuesta admitir —dijo Julián, bajando la voz—. La idea de Vera no fue de Nicolás. Fue mía. Esa misma noche del ascensor, una amiga mía de toda la vida, Noa, que trabaja con Vera en el hotel, me llamó. Vera le había contado la escena por teléfono nada más colgar con su madre, y a Noa le sonó el nombre de Nicolás porque yo le había hablado de él, de pasada, cuando empezamos con el papeleo del divorcio. Noa me llamó esa misma noche para tantear el terreno, supongo. Y yo, sin pensarlo demasiado, llamé a Nicolás media hora después y le planté la idea en la cabeza. Le dije que dejara de buscar comparsas en su agenda y que le hiciera una oferta de verdad a la chica del ascensor. Legal, con contrato, con condiciones. Un empujón de amigo que se me fue completamente de las manos.

Julián se pasó una mano por la cara antes de continuar.

—El contrato en sí lo redacté yo, por supuesto, con todas las cláusulas de confidencialidad y el precio pactado: mil quinientos euros, setecientos cincuenta por adelantado y el resto al finalizar el fin de semana. Vino Vera en persona a firmarlo, el jueves por la mañana, tan digna y tan nerviosa como cualquiera que firma el contrato más importante de su vida. Pero el origen de todo, Pilar... el origen de todo fue una llamada de teléfono entre dos amigas que se conocen desde hace años. Ni Nicolás ni Vera lo saben todavía. Y no sé cómo se lo van a tomar cuando lo descubran.

Pilar cerró los ojos por un segundo. Cuando los abrió, había una chispa de profunda tristeza en su mirada, pero no de ira.

—Mil quinientos euros —susurró la mujer, y su voz sonó extrañamente frágil—. Mi hijo pagó a una mujer para que fingiera que lo quería delante de su madre y de su exmujer. ¿Tan solo se siente Nicolás, Julián? ¿Tan mal lo he hecho como madre para que no haya sido capaz de decirme que prefería venir solo antes de tener que montar semejante circo?

—No lo hizo por él, Pilar. Lo hizo por ti —insistió Julián, inclinándose hacia delante—. Nicolás no soporta la idea de que sufras por él. Se siente responsable de tu felicidad desde que murió su padre. Pensó

que si te veía aliviada, si veía que él "progresaba" en su vida personal de acuerdo con los estándares de vuestro círculo social, te quitaría un peso de encima.

—¿Y qué pasó en el balneario? —preguntó Pilar, con la intuición femenina guiando su curiosidad—. Porque yo vi a dos personas que se buscaban con la mirada en cada rincón. Vi a un hombre defender a una mujer con una furia que mi hijo nunca había mostrado por nadie. Y vi a una chica mirarlo a él como si fuera el único habitante de un planeta desierto. Eso no se puede comprar con mil quinientos euros, Julián.

El abogado esbozó una sonrisa triste y asintió. Aquí era donde la parte legal se disolvía por completo en la verdad humana.

—Ahí es donde el plan perfecto de este humilde letrado saltó por los aires —admitió Julián—. Vera es... extraordinaria, Pilar. No se limitó a leer el guion. Es inteligente, tiene una dignidad que no cabe en este despacho y una luz que iluminó a Nicolás desde el primer minuto. Se gustaron. Se gustaron de una forma tan real y tan salvaje que el contrato se convirtió en una molestia. El sábado por la noche... bueno, pasaron la noche juntos. Y no fue parte del acuerdo, te lo aseguro.

Julián dudó un segundo. Sabía que estaba cruzando la línea del secreto profesional y de la intimidad más estricta de su amigo, pero miró a Pilar y comprendió que si no echaba toda la carne en el asador, esas dos personas se iban a quedar suspendidas en su propio orgullo para siempre.

> —Nicolás se ha enamorado de ella, Pilar —confesó Julián en un susurro cargado de gravedad—. Se ha enamorado como un colegial, con esa torpeza que lo caracteriza cuando algo sale de su control. El lunes por la mañana vino a mi despacho a pagarle el resto del dinero a Vera. Ella estaba destrozada. Se sentía como una impostora por haberte mentido, y se sentía humillada por tener que cobrar un cheque después de lo que había sentido por él en esa habitación. Y Nicolás... Nicolás se asustó. Se asustó

de sus propios sentimientos, del miedo a que ella lo rechazara por la diferencia de mundos que los separa, y se refugió en su pose de cirujano frío e inaccesible. Le dijo que "solo era un contrato". La echó de su vida para evitar que ella lo dejara primero. Y ahora los dos se están muriendo de pena en extremos opuestos de la ciudad por puro orgullo y cobardía.

Pilar Aguirre se levantó de la silla con una agilidad que desmentía sus setenta y dos años. Sus ojos ya no tenían rastro de tristeza; brillaban con una determinación de hierro, la misma que Nicolás utilizaba antes de realizar una incisión de emergencia en el quirófano.

Cogió su bolso de la mesa y miró al abogado con una media sonrisa que combinaba la ternura con la severidad.

—Gracias, Julián. Has hecho lo correcto. Aunque seas un abogado pésimo por revelar los secretos de tu cliente, eres un amigo excelente. Ahora, si me disculpas, tengo que salvar a mi hijo de su propia estupidez.

A las once y media de la mañana, Nicolás Aguirre se encontraba en su despacho de La Paz, contemplando un café frío en un vaso de plástico. Tenía los ojos fijos en el gran ventanal que daba a la Castellana, pero su mente estaba en otra parte, perdida en un bucle obsesivo de recuerdos táctiles: el olor a cítricos, la risa limpia de Vera al quitarle los calcetines de gatitos, el tacto de su espalda...

De repente, su teléfono personal empezó a sonar sobre la mesa. Al ver el nombre de su madre en la pantalla, Nicolás sintió un vuelco en el corazón. Llevaba días esquivando sus llamadas por miedo a que Vera ya le hubiera contado toda la farsa.

Tragó saliva y pulsó el botón de aceptar, intentando forzar su voz más tranquila.

—Hola, madre. ¿Cómo estás? Lamento no haberte llamado antes, pero he tenido una semana complicada en el quirófano...

—Déjate de quirófanos y de excusas baratas, Nicolás —lo interrumpió Pilar. Su voz no sonaba enfadada, pero tenía una vibración de urgencia y claridad que lo dejó sin palabras—. Estoy saliendo del despacho de Julián Ossorio. Lo sé todo.

Nicolás sintió que el mundo se detenía bajo sus pies. El aire pareció congelarse en sus pulmones.

—¿De... de Julián? —balbuceó, sintiendo que la vergüenza y el pánico lo invadían por completo—. Madre, yo... lo siento. Puedo explicártelo. Quería protegerte, no quería que sufrieras por mí, ni que Claudia se burlara...

—¿Protegerte de qué, hijo mío? —la voz de Pilar se suavizó, adoptando una ternura infinita que atravesó el auricular como un bálsamo—. ¿De la verdad? ¿De que te sentías solo? ¿De que pensabas que tu madre te iba a querer menos por no tener a una mujer de nuestro entorno a tu lado? Nicolás, por Dios... ¿tan poco me conoces?

—Madre...

—Escúchame bien, hijo —lo interrumpió Pilar, con una firmeza que no admitía réplica—. Tu padre y yo empezamos nuestra vida en un piso de cincuenta metros cuadrados con humedades en las paredes. Su familia no me quería porque mi padre era un simple contable de provincias, y la mía pensaba que él era un soñador sin futuro. Pasamos hambre, pasamos frío y pasamos por humillaciones que tú ni te imaginas antes de que la empresa de construcción empezara a dar beneficios. Lo único que nos sostuvo, lo único que nos permitió construir todo lo que hoy tenemos, fue que nos queríamos con una verdad que no cabía en ninguna cuenta corriente.

Nicolás escuchaba en silencio, con los ojos empañados y la respiración contenida.

—Vera Duarte es la mujer más valiente, más digna y con más luz que ha pisado mi casa en los últimos diez años —declaró Pilar, con orgullo—. Vino a verme el miércoles dispuesta a confesarme la verdad a la cara, asumiendo toda la culpa del engaño, solo porque

no soportaba la idea de hacerme daño. No lo hizo por dinero, Nicolás. Lo hizo porque te quiere lo suficiente como para no querer construir nada contigo sobre una base podrida. ¿Y tú qué hiciste? Te asustaste como un crío, te pusiste tu traje de cirujano importante y le dijiste que "solo era un contrato" para proteger tu orgullo herido. ¡Qué soberbia tan estúpida, Nicolás!

Las palabras de su madre le abrieron una brecha limpia en el pecho, una incisión directa al centro de su verdad más íntima. Nicolás se tapó la cara con una mano, sintiendo que las lágrimas que había estado conteniendo durante cinco días empezaban a resbalar por sus mejillas.

—Tengo miedo, madre —confesó en un susurro quebrado, revelando por fin la vulnerabilidad del niño de doce años que todavía habitaba en él—. Tengo miedo de no ser suficiente para ella. De que su mundo real, ese que Julián me describió, sea demasiado hostil para lo que yo puedo ofrecerle. Tengo miedo de que me rechace de verdad cuando no haya un papel firmado de por medio.

—El miedo es una opción, Nicolás, pero la cobardía es un destino que no te mereces —replicó Pilar con fuerza—. En el quirófano salvas vidas todos los días porque asumes el riesgo de que el corazón de un paciente pueda detenerse en tus manos. ¿Por qué no aplicas esa misma valentía a tu propia vida? No hay nada más importante en este mundo que lo que sientes por esa chica. Nada. Ni el prestigio de la familia, ni las habladurías del patronato, ni el fantasma de Claudia.

Pilar hizo una pausa, respirando hondo antes de darle el empujón definitivo.

> —Vera entra esta tarde a las tres en su turno del Hotel Grand Claris. Sé que tiene examen de estructuras a las siete de la tarde en la escuela de arquitectura. Deja el fonendoscopio, sal de ese hospital y corre tras ella, Nicolás. Ve a buscarla y no vuelvas a casa sin haberle pedido perdón de rodillas por haber sido tan rematadamente idiota. No dejes que la única mujer que te ha mirado con

verdad en la vida se te escape por culpa de tu orgullo de cirujano. ¿Me has oído?

Nicolás se enderezó en su sillón. El temblor de sus manos había desaparecido, sustituido por una oleada de adrenalina y una determinación salvaje que no sentía desde hacía años. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó de un salto, tirando el vaso de café frío a la papelera.

—Te he oído, madre —respondió, y su voz sonó por fin limpia, segura y llena de vida—. Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, hijo. Ahora... muévete.

Nicolás colgó el teléfono, cogió su abrigo del perchero con un movimiento rápido y salió de su consulta a zancadas, dejando atrás el orden clínico, el silencio estéril y la gris realidad que lo había estado asfixiando. La carretera hacia el centro de Madrid lo esperaba, y esta vez no iba a permitir que ningún contrato se interpusiera entre él y el único corazón que de verdad necesitaba salvar.

CAPÍTULO 26

La recepción del Hotel Grand Claris a las ocho de la tarde era un hervidero de luz cálida, olor a lirios frescos y el tintineo amortiguado de las copas de cristal de la zona del bar. El suelo de mármol pulido brillaba bajo la gran cúpula de cristal, reflejando el ir y venir de huéspedes con maletas de cuero y abrigos de sastre.

Al otro lado del imponente mostrador de madera noble y bronce, Vera Duarte era una estatua de profesionalidad herida.

Llevaba el uniforme azul marino del hotel, el pelo tirante recogido en un moño impecable y una sonrisa de cortesía que sentía congelada en las comisuras de los labios. Acababa de salir de su examen de estructuras en la facultad hacía apenas una hora. Tenía la cabeza embotada de fórmulas de resistencia de materiales, las yemas de los dedos todavía grisáceas por el grafito de los lápices y un cansancio físico que se le clavaba en las lumbares. Pero el verdadero dolor, el que la hacía respirar con dificultad cada vez que el vestíbulo se quedaba en silencio, era el vacío que llevaba en el pecho desde el miércoles anterior.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó mecánicamente, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador, al sentir que alguien se detenía frente a su puesto.

—Necesito registrar una entrada. Pero me temo que no tengo reserva.

La voz, baja, ligeramente ronca y con esa inflexión de timidez que ella conocería en mitad de un huracán, hizo que el sistema informático del hotel desapareciera de su campo de visión.

Vera levantó la vista despacio.

Nicolás estaba allí. Pero no era el doctor Aguirre del congreso, ni el hombre impecable del despacho de Almagro. No llevaba corbata, ni el abrigo de cachemira, ni el traje a medida. Vestía unos vaqueros gastados, una cazadora de cuero oscuro que se veía ligeramente húmeda por la llovizna de la calle y un jersey de punto gris que le daba un aspecto extrañamente vulnerable. Tenía ojeras marcadas bajo los ojos oscuros y el cabello revuelto, como si se hubiera pasado los dedos por él cien veces en el trayecto en coche.

Pero lo más impactante no era su aspecto. Era lo que sostenía entre las manos.

Con un cuidado casi religioso, Nicolás depositó sobre la impoluta y lujosa superficie de mármol de la recepción una caja de cartón marrón, de esas que se utilizan en los hospitales para almacenar el material quirúrgico sobrante. Tenía los bordes gastados y una etiqueta blanca donde se leía: *«Servicio de Cardiología - La Paz»*.

Vera se quedó sin aire. Miró la caja y luego a él, con los ojos abiertos por la sorpresa.

—Nico... ¿qué haces aquí? —susurró, bajando la voz para que sus compañeras de mostrador no la escucharan—. No puedes estar aquí. Estoy en mitad de mi turno. Si mi supervisor te ve...

—No me importa tu supervisor, Vera —la interrumpió él. Su voz no tenía la frialdad del café de Malasaña; titubeó, cargada de una urgencia desesperada—. Y tampoco me importa este hotel. He pasado los últimos cinco días intentando recordar cómo se respiraba antes de conocerte, y he descubierto que no sé hacerlo. Soy un cirujano cardiovascular, Vera. Se supone que sé exactamente cómo funciona un corazón, cuánta presión puede soportar y cuándo está a punto de fallar. Pero el mío se paró el lunes por la mañana en el despacho de Julián, y tú eres la única que sabe cómo reanimarlo.

Con un movimiento lento, Nicolás abrió las solapas de la caja de cartón y la retiró, revelando lo que había en su interior.

Vera se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo.

Sobre el mármol del Hotel Grand Claris, rodeada de la opulencia de cinco estrellas, había una maqueta. Una maqueta tosca, imperfecta, torcida y rematadamente hermosa.

No estaba hecha con el cartón pluma o la madera de balsa que Vera utilizaba en la facultad. Nicolás la había construido utilizando únicamente los materiales que había podido robar del almacén de quirófano de La Paz durante su guardia de la noche anterior. Las paredes de la estructura eran cajas de cartón de apósitos estériles y suturas Prolene; las ventanas estaban recortadas con bisturí y cubiertas con plástico transparente de envases de suero; y la fachada exterior estaba revestida con tiras de esparadrapo de seda blanca que imitaban el revoco antiguo.

Era una réplica exacta de su portal de Vallecas. El tercero sin ascensor.

Pero el detalle más increíble estaba en el lateral. Nicolás había construido un pequeño hueco exterior y, utilizando una jeringuilla de plástico transparente de veinte mililitros a modo de cabina y un trozo de hilo de sutura cardiovascular azul trenzado a mano, había diseñado un ascensor exterior funcional que subía hasta la última planta.

Junto a la maqueta, Nicolás deslizó un paño de campo quirúrgico de color verde estéril. Sobre la tela, utilizando el rotulador morado de punta fina que los cirujanos emplean para marcar la piel de los pacientes antes de la incisión, Nicolás había dibujado un plano técnico a mano alzada. Su caligrafía, normalmente ilegible, se esforzaba por ser clara y precisa en cada línea:

PROYECTO DE REFORMA ESTRUCTURAL DE VIDA

Directora de obra: Vera Duarte.

Cliente: Nicolás Aguirre (un cardiólogo con problemas de ritmo).

Emplazamiento: Un tercero sin ascensor en Vallecas (con reforma de elevador exterior aprobada).

Presupuesto: Todo lo que tengo, todo lo que soy y lo que me queda por vivir.

Cláusulas del acuerdo: Ninguna. Absoluta libertad para cambiar los planos sobre la marcha.

Depósito de garantía: Un par de manos que prometen no soltarte nunca más.

Vera sentía las lágrimas resbalando libremente por sus mejillas, cayendo sobre el mármol de la recepción. El contraste entre la tosquedad de los materiales médicos y la precisión infinita con la que las manos del cirujano habían ensamblado cada pequeña pieza del portal de su casa era la declaración de amor más devastadora, real y hermosa que jamás hubiera podido imaginar.

—He calculado la distancia, Vera —dijo Nicolás, dando un paso más hacia el mostrador, ignorando por completo el entorno—. Son exactamente once kilómetros entre tu portal y mi ático del norte. He pasado toda mi vida creyendo que el éxito consistía en alejarme lo máximo posible de la vulnerabilidad, en vivir en una burbuja de cristal donde nadie pudiera hacerme daño. Pero el sábado por la noche, en esa galería de cristal, comprendí que no quiero una burbuja. Quiero una casa. Y no me importa si esa casa está en Serrano o en un tercero de Vallecas, siempre y cuando seas tú quien dibuje las paredes.

Nicolás se remangó ligeramente el bajo de los vaqueros oscuros, revelando los calcetines de algodón naranja con dibujos de gatitos que asomaban por encima de sus zapatos.

—Me los he puesto porque hoy tenía que enfrentarme a la operación más difícil de mi vida —susurró, con una sonrisa tímida y los ojos empañados—. Y necesitaba toda la suerte del mundo para que la mejor arquitecta de Madrid no me rechazara el proyecto.

Vera miró los calcetines, miró la maqueta de esparadrapo y jeringuillas, y luego lo miró a él. Sintió que la armadura de su uniforme del hotel, la vergüenza de su situación económica y el

miedo a la diferencia de clases se disolvían por completo bajo la luz cálida de su mirada.

Ya no había contratos. No había cláusulas de confidencialidad, ni cheques de setecientos cincuenta euros, ni intermediarios de Almagro. Solo quedaba un hombre despojado de su estatus, ofreciéndole su verdad más pura con las manos que le fallaban.

Vera no se lo pensó dos veces. Se desabrochó la placa con su nombre del uniforme del hotel, la dejó sobre el mostrador junto al ordenador y salió de la recepción por la puerta lateral de acceso del personal.

Cruzó el vestíbulo a paso rápido, ignorando la mirada de sorpresa de su supervisora y de los clientes que pasaban por allí, y se detuvo frente a él. Nicolás la miró con el corazón desbocado, conteniendo la respiración.

—¿El proyecto tiene viabilidad, arquitecta? —preguntó en un susurro.

Vera no respondió con palabras. Se lanzó a sus brazos, rodeándole el cuello con fuerza. Nicolás la elevó del suelo de mármol, estrechándola contra su pecho con una desesperación feliz, enterrando el rostro en su cuello para respirar su aroma a cítricos y lluvia. Las manos de él, aquellas que habían extrañado su espalda durante cinco agónicos días, volvieron a encontrar su lugar en la curva de su cintura, sujetándola con la firmeza de quien ha encontrado por fin su único norte.

—El proyecto queda aprobado, doctor Aguirre —susurró Vera contra su oído, riendo entre lágrimas—. Pero te advierto que las obras van a ser largas y vamos a tener que cambiar muchas cosas de sitio.

—Tenemos toda la vida para diseñar el plano, Vera —respondió Nicolás, bajándola despacio pero sin soltarla, uniendo sus frentes bajo la luz dorada del Claris—. Esta vez, bajo nuestras propias condiciones.

En mitad del vestíbulo de uno de los hoteles más lujosos del mundo, rodeados de una farsa que por fin se había desintegrado para

siempre, los dos se besaron con la verdad limpia y salvaje de quienes se saben, por fin, en casa.

EPÍLOGO

Vera (23:47): Noa. Te lo debo todo. Literalmente. Vamos a casarnos en el Claris y vas a tener que dar tú el discurso.

Noa (23:48): Ya era hora de que alguien reconociera mi trabajo de casamentera encubierta. Por cierto, dale las gracias a Julián de mi parte. Dile que aquella llamada de la primera noche mereció la pena, y que ya estamos en paz.

Vera (23:49): ¿En paz de qué?

Noa (23:50): De nada, arquitecta. Disfruta la noche.

NOTA DE LA AUTORA

¡Gracias por leer **Mentira con beneficios**! Espero que hayas disfrutado la historia tanto como yo escribiéndola.

Ver todos mis libros

No olvides pulsar sobre el botón de seguir. Amazon te informará cuando suba una nueva lectura.

Me ayudaría muchísimo que me dejaras una valoración de 5 estrellas en Amazon — las autoras independientes dependemos casi por completo de las reseñas para que el libro llegue a más lectoras.

Deja tu opinión aquí

GRACIAS

Gracias por hacer esto posible, gracias por leeme.

Olivia Hopp.

Sígueme en TikTok: @oliviahopp.books